

**JAMIES O.
CURWOOD**

Corazones de hielo



se

Lectulandia

Es una historia de romance y aventura en el salvaje y accidentado paisaje canadiense. La novela trata de la persecución de un fugitivo de la justicia por parte de un policía. La acción transcurre por las tierras del Norte de Alaska y el autor describe con gran detalle su espléndida naturaleza y las dificultades de subsistir en aquel ambiente.

Lectulandia

James Oliver Curwood

Corazones de Hielo

ePub r1.0

Titivillus 14.02.18

Título original: *Icebound Hearts*
James Oliver Curwood, 1913
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

La cosa más terrible del mundo

En el promontorio de Fullerton, a mil millas en línea recta al norte de toda civilización, el sargento William Mac Veigh, con un pedazo de lápiz entre los de dos, escribía las últimas palabras de su informe semestral al comisario de la real policía del Noroeste, en Regina. Concluía así:

Tengo el honor de participarle que he hecho los esfuerzos posibles para perseguir a Scottie Deane, el asesino. No he perdido la esperanza de encontrarlo; pero creo que ha salido de mi demarcación y ahora está probablemente en la de la patrulla de Fort Churchill. Hemos dado una batida hasta unas trescientas millas al Sur, a lo largo de la bahía ir Hudson, hasta el Cabo de los Esquimales y al Norte, hasta la ensenada de Wagner. En tres meses hemos patrullado tres veces al Oeste de la bahía, recorriendo 1600 millas sin encontrar a nuestro hombre ni rastro de él. Aconsejo respetuosamente estrecha vigilancia parte de las patrullas del Sur en la estepa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó MacVeigh en alta voz, estirando su arqueada espalda con un suspiro de alivio—. ¡Se acabó!

El soldado raso Pelletier, en su tarima, que le servía de cama en un rincón de la cabaña azotada por el temporal, cabaña que representaba a la ley en aquel extremo de la tierra, levantó penosamente la cabeza de su lecho de dolor, y dijo:

—Me alegro mucho, Mac, porque ahora podrá usted darme un vaso de agua para combatir esta endemoniada ronquera que no me deja hablar, como si la muerte estuviese cerca de mí.

—¿Los nervios, eh? —preguntó MacVeigh volviendo a estirar su armazón, joven y robusta, con otro suspiro de satisfacción—. ¿Qué sería si tuvieses que escribir esto dos veces al año? —Y apuntó con el dedo al informe.

—No es más largo que las cartas que escribía usted a su...

Pelletier se paró en seco. Siguió un momento de embarazoso silencio. Después añadió el enfermo con una mano tendida:

—Dispéñseme usted, Mac. Es la fiebre. He olvidado un momento que... habían ustedes... reñido.

—No hay por qué —dijo MacVeigh con cierto temblor en la voz y fue en busca de agua.

—El informe es diferente —añadió al volver con un vaso de agua—. Cuando se escribe al gran mongol en persona se ponen los nervios de punta. Y éste ha sido un año desdichado para nosotros, Pelly. Hemos fracasado en lo de Scottie y se nos han escapado los agresores del ballenero. Y... ¡vota a...!, ¡se me ha olvidado mencionar los lobos!

—Añada usted una posdata —sugirió Pelletier.

—Una posdata a estas reales líneas —exclamó MacVeigh mirando con aire incrédulo a su compañero—. No hace falta tomarte el pulso, Pelly. La fiebre se ha apoderado de ti. No tienes la cabeza segura.

Hablaba alegremente, esforzándose por provocar una sonrisa en la pálida cara del otro. Pelletier se dejó caer con un suspiro.

—No... no hace falta que me tomen el pulso —repitió—. Esto no es enfermedad, Mac... no es una enfermedad ordinaria. La cosa está en el cerebro... ahí es donde está... Reflexione usted un poco... nueve meses aquí, sin ver nunca más cara de blanco que la de usted. Nueve meses sin oír el timbre de una voz de mujer. Nueve meses de este mundo muerto y gris, con luces boreales que silban hacia nos otros todas las noches como serpientes, y las rocas negras que nos miran como desde un millón de siglos vienen mirando.

—Es posible que haya magnificencia en ello; pero nada más. Somos héroes... está bien; pero nadie lo sabe, sino nosotros y los seiscientos cuarenta y nueve hombres de la Real Policía Montada. ¡Dios mío! no sé lo que daría por ver la cara de una muchacha... por tocarle un instante la mano. Se me quitaría le fiebre, porque es la fiebre de la soledad, Billy... especie de locura que me hace estallar la cabeza.

—¡Vaya!, ¡vaya! —dijo MacVeigh, cogiéndole la mano a su compañero—. Tranquilízate, Pelly. Piensa en lo que viene. Unos meses más de esta vida y cambiaremos. Y entonces... piensa en qué paraíso vas a entrar. Y lo disfrutarás más que tus compañeros, porque ellos nunca han estado aquí. Y voy a traerte car ta... de la novia...

La cara de Pelletier se iluminó.

—¡Dios la bendiga! —exclamó—. Habrá como una docena de cartas de ella. Me ha esperado mucho tiempo y tiene un corazón de oro. ¿Ha cogido usted la mía?

—Sí.

MacVeigh volvió a la tosca mesita y añadió algunas palabras al informe que dirigía al comisario de la policía real:

Pelletier está enfermo; una perturbación rara del cerebro. A veces se me figura que se va a volver loco. Si vive, aconsejo que le trasladen al Sur lo antes

posible. Yo salgo hacia Fort Churchill dos semanas antes de la fecha habitual, a fin de procurarme medicamentos. También deseo añadir unas palabras a lo que dije de los lobos en mi anterior informe.

Los hemos visto muchas veces en manadas de cincuenta a mil. El otoño pasado, una manada atacó a un numeroso rebaño de renos que pasaron a quince millas de la bahía y después contamos los despojos de ciento sesenta animales de éstos, destrozados en un espacio de menos de tres millas. Mi opinión es que los lobos matan lo menos cinco mil renos al año en esta demarcación.

Tengo el honor de suscribirme de usted obediente servidor.

William MacVeigh,

Sargento, Jefe de destacamento.

Dobló el papel y lo colocó con otros tesoros en el saquito de caucho impermeable que siempre llevaba en la mochila y volvió al lado de Pelletier.

—No me gusta dejarte solo, Pelly —le dijo—. Pero haré este viaje de prisa... cuatrocientas cincuenta millas por el hielo... diez días, aunque reviente. Otros diez para volver o quizá dos semanas, y tendrás las medicinas y las cartas. ¡Hurra!

—¡Hurra! —replicó Pelletier.

MacVeigh volvió la cara a la pared. Algo le subía a la garganta y lo ahogaba, mientras estrechaba la mano de Pelletier.

—¡Dios mío, Billy! ¿Es aquello el sol? —preguntó de pronto el enfermo.

MacVeigh se volvió otra vez hacia la única ventana de la cabaña. El enfermo saltó de la cama, y los dos estuvieron un instante en pie junto a la ventana, mirando al Sudeste, donde un débil círculo de oro rojizo atravesaba el cielo plomizo.

—¡El sol es! —afirmó MacVeigh, como se pronuncia una oración.

—¡La primera vez en cuatro meses! —suspiró Pelletier.

Los dos miraban como hambrientos por la ventana. La dorada luz languideció unos instantes y después se desvaneció. Pelletier volvió a la cama.

Media hora después, cuatro perros, un trineo y un hombre avanzaban rápidamente a través del mortal silencio del día ártico. El sargento MacVeigh iba a Port Churchill, a más de cuatrocientas millas de allí.

El viaje más solitario del mundo, aquel trayecto desde la cabaña aislada y azotada por el viento en el promontorio de Fullerton, hasta el Fuerte Churchill. Aquella choza tan sólo tenía un rival en todo el país boreal... la otra cabaña de la isla de Herschel, en la desembocadura del Firth, donde veintiuna cruces de madera marcan veintiuna sepulturas de blancas. Pero a Herschel van balleneros. En cambio, por las cercanías de Fullerton jamás se ven, como no sea por accidente o por violación de las leyes. En Fullerton es donde los hombres mueren de la cosa peor del mundo: el aislamiento. En aquella cabaña varios hombres se han vuelto locos.

Tal triste verdad oprimía a MacVeigh mientras guiaba el tronco de perros por el hielo hacia el Sur. Temía por la suerte de Pelletier. Rogaba que éste pudiera ver el sol de cuando en cuando. El segundo día se detuvo en un escondite de pescado, dispuesto por ellos durante el otoño anterior, para comida de los perros. Se detuvo en otro escondite el quinto día y la sexta noche la pasó en un *igloo* de esquimales en el Cabo del Esquimal Ciego. Al caer la tarde del noveno día llegó a Fort Churchill, con una velocidad media de cincuenta millas al día en su haber.

Los hombres de Fullerton solían llegar más muertos que vivos, cuando corrían el riesgo de tal trayecto en invierno. MacVeigh tenía la cara agrietada de las mordeduras del viento; los ojos encarnados; un ataque de lumbago. Durmió veinticuatro horas en una cama caliente sin moverse. Cuando despertó, se enfadó con el oficial comandante de la barraca por haberle dejado dormir tanto tiempo, comió lo de tres comidas en una sola y despachó apresuradamente sus negocios.

El corazón le dio un salto de gozo cuando separó de su correo nueve cartas para Pelletier, todas de la misma letra de mujer. Para él no había ninguna... ninguna de la clase de las que Pelletier recibía y el doloroso aislamiento se hizo casi sofocante.

Sonrió suavemente como si violase alguna ley. Abrió una carta de las de Pelletier... la última escrita, y la leyó tranquilamente. Es taba llena de las dulces ternezas del amor de una jovencita, y las lágrimas acudieron a sus enrojecidos ojos. Después se sentó para contestarla. Habló de Pelletier a la chica confesándole que había abierto su última carta.

Lo principal de cuanto le dijo fue que sería gratísima sorpresa para un hombre que se volvía loco... pero puso neurastenia en lugar de locura... si ella fuese a Churchill en la primavera próxima para casarse con él. Le dijo que había abierto su carta porque quería a Pelletier más que lo que casi todos los hombres quieren a sus hermanos. Después volvió a cerrar la carta, dio su correo al inspector, empaquetó los medicamentos y sus provisiones y se dispuso a regresar.

Aquel mismo día llegó a Churchill un mes tizo que había cazado zorras blancas cerca del Esquimal Ciego, y que de tiempo en tiempo hacía oficio de explorador de aquella jurisdicción. El hombre trajo la noticia de que había visto un hombre blanco y una mujer blanca a diez millas al sur del río Maguse. La noticia estremeció a MacVeigh.

—Me detendré en el campamento de los esquimales —dijo al inspector—. La cosa merece ser aclarada, pues yo jamás he visto una mujer blanca al norte del grado sesenta en esta región. Podría ser Scottie Deane.

—No es probable —repuso el inspector—. Scottie es alto, derecho y robusto. Coajag dice que aquel hombre no era más alto que él y que andaba como un giboso. Pero si hay blancos por allí, su historia merece ser conocida.

A la mañana siguiente se puso MacVeigh en camino hacia el Norte. Al anochecer del tercer día llegó a la media docena de *igloos* que componían la aldea de esquimales. Bye-Bye, el jefe, no le animó mucho. MacVeigh le dio una libra de

tocino y, en pago de tan magnífico regalo, Bye-Bye le dijo que no había visto ningún blanco.

MacVeigh le dio otra libra, y Bye-Bye añadió que no había oído hablar de ningún blanco. Escuchaba con la mirada inanimada de una morsa, mientras MacVeigh le hacía comprender que iría al interior del país, a la mañana siguiente, en busca de un blanco que le habían dicho que estaba por allí. Aquella misma noche, durante una borrasca de nieve, que cegaba los ojos, desapareció Bye-Bye del campamento.

MacVeigh dejó descansar los perros en la aldea de *igloos* y se lanzó hacia el Noroeste, con sus raquetas de nieve, desde el alba del amanecer ártico que era poco mejor que la noche misma. Se propuso seguir aquella dirección hasta llegar a la etapa, después patrullar en extenso círculo que le conduciría otra vez al campamento de esquimales a la noche siguiente.

Desde el principio fue retrasado por la tormenta. Perdió las huellas de la raqueta de Bye-Bye a cien yardas de los *igloos*. Todo el día anduvo en busca de señales de un campamento o de una pista. Por la tarde cedió el viento, se aclaró el cielo, y a consecuencia de aquella calma, se hizo tan intenso el frío que los árboles se quebraban con ruidos como de pistoletazos.

El sargento se detuvo a encender fuego con unas matas y a cenar a la orilla de la estepa, en el momento en que el helado resplandor de las estrellas empezaba a brillar por encima de su cabeza. La noche era espléndida y serena. Detrás de él, extendíase lo lejos la hilera de árboles de la orilla de los bosques del Sur; al Norte no había monte a menos de trescientas millas. Entre aquellos dos límites no había vida y, por lo tanto, no había ruido. Al Este hundíase la estepa como faja inmensa diez millas de anchura. Esto debía atravesar MacVeigh para llegar a la región cubierta de árboles, donde esperaba encontrar la pista.

Cuando acabó de cenar, llenó la pipa y se sentó en cuclillas cerca de la lumbre, mirando lo lejos más allá de la estepa. Después, sin saber por qué, se sintió invadido de una extraña y desagradable emoción y lamentó no haber llevado siquiera un perro que le hiciera compañía.

Estaba acostumbrado a la soledad; habíase burlado de las cosas que habían vuelto locos a otros hombres. Pero aquella noche le parecía estar rodeado de un misterio que jamás había observado antes, algo que se insinuaba de pronto en lo último de su alma y que aceleraba los latidos de su corazón.

Pensó en Pelletier en su lecho de fiebre, en Scottie Deane, y en sí mismo después. Y bien mirado, ¿había mucho que escoger entre la suerte de los tres?

Una visión surgió lentamente delante de él de la hoguera, y vio la imagen de Deane, el hombre acosado por el hombre y sosteniendo el gran combate para librarse de la horca; después vio a Pelletier muriéndose de una enfermedad producida por el aislamiento y detrás de aquellos dos, como pálido camafeo saliendo un segundo de la obscuridad, vio dibujarse una cara... una cara de mujer... imagen que se desvaneció inmediatamente. Había esperado contra toda esperanza que ella volviese a escribirle.

Pero aquella joven lo había abandonado.

Se levantó riendo, con un poco de alegría y otro poco de dolor, pensando en el corazón leal que esperaba a Pelletier. Se ató otra vez las raquetas de nieve y se lanzó a través de la estepa. Avanzó con rapidez mientras miraba hacia adelante franca y escrutadoramente. La noche iba poniéndose más clara, las estrellas brillaban más. El crujido de las raquetas en la nieve era el único ruido que oía, además del sonido débil y silbante de la aurora boreal en el cielo del Norte, que llegaba a sus oídos como monótono chirrido de las cuchillas de acero de un trineo en la nieve endurecida.

En lugar de ruidos, la noche empezaba a llenarse de una vida de espectros alrededor de MacVeigh. Su sombra hacía señas y muecas delante de él. Sus ojos estaban vigilantes y en acecho. Bien se decía entre sí que no vería nada; no obstante, un instinto insólito le incitaba a la prudencia. A intervalos regulares se detenía para escuchar y olfatear en el aire olor de humo. Por momentos iba pareciéndose más a una bestia de presa. Dejó el último matorral detrás de sí. Delante, ni una sombra rompía ya la extensión de la noche estrellada. Siniestros murmullos llegaban con el viento que venía del Norte.

De pronto se paró y se puso el fusil en el hueco del brazo. Algo que no era el viento, subía de lo profundo de la noche. Levantó las ojeras de la montera de pieles y escuchó. Y volvió a oír muy débil, el chillido glacial de las cuchillas de un trineo.

Un trineo, procedente de la estepa, iba acercándose y MacVeigh se preparó al encuentro. Se quitó los gruesos guantes de piel y los colgó en el cinturón, reemplazándolos por otros de reglamento, más ligeros. Examinó el revólver para ver si el cilindro estaba helado. Después, silencioso, esperó en pie.

Capítulo II

Billy encuentra a la mujer

Del fondo de las tinieblas avanzaba lentamente un trineo. Al fin se dibujó en sombra indecisa y MacVeigh comprendió que iba a pasar muy cerca de él. Poco a poco y uno tras otro fue distinguiendo una figura humana, tres perros y el *toboggan*^[1]. En la tranquilidad de aquella visión de vida que salía distintamente de la noche, había algo espantoso.

MacVeigh ya no podía oír el trineo aunque estaba a menos de cincuenta pasos de él. La figura que iba delante caminaba despacio y con la cabeza inclinada, y los perros y el trineo seguían en fila espectral. El conductor y los animales no sospechaban la presencia de MacVeigh, silencioso e inmóvil en la clara noche. Estuvieron enfrente de él antes que se moviera.

Entonces adelantó rápidamente, lanzando un formidable ¡alto! Y el ruido de aquella voz fue respondido por un grito sordo, los perros se pararon en sus huellas y la figura humana retrocedió hacia el trineo. MacVeigh montó el revólver. En media docena de zancadas se puso al lado del trineo. Una cara pálida lo miraba a la trémula claridad. MacVeigh miró también con el mayor asombro, porque los grandes ojos negros y asustados, fijos en él, y la cara pálida, eran los ojos y la cara de una mujer.

Durante un momento fue incapaz de moverse ni de hablar. La mujer levantó las manos y se echó atrás el capuchón de pieles, de manera que vio brillar sus cabellos a la claridad de las estrellas. Era una mujer blanca. De pronto vio en su cara algo que le hizo estremecerse y miró al objeto que tenía al alcance de la mano. Era una caja larga y toscamente hecha. El hombre retrocedió un paso.

—¡Gran Dios! —exclamó—. ¿Viene usted sola?

La mujer inclinó la cabeza y él oyó su voz casi como un sollozo.

—¡Sí sola!

MacVeigh se acercó rápidamente a ella.

—Soy el sargento MacVeigh, de la Policía Real —dijo amablemente—. Dígame adonde va... y qué ha sucedido para que se encuentre usted sola en la estepa...

El capuchón habíale caído sobre los hombros y ella levantó la cabeza francamente hacia MacVeigh. Las estrellas brillaron en sus ojos... ojos admirables y ahora llenos

de dolor. Y la cara le pareció también admirable a Mac Veigh, quien no había visto la de una blanca desde un año atrás. Era joven... tan joven que al pálido esplendor de la noche parecía casi una niña... y en sus ojos y en la boca y en la curva de la barbilla había algo tan semejante a otra cara en la que había soñado, que el hombre se acercó más y le cogió las dos manos vacilantes con las suyas, y preguntó otra vez:

—¿Adonde va usted... y por qué está usted aquí... sola?

—Voy allá... lejos —contestó volviendo la cabeza hacia la orilla del bosque—. ¡Voy... con él... mi marido!...

Ahogósele la voz y, desprendiendo de pronto las manos, se acercó al trineo y permaneció un rato en pie delante de él. Durante un momento hubo un resplandor de desconfianza en sus ojos, como si temiese a MacVeigh y estuviese dispuesta a luchar por sí misma y por su muerto. Los perros se deslizaron a sus pies y el sargento vio lucir sus colmillos desnudos al resplandor de las estrellas.

—Hace tres días que ha muerto —acabó de decir tranquilamente—, y lo llevo a mi pueblo, allá, abajo, a Little Seal.

—De aquí allá hay doscientas millas —observó MacVeigh, mirándola como si la creyese loca—. Se va usted a morir en el camino.

—Llevo dos días de viaje —replicó la mujer.

—¡Dos días... a través de la estepa!

MacVeigh contempló el ataúd, lúgubre y espantoso bajo la radiación espectral que caía sobre él. Después miró a la joven. Ella había inclinado la cabeza sobre el pecho y los cabellos lustrosos le caían sueltos y en desorden. El hombre vio el patético hundimiento de sus hombros y comprendió que la infeliz lloraba.

En aquel momento un penetrante ardor inundó todas las fibras de su cuerpo y la magnificencia de lo que había ido a él desde el fondo de la estepa lo dejó mudo. Para él, aquella mujer era todo lo que de glorioso y de bueno había en el mundo. La implacable soledad de su vida le había hecho colocar a la mujer al lado de los ángeles en la jerarquía de los seres y a la vista tenía en aquel momento todo el amor y lealtad de la mujer y la esposa, según él los había soñado.

La delicada figura, inclinada delante de él, arrostraba la muerte por el hombre a quien amaba y que había muerto. Por un lado, Mac Veigh se decía que estaba loca. Pero aquella locura era la de la adoración superior a todo temor; de la fidelidad que no considera ni tempestad ni frío ni hambre, y él se sentía lleno del deseo de ir a ella, mientras estaba encorvada y exhausta cerca del féretro, y apretarla entre sus brazos y decirle que por haber soñado para sí mismo tal amor lo había guardado vivo en su soledad. La joven miraba, emocionada como un niño.

—Venga usted, pequeña —le dijo—. Iremos allá. Yo velaré por su seguridad en todo el camino hasta Little Seal. Porque no debe usted ir sola. No llegaría viva al lado de los suyos. ¡Dios! si yo fuese...

Y se detuvo ante el aspecto de espanto de la cara levantada hacia él.

—¿Qué? —preguntó la mujer.

—Nada... pero es duro para un hombre morir y dejar una mujer como usted —dijo MacVeigh—. Déjeme usted que la ponga en cima del ataúd.

—Los perros no podrán arrastrar tal carga —observó ella—. Yo los he ayudado...

—Si ellos no pueden, yo sí puedo —dijo el hombre sonriendo, y, con un movimiento rápido, la levantó del suelo y la sentó en el trineo. Él se quitó la mochila y la dejó detrás de ella; después le dio el rifle. La mujer lo miraba con cara contraída y pálida, mientras colocaba el arma en sus rodillas.

—Dispare usted contra mí, si no cumplo bien mi deber —dijo MacVeigh. Se esforzó por ocultar la alegría que le causaba la compañía de una mujer, pero aquella alegría temblaba en su voz.

De repente se paró a escuchar.

—¿Qué ha sido eso?

—No he oído nada —contestó la mujer. Tenía la cara lívida y los ojos sombríos.

MacVeigh azuzó a los perros. Recogió el extremo de la cuerda con que la joven les había ayudado a llevar la carga, y se lanzó a través de la estepa. La presencia de un muerto le había sido siempre penosa; pero aquella noche era diferente. La fatiga del día se le había acabado y, a pesar de la carga que arrastraba detrás de sí, estaba invadido de extraña exaltación... se encontraba en presencia de una mujer.

De cuando en cuando movía la cabeza para mirarla. Podía sentirla detrás de sí, y el acento de su voz cuando ella hablaba a los perros le parecía música. Deseaba cantar la canción salvaje con que Pelletier y él habían recuperado su valor en la cabaña; pero contuvo su deseo y, en lugar de cantar, se puso a silbar. No comprendía cómo habían arrastrado el trineo la mujer y los perros, pues tal vehículo se hundía en la nieve blanda y amontonada, y exigía toda la fuerza de él. De tiempo en tiempo se paraba a descansar y, por fin, la mujer saltó del trineo y fue a su lado.

—Voy a caminar —dijo— porque el peso es excesivo.

—La nieve está blanda —contestó Mac Veigh—. Venga.

Y le tendió la mano y, con el mismo extraño aspecto en su cara lívida, la mujer le dio la suya.

Ella miró detrás de sí, inquieta, hacia el lado del féretro, y MacVeigh comprendió. Le apretó los menudos dedos un poco más fuerte y la atrajo más hacia así. Cogidos de la mano reanudaron la marcha a través del páramo desierto. MacVeigh no decía nada; pero la sangre le corría como fuego por las venas. La mano que él sostenía temblaba y se movía ansiosa. Dos o tres veces trató de retirarse y él la retuvo con más fuerza. Después, quedó su mano en la suya, caliente y temblorosa. Bajando los ojos, MacVeigh podía ver el perfil de la cara de la mujer.

Un largo rizo de sedosos cabellos se había escapado del capuchón y la brisa ligera lo levantó de manera que, al caer, fue a dar en el brazo de MacVeigh. Como un ladrón lo llevó a sus labios, mientras la mujer miraba a lo lejos, el sitio en que la línea de árboles empezaba a trazar una raya delgada y negra. Le ardían las mejillas, mitad de vergüenza, mitad de alegría tumultuosa. Luego levantó él los hombros y sacudió del

brazo el flotante rizo.

Tres cuartos de hora después llegaron al primer bosque. MacVeigh seguía teniéndola de la mano. Y así la tenía, mientras la noche estelar caía sobre ellos, cuando el hombre volvió a levantar la barbilla, vigilante y aguerrido, y preguntó suavemente:

—¿Qué ha sido eso?

—Nada —contestó la joven—. No he oído nada... ha sido el viento en los árboles.

Ella se apartó de él. Los perros aullaron un poco y se deslizaron más cerca del ataúd. A través de la estepa pasó un soplo de viento sordo y como un lamento.

—La tempestad vuelve a empezar —dijo Bill—. En efecto, debe haber sido el viento lo que he oído.

Capítulo III

El honor del vivo

Billy permaneció silencioso durante unos instantes, después de haber pronunciado estas palabras, escuchando un ruido que no era el sordo lamento del viento de la estepa. Estaba seguro de que había oído... algo muy cerca, casi a sus pies, y sin embargo, era un sonido indefinible y cuya procedencia ignoraba. Ella le miraba atentamente.

—Esta vez lo he oído yo —dijo la joven—. Es el viento... Me ha dado espanto... Hace unos ruidos tan terribles a veces... cuando pasa por los páramos. Hace un instante he creído oír el lloro de un niño...

Billy la vio llevarse la mano a la garganta y había espanto y dolor en aquellos ojos que ni por un segundo dejaron de mirarle. El hombre comprendió. Estaba casi dispuesto a ceder a la terrible influencia de la estepa. Sonrió a ella y le habló con la voz que habría empleado para hablar a un niño.

—¡Está usted rendida, pequeña!

—Sí... sí... muy cansada...

—¿Y tiene hambre y frío?

—Sí.

—Pues acamparemos en el bosque.

Siguieron su camino hasta que llegaron a un grupo de abetos, tan denso que formaba un abrigo contra la nieve y contra el viento, con una espesa alfombra de agujas de ellos a sus pies. Ya no se veían las estrellas, y el hombre, en la obscuridad, se puso a silbar alegremente. Deslió sus efectos, extendió una manta cerca del ataúd y echó otra a los hombros de la mujer.

—Siéntese usted aquí mientras yo enciendo lumbre —dijo a la joven.

Y amontonó agujas de pino seco sobre un precioso pedazo de corteza de abedul y las encendió. Al vivo resplandor de la lumbre encontró otros combustibles que los añadió hasta que la llama se elevó tan alta como su cabeza. La joven escondió la cara y parecía que se había rendido al sueño al calor del fuego. Mac Veigh recogió leña durante media hora hasta que tuvo a su disposición una pila grande de ella.

Entonces sacó con un palo una capa espesa de carbones encendidos y el olor a

café y a tocino frito hizo despertar muy pronto a su compañera. Levantó ésta la cabeza y se echó atrás la manta que él le había echado a los hombros. Placía calor en el sitio en que estaba sentada y se quitó el capuchón. En tanto Mac Veigh la sonreía por encima del fuego. Los cabellos, de color rojo oscuro, le caían alrededor de los hombros, ondulan tes y brillantes al resplandor de la lumbre y, durante un ratito, permaneció con la cabellera suelta alrededor de los hombros y los ojos fijos en MacVeigh. Después la recogió entre los dedos y Billy la observó mientras ella la separaba en dos partes y con ellas hacía una larga trenza.

—Ya está la cena —dijo MacVeigh—. ¿Quiere usted comer ahí?

La joven asintió con la cabeza y por primera vez sonrió a él. Billy llevó tocino, pan y café, y otras cosas que sacó de la mochila y las dejó en un mantel doblado entre los dos. Entonces notó que tenía ojos azules y en las mejillas ligero rubor, que se hizo más intenso cuando él la miró, y ella volvió a sonreírle.

Aquella sonrisa y la momentánea languidez de sus ojos hicieron saltar el corazón de Billy y durante un ratito no tuvo conciencia del sabor de los alimentos.

MacVeigh le habló de su puesto en el promontorio de Fullerton, y de Pelletier que estaba muriéndose de la tristeza que le producía. La soledad.

—Hace mucho tiempo que no he visto una mujer como usted —confesó—. Y me parece como el cielo. ¡No puede usted imaginarse lo solo que estoy! —Le temblaba la voz—. Me gustaría que Pelletier la viera... un momento —añadió—. Eso le devolvería la vida.

Algo del dulce brillo de los ojos de la joven le incitaba a pronunciar otras palabras.

—Usted no sabe, sin duda lo que significa no ver una mujer blanca en... Todo ese tiempo —prosiguió Billy—. No vaya usted a creer que me he vuelto loco... o que digo y hago algo que no esté bien. Procuero contenerme, pero estoy tan contento que empezaría a gritar. Si Pelletier pudiera ver a usted...

De pronto, metió la mano en el bolsillo y sacó el precioso paquete de cartas.

—Tiene una novia, allá, en el Sur... que se parece a usted —dijo MacVeigh—. Estas cartas son de ella. Si se las llevo a tiempo le devolverán la vida. Porque no son medicamentos lo que necesita, sino una mujer... aunque no fuera más que verla, oír su voz y estrecharle la mano.

La joven, alargó el brazo y cogió las cartas.

Al resplandor del fuego vio él que a ella le temblaba la mano.

—¿Están casados? —preguntó.

—No, pero a punto de estarlo —contestó él triunfante—. Es la criatura más bella del mundo después de...

Se detuvo, pero ella terminó la frase:

—Después de otra jovencita... que es la de usted.

—No, no iba a decir eso. No crea usted que pienso en lo malo, si se lo digo... Iba a decir después... de usted. Pues usted ha salido de la trompa glacial... como un

ángel, para darme nueva esperanza. Era yo una especie de ruina cuando usted ha llegado. Si desapareciese usted ahora y no volviera a verla jamás, me iría lejos a consumir el resto de mis días y soñar en deliciosas cosas. ¡Dios!... todo hombre debe venir aquí para saber que la vida no es el sol ni la luna ni las estrellas ni el aire que se res pira. Sino una mujer... precisamente una mujer.

Volvió a meterse las cartas en el bolsillo. La voz de la joven era clara y amable. Para Billy, se levantaba como la música más dulce, por encima del crepitar de la lumbre y del murmurar del viento en las copas de los pinos.

—Hombres como usted... debían tener una mujer que los cuidara —dijo ella—. Él era así.

—¿Se refiere usted a...? —Y con la vista señaló el largo féretro sombrío.

—Sí... él era así.

—Comprendo su dolor —dijo Billy, y por un momento no se atrevía a mirarla—. Yo he pasado este trance varias veces. Mi padre, mi madre y una hermana. Mi madre fue la última y yo no era mucho más que un mozalbete... diez y ocho años. Más parece que fue ayer. Cuando se está allá arriba y sin ver el sol durante muchos meses, ni una cara blanca durante un año o más, todas las cosas se acercan más, como si hubiesen ocurrido poco tiempo ha.

—¿Todos han... muerto? —interrogó la joven.

—Todos menos una mujer, que estuvo escribiéndome durante mucho tiempo y yo pensé que me guardaría la palabra dada. Pelly, es decir, Pelletier piensa que hemos tenido una simple discusión y que ella volverá a escribirme. No le he dicho a él que me ha dejado para casarse con otro compañero; no quise que cayera en la tentación de sospechar lo trismo de su novia. Pues a eso conduce el estar muriéndose de la tristeza del aislamiento.

Los ojos de la joven brillaron. Se inclinó un poco hacia él y le dijo:

—Pues debería usted alegrarse, porque si le ha abandonado... no habría sido digna de usted... después. No era una mujer sincera. Si lo hubiese sido, no se le habría enfriado el amor porque usted estuviera lejos. Eso no debe destruir la fe de usted, porque la fe es... bella.

Otra vez él metió la mano en el bolsillo y sacó un paquetito envuelto en una piel de gamuza. Su cara parecía la de un muchacho.

—Así pudo haber sucedido... si no hubiese encontrado a usted —dijo—. Me gustaría hacerle saber lo que usted ha hecho por mí. Usted... y esto.

Y deshizo el paquete de piel de gamuza y se lo dio a ella. En él hizo dos grandes pétalos y el cabillo seco de una flor azul.

—¡Una flor azul! —exclamó ella.

—Sí. Usted sabe lo que significa. Los in dios la llaman *I-o-wakao* algo por el estilo, porque creen que es el alma del ser más puro y más bello del mundo. Yo lo he llamado: mujer.

Y se puso a reír, y en su risa había una nota de alegría.

—Me va usted a creer un poco loco —dijo, pero ¿le gustaría a usted que le dijera algo de esta flor?

La mujer asintió. Un ligero temblor con movió su garganta; pero Billy no lo notó.

»Estaba yo allá arriba, en la Great Bear —prosiguió él— y durante diez días y diez noches estuve acampado... solo... y en cama porque tenía un tobillo dislocado. Era un sitio selvático y triste, encajonado por alturas abruptas de la estepa, con negros pinos achaparrados alrededor, y aquellos árboles eran visitados por lechuzas que me asustaban por la noche. El segundo día encontré compañía: una flor azul. Crecía cerca de mi tienda y su tallo se hizo tan alto como mis rodillas, y de día tomé la costumbre de tender mi manta al lado de aquella planta y acostarme allí y fumar. Y la flor azul parecía mecerse sobre su delgado tallo, inclinándose hacia mí para hablarme un lenguaje de signos que yo me imaginé comprender.

»A veces estaba tan cómica y animada que me echaba a reír y entonces me parecía que me invitaba a bailar. Otras veces estaba sencillamente bella y tranquila y parecía escuchar lo que decía el bosque... y una vez o dos... pensó que... podía estar orando. La soledad pone a uno un poco loco. Al ponerse el sol, mi flor azul recogía siempre los pétalos y se dormía como un niño rendido por los juegos del día, y después, yo me sentía terriblemente solo.

»Pero ella siempre estaba despierta cuando yo me arrastraba afuera por las mañanas. Por fin llegó el día en que estuve bastante bien para marcharme. La novena noche contemplé mi flor azul y la vi dormirse por última vez después hice mi mochila. Ya había salido el sol cuando me puse en marcha a la mañana siguiente y a corta distancia me volví para mirarla. Sin duda estaba loco y seguramente débil para ser hombre; pero tenía como ganas de llorar. La flor me había enseñado muchas cosas que antes no conocía. Me había hecho meditar. Y cuando miré detrás de mí, encontrábase ella en un mar de luz, haciéndome señas.

»Me pareció que me llamaba... me volvía a llamar... y corrí a ella... y la corté del tallo... y desde entonces siempre ha estado conmigo hasta este momento. Ella ha sido mi Biblia y mi compañera y he sabido que era el alma del ser más puro y más bello del mundo... una mujer—. Su voz vaciló un poco—. Tal vez... estoy... loco, pero me complacería que usted la aceptase y la guardara... siempre... por mí.

Entonces pudo ver que los labios de la joven temblaron mientras él la miraba.

—Sí, la tomaré —contestó ella—. La tomaré y la guardaré... siempre.

—Yo la había guardado... para una mujer —prosiguió MacVeigh—. Loca idea, ¿verdad? El caso es que le he contado todo esto, cuando yo deseaba saber lo que ha sucedido a usted y lo que piensa hacer cuando llegue al lugar de los suyos. ¿Tiene inconveniente en... decírmelo?

—Él ha muerto... eso es todo —repuso la joven—. He prometido llevarle a mi pueblo. Cuando yo esté allí... no sé lo que liaré...

Y suspiró. Un sollozo ahogado se detuvo en sus labios.

—¿Que no sabe usted... lo que hará?

La voz de Billy tenía un sonido raro, aun para él mismo. Se levantó y miró a la cara vuelta hacia él; apretó los puños; el cuerpo le temblaba por el combate que se estaba librando dentro de él. A sus labios acudieron palabras, que rechazó... palabras que casi habían logrado pronunciarse repitiendo que ella había ido a él desde el fondo de la estepa, como un ángel; que durante aquel corto tiempo desde que se habían encontrado, él había vivido una vida entera y que la amaba como ningún hombre había amado jamás a una mujer antes que él. Los ojos azules de la desconocida le miraban, interrogadores, mientras él permanecía inclinado hacia ella.

Y entonces vio lo que por un momento había olvidado... el largo y tosco ataúd que estaba detrás de la mujer. Sus dedos se hundieron más en las palmas de las manos y lanzando un suspiro se alejó.

A unos cien pasos de allí, bajo los abetos, encontró una roca cubierta de viña de pámpanos^[2] rojos. Cortó con el cuchillo una brazada y volvió al resplandor de la lumbre; los pámpanos brillaban como una masa de flores purpúreas. La mujer se había levantado y le miraba sin decir nada, mientras él esparcía los pámpanos sobre el ataúd.

Volvióse a ella y le dijo sencillamente:

—¡En honor del muerto!

La joven estaba pálida, pero sus ojos brillaban como estrellas. Billy adelantó hacia ella con las manos tendidas. Pero de pronto se detuvo y se puso a escuchar. Después de un rato se volvió y preguntó otra vez:

—¿Qué ha sido eso?

—He oído a los perros y el rumor del viento —contestó ella.

—Hay algo en mi cabeza que me hace perder el tino —dijo MacVeigh—. Aquello sonaba como...

Y se pasó una mano por la frente y miró a los perros, sumidos en profundo sueño al lado del trineo. La mujer no vio el estremecimiento que lo sacudió a él. Éste se puso a reír alegremente y cogió el hacha.

—Ahora, el campamento —anunció—. Vamos a tener tormenta de aquí a una hora.

La joven llevaba sobre el féretro una tienda pequeña y la dispuso cerca de la lumbre llenando el interior con dos pies de ramas de cedro y de bálsamo. Billy preparó la suya, la de servicio, que era de seda, en las más densas sombras del pinar. Cuando acabó, miró a la joven con ademán interrogador, y después al ataúd.

—Si hay lugar... yo quisiera tenerlo con migo —dijo ella, y mientras permanecía en pie delante del fuego, él llevó el pesado féretro al interior de la tienda. Después echó más leña al fuego y fue a dar las buenas noches a la joven. Tenía ésta la cara pálida y llena de zozobra en aquel momento; pero sonrió a él y para MacVeigh fue la cosa más bella del mundo. En su fuero interno le pareció que la conocía de muchos años atrás y le cogió las manos y la miró hasta el fondo de sus ojos azules y dijo casi como un susurro:

—¿Me perdonará usted si no procedo rectamente? Usted no puede saber cuán desolado he estado... y lo estoy aún... y lo que para mí significa contemplar una vez más una cara de mujer. No quiero ofenderla, pero quisiera... —su voz era un poco anhelante—, quisiera devolverle la vida si pudiese, justamente, por que he visto a usted, la conozco y... la amo.

La joven se sobresaltó y exhaló un suspiro, áspero y pronto, que acabó casi en un grito ahogado.

—Perdóneme, pequeña —prosiguió el hombre—. Quizá estoy un poco loco. Creo que, en efecto, lo estoy. Pero moriría por usted y voy a dejarla en lugar seguro, allá, entre los suyos y... le pregunto... si quiere usted darme... un beso al darme las buenas noches...

Los ojos de la joven no habían dejado de mirarle. Eran de un azul deslumbrador a la luz del fuego. Despacio, y sin dejar de mirarle directamente a los ojos, ella desprendió las manos que aún las tenía él, las apoyó después cada una en un brazo de Billy y levantó la cara hacia él. El hombre se inclinó reverentemente y le dio un beso.

—¡Dios la bendiga! —murmuró.

Durante dos horas seguidas permaneció sentado junto a la lumbre. El viento subía más violento a través de la estepa, la tormenta se talló procedente del Norte; los abetos y los árboles del bálsamo se lamentaban por encima de su cabeza y podía oír los gemidos de la tromba helada en los espacios abiertos. Pero aquellos ruidos le llegaban como una especie de nueva sinfonía y le palpitaba el corazón y se le desbordaba de alegría el alma, contemplando la tienda en que dormía la mujer amada.

Aún sentía el calor de sus labios, veía sin cesar la dulzura azul que había pasado un instante a los ojos de olla y daba gracias a Dios por aquella milagrosa ventura que había ido a él. Porque la dulzura de los labios de la joven y la dulzura, aún mayor, de sus ojos azules le decían los que la vida le reservaba todavía.

A una jornada al Sur, había un campamento de indios. Allí la llevaría y alquilaría corredores para llevar a Pelletier medicamentos y sus cartas. Y él seguiría la marcha... con la joven... y se puso a reír suavemente y con alegría, pensando en las buenas noticias que llevaría a Pelletier después. Porque el beso le quemaba los labios, los ojos azules seguían sonriéndole desde el fondo de la obscuridad estrellada y ya no conocía más que la esperanza.

Era tarde... casi media noche... cuando se echó en la cama. Con la tempestad, que gemía y remolinaba alrededor de él, se durmió. Despertó muy tarde. El bosque estaba lleno de un ruido lúgubre. La lumbre se había casi consumido. Detrás de la hoguera, la colgadura de la puerta de la tienda de la joven estaba aún caída, y sin ruido, para no despertarla, echó leña a los carbones medio consumidos. Miró el reloj y vio que había dormido casi siete horas. Después volvió a su tienda para tomar el desayuno. A unos doce pasos de la entrada, se detuvo asombrado.

Colgados en su tienda, como inmensa guirnalda, estaban los pámpanos rojos que había cortado la tarde anterior y, encima de ellos, unos garabatos hechos con carbón

en la seda, ofrecieron a su vista estas crueles palabras:

«¡En honor del vivo!».

Lanzó un grito sordo y corrió a la otra tienda. Entonces, rápido como el pensamiento, se le mostró la significación de aquella guirnalda. La joven le decía lo que en palabras no había podido expresar. Había salido durante la noche mientras él dormía y había colgado la corona para que él la viese por la mañana.

La sangre le corrió cálida y gozosa por todo el cuerpo y con algo que no era risa, sino un suspiro triunfante de su alma, se levantó y llevó instintivamente la mano a la funda del revólver. Estaba vacía.

Levantó las mantas, pero el arma no estaba entre ellas. Volvió la vista al rincón donde había dejado el fusil, y también éste había desaparecido. Se le contrajo la cara y palideció. Lentamente se encaminó por el otro lado del fuego hacia la tienda de la joven. Con el oído en la puerta escuchó. Ningún ruido dentro. Ni ruido, ni movimiento, ni respiración de persona que duerme. Y como el que teme sorprender un triste espectáculo, levantó la colgadura. La cama de bálsamo que él mismo había hecho para la joven estaba también vacía y de través, sobre ella el tosco ataúd. MacVeigh adelantó un paso. El ataúd estaba abierto... y vacío. Tan sólo tenía una brazada ramas de bálsamo rotas y amontonadas. En un instante se ofreció toda la verdad en la mente de MacVeigh. El ataúd había encerrado vida y la mujer...

Un objeto próximo al féretro le llamó la atención. Era un pedazo de papel, atado en sitio muy visible. Lo cogió y volvió, anhelante, a la luz del día. Un grito sordo y doloroso se escapó de sus labios al leer lo que la mujer había escrito para él:

¡Dios le pague lo bueno que ha sido usted conmigo! Durante la tormenta nos hemos marchado mi marido y yo. Sabíamos que usted nos perseguía y vimos la hoguera de usted fuera de la estepa. Mi marido había construido aquella caja para mí, con el objeto de preservarme del frío y de la tormenta. Cuando vimos a usted, invertimos los papeles, y por eso me encontró usted ayer con un muerto. Él podía haber matado a usted... una docena de veces. Pero ha sido usted bueno conmigo y por eso está usted vivo. Dios le dé un día una mujer excelente que le ame como yo amo a mi marido. Mató a un hombre. Pero matar no es siempre asesinar... Le hemos quitado a usted las armas, y la tormenta borrará nuestras huellas. Pero usted no nos seguirá. Lo sé. Porque sabe usted lo que quiere decir amar a una mujer y sabe usted también lo que significa vivir para una mujer que ama a un hombre.

Isabel Deane.

Capítulo IV

Los cazadores de hombres

Billy, como una persona atontada por un golpe, volvió a leer las palabras que Isabel Deane había dejado para él. Después del primer grito que se había escapado de sus labios, no dejó oír sonido de su voz; pero quedó como clavado, mirando fijamente las llamas chispeantes de la lumbre, hasta que un brusco latigazo del viento le arrebató la esquila de los dedos y la llevó rodando lejos en una blanca rociada de menuda nieve.

La pérdida de la esquila lo sacó de su ensimismamiento. Echó a correr detrás del pedazo de papel, después se paró y se puso a reír. Fue una risa breve, sin alegría, una risa de aquellas que sirven a muchos para ocultar el dolor.

Volvió a la tienda y miró al interior. Levantó la colgadura para que penetrara la luz y poder ver lo que había en la caja, que pocas horas antes había ocultado a Scottie Deane, el asesino. ¡Y ella era su mujer!

Volvió al lado del fuego y otra vez contempló los pámpanos rojos colgados encima de la entrada de la tienda y las palabras que ella había trazado con la punta de un carbón apagado: «En honor del vivo». Estas palabras se referían a él. Algo desagradable le oprimió la garganta y un vaho que no procedía de la nieve ni del viento, le llenó los ojos. La mujer había luchado magníficamente. Y había vencido. Y de pronto se le ocurrió que lo que ella decía en la esquila era cierto, y que Scottie Deane podía haberlo matado con suma facilidad.

Inmediatamente se preguntó por qué no lo había hecho. Deane corría mucho riesgo por haberle permitido vivir. Solamente le llevaban una delantera de pocas horas y la tormenta no había podido borrar enteramente sus huellas. La presentía de su mujer podía ser un entorpecimiento para la huida de Deane. Así, pues, Billy podía seguirlos y alcanzarlos. Le habían quitado las armas, es cierto; pero no sería aquella la primera vez que había perseguido a un hombre sin ellas.

La reacción se operó pronto en él. Corrió al otro lado del fuego, alrededor del cual dio rápida vuelta, hasta que llegó a la huella marcada por el trineo al arrancar. Aún se distinguía bien. Dentro del bosque podía seguirse fácilmente. Una cosa revoloteaba a sus pies. Era la esquila de Isabel Deane.

Volvió a cogerla y sus miradas cayeron sobre las últimas palabras que ella había escrito:

Pero usted no nos seguirá. Lo sé. Porque sabe usted lo que quiere decir amar a una mujer y sabe usted también lo que significa vivir para una mujer que ama a un hombre.

Por eso no lo había matado Scottie Deane. Por su mujer... y ella tenía confianza en él. Esta vez dobló la esquila y se la guardó en el bolsillo en que había estado la flor azul. Después volvió despacio al lado del fuego.

—Le he dicho que le devolvería la vida si pudiese —murmuró—. Creo que voy a cumplir la palabra. —Y recayó en su antigua costumbre de hablar solo... costumbre que todos adquieren fácilmente en las extensas soledades... y empezó a reír cuando se vio delante del fuego, y cargó la pipa.

—¡Si no fuera por ella! —añadió, pensando en Scottie Deane—. ¡Dios!, ¡si no fuera por ella!

Acabó de llenar la pipa y la encendió, mirando vagamente a lo profundo del bosque, por donde huirían huido Scottie y su mujer. Todas las fuerzas de policía estaban al acecho de Scottie Deane. Durante más de un año había sido tan hábil para escapar como el blanco armiño de los bosques. Con su astucia había engañado a los mejores hombres del servicio, y su nombre era conocido por todos los de la Policía Real desde Calgary hasta la isla de Herschel.

Tenía puesta a precio la cabeza y era la fama asegurada para quien lo capturase. Los que soñaban en ascender, pensaban también en Scottie Deane, y mientras MacVeigh pensaba en tales cosas, algo brotó en él que no era el instinto del cazador de hombres, y se le abrasó la sangre de extraño sentimiento de fraternidad. En lo sucesivo, Scottie Deane sería para él algo más que un hombre fuera de la ley, más que un hombre cualquiera, acosado como una fiera y expulsado de uno a otro lugar; por fuerza tenía que ser más que aquellas cosas para que una mujer como Isabel no lo hubiese abandonado. Billy recordaba la dulzura de su voz, la gracia de su rostro, la ternura de sus ojos, y por primera vez le acudió el pensamiento de que tal mujer no podía amar a un hombre que fuese malo.

Y ella lo amaba. Un dolor punzante se apoderó de él al cerciorarse de ello, y también un estremecimiento de alegría. La lealtad de ella era un triunfo... aun para Billy mismo. Ella había ido a él como un ángel desde el fondo de la tormenta. Estaba, pues, contento. Una realidad viva y palpitante había tomado en su corazón el lugar de los ensueños... una mujer de carne y hueso, tan sincera y tan bella como la flor azul que él había llevado junto a su pecho.

En aquel momento le hubiera gustado dar un apretón de manos a Scottie Deane, por ser su marido y bastante hombre para hacerse amar por ella. Quizá fue Deane quien había colgado la guirnalda de pámpanos en su tienda y quien había garabateado

las palabras con carbón. Y Deane conocía seguramente la escuela de su mujer. El sentimiento de fraternidad crecía más y más en Billy, y el pensar que habían confiado en él lo llenaba de extraña exaltación.

El fuego se consumía y se volvió para añadir leña. Sus ojos tropezaron con el ataúd que estaba en la tienda, y lo sacó de ella. Estuvo tentado de echarlo a las llamas; pero cambió de parecer y lo examinó detenidamente. ¿De qué lejanas tierras venían? —se preguntó—. Debían venir del otro lado de los páramos, puesto que Deane había construido aquella caja para proteger a Isabel contra los furiosos vientos de la estepa.

La caja era de madera ligera y seca, cortada con una azuela y los ángulos sujetos con una correa de piel de *caribú*^[3], en lugar de clavos. El bálsamo que habían puesto dentro para Isabel estaba aún en la caja, y el corazón de Billy latió un poco más veloz cuando él lo sacó. Aquello había sido el lecho de Isabel. En el sitio en que el bálsamo era más espeso podía ver el lugar en que ella reposaba la cabeza. De pronto, dando un grito, arrojó la caja a la lumbre.

No tenía ganas de comer; hizo una olla de café y se lo bebió. Hasta aquel instante no había notado que la tempestad iba enfureciéndose por momentos. Los pinos y abetos del bosque rompían la violencia del huracán. Al otro lado del abrigo del bosque pudo oír el rugido del viento que barría las débiles plantas del monte bajo y los espacios abiertos al borde de la estepa. Aquello le recordó otra vez a Pelletier.

La excitación producida por la presencia de Isabel y el choque y la desesperación que siguieron a su huida le hicieron culpable del olvido de su compañero.

Desde el momento en que llegó a los *igloos* de los esquimales podían contarse dos días perdidos, que podían significar muchas cosas para el solitario enfermo. Se levantó, se registró el bolsillo para ver si las cartas estaban a salvo y empezó a arreglar la mochila. A través de los árboles llegaba menudísimo granizo y blanco como azúcar finamente molido. De pronto, una ráfaga de aquella nieve le azotó en los ojos y, abandonando la tienda y la mochila, se puso en camino dirigiéndose ansioso hacia el bosque y la maleza.

A pocas yardas del campamento se vio obligado a bajar la cabeza bajo los turbiones de nieve y a ponerse sobre las orejas y los carrillos las ojeras de la montera de piel. Cien yardas más allá se detuvo, guardándose detrás de un *branskian* nudoso y achaparrado. Miró hacia la orilla del llano. Era un caos blanco y movedizo en el que los ojos no podían ver más allá del alcance de una bala de pistola. Los *igloos* de los esquimales estaban a veinte millas a través de la estepa. A Billy se le oprimió el corazón. No podía recorrer tal trayecto.

Ningún hombre hubiera resistido la tormenta que como tromba bajaba del polo ártico. Y regresó al campamento. Apenas había dado un paso, se estremeció al oír un ruido extraño traído por el viento. Volvió a dar cara a la mancha blanca llevándose una mano a la funda vacía del revólver. El ruido le llegó de nuevo; y esta vez lo reconoció. Fue un grito, una voz de hombre. Su pensamiento se dirigió

instantáneamente a Deane e Isabel. ¿Qué milagro podía hacerles retroceder?

Una sombra emergió del agitado torbellino de la tempestad, y se descompuso en partes bien definidas... un tronco de perros... un trineo... tres hombres. Un minuto después se paraban los perros ladrando al ver a Billy. Éste dio un paso adelante. Casi en el mismo instante encontró un revólver apuntándole al pecho.

—¡Vuélvelo a la funda, Bucky Smith! —exclamó Billy—. Vienes en busca de un hombre y encuentras otro.

El interpelado se acercó. Tenía los ojos encarnados y fijos. Bajó la pistola cuando llegó a una yarda de Billy.

—¡Mil bombas!... ¡Eres tú, Billy MacVeigh! —exclamó.

Su risa sonaba discordante y desagradable. Bucky era un cabo del servicio, y la última vez que Billy había oído hablar de él estaba de estación en Nelson House. Los dos habían pertenecido durante un año a la misma patrulla 7 había entre ellos un asunto malo. Billy nunca había hablado de cierta historia ocurrida en Noruega, que si hubiese sido conocida en el Cuartel general habría significado para Bucky la expulsión deshonrosa del servicio. Pero había provocado a Bucky a un duelo leal y lo había dejado a dos dedos de la muerte.

El antiguo odio flameó en los ojos del cabo mientras estaban fijos en la cara de Billy. Éste despreció aquella mirada y dio un apretón de manos a los otros hombres. Uno de ellos era conductor de la Compañía de la Bahía de Hudson, y el otro era Walker, agente de la policía en Churchill.

—Creíamos que no íbamos a llegar vivos a un sitio abrigado —suspiró Walker, mientras se daban las manos—. Vamos persiguiendo a Scottie Deane, y no podemos perder un minuto. Pronto daremos con él. Su pista está tan reciente que podemos olería. Pero ¡Dios mío! si estoy como un témpano...

Los perros, con su conductor a la cabeza, se disponían a acampar. Billy, mientras los seguía, dijo al cabo, riendo burlescamente y de manera que Walker no pudo oírlo:

—¿Verdad que la ocasión era magnífica para despacharme si tú hubieses estado solo? Ya ves que no he olvidado tu amenaza.

Había una dureza metálica en su risa. Sabía que Bucky Smith era un bribón que tenía la buena fortuna de no haber sido jamás cogido en flagrante. Su pensamiento retrocedió como un relámpago a aquel día de Noruega en que Rousseau, el semifrancés, había ido a él des te el lecho del dolor, a decirle que Bucky había arruinado a su mujer. Rousseau, que debía haber estado en la cama con su fiebre, murió dos días después.

Billy seguía oyendo el insulto en la voz de Bucky de cuando él lo había acorralado con la acusación de Rousseau, y después el duelo que había seguido. La idea de que tal hombre iba pisando los talones a Deane e Isabel le llenó de una especie de rabia, y mientras Walker tomaba la delantera, él puso una mano en el brazo de Bucky.

—He pensado en ti últimamente, Bucky —le dijo—. He reflexionado mucho

sobre el asunto de Noruega, y me arrepiento de no haber dado cuenta de ello. Estoy a punto de hacerlo... a no ser que cambies de dirección, porque yo mismo voy detrás te Scottie Deane.

En el acto se hubiera arrancado la lengua por haber pronunciado tales palabras. Un relámpago de triunfo brilló en los ojos de Bucky.

—Ya decía yo que teníamos razón —declaró—. La tormenta nos ha hecho perder el rastro. Me alegro de haberte encentrado, porque nos pondrás en buen camino. ¿Están muy lejos de nosotros Deane y la india que va con él?

Billy apretó rabioso los puños enguantados. No contestó, sino que fue rápidamente al alcance de Walker. Su cerebro trabajaba velozmente. Cuando llegó cerca del fuego vio que los perros ya se habían echado encima de sus arreos y que estaban extenuados. Walker tenía la cara congestionada y los ojos medio cerrados por las picaduras de la nieve.

El conductor estaba medio tendido fuera del trineo, con los pies cerca del fuego. De una mirada se aseguró Billy de que hombres y perros habían sostenido duro y desesperado combate con la borrasca. Miró a Bucky; esta vez no había rencor ni amenaza en su voz cuando habló, y dijo:

—Compañeros, habéis tenido un tiempo duro. Haced como los perros. No me sobran las vituallas; pero si queráis sacar algunas de vuestras mochilas, yo os las prepararé mientras os calentáis.

Bucky consideró con curiosidad las dos tiendas.

—¿Quién está contigo? —preguntó.

Billy levantó los hombros y, con voz casi afable, contestó riendo:

—No me gusta decirte quién ha estado conmigo, Bucky. Llegué anoche muy tarde y medio muerto encontré un mestizo acampado ahí, bajo esa tienda de seda. Era un compañero... un excelente muchacho; muy joven, casi un niño. Al levantarme esta mañana... (Billy volvió a levantar los hombros y designó con el dedo la funda vacía del revólver) todo había desaparecido; perros, trineo, tienda suplementaria y aún mi fusil y automática. No obstante aquel sujeto no era enteramente malo, puesto que me dejó sus vituallas. También era ocurrente. ¡Mira!

—Billy apuntó entonces a la guirnalda de pámpanos colgada en la tienda.

—«En honor del vivo» —leyó en alta voz—. Una manera delicada de recordarme que podía haberme roto la cabeza de un garrotazo, si hubiese querido.

Se acercó más al cabo y le dijo en tono alegre:

—Esta vez puedes vencerme, Bucky. Scottie Deane está enteramente seguro por mi parte, aunque lo encuentre, porque no tengo ni siquiera una escopeta.

—Debe haber dejado rastro de su paso —observó Bucky mirándole con el rabillo del ojo.

—Sí... por allá.

Cuando Bucky fue a examinar lo que había quedado de la huella, Billy dio gracias al cielo de que Deane hubiese colocado a Isabel en el trineo antes de abandonar el

campamento. No había nada que denunciase la presencia de ella. Walker había desatado el equipaje de ellos y estaba preparando la comida cuando Bucky regresó. Tenía una sonrisa burlona en sus labios.

—¿No sabías que era fácil? —dijo—. ¡Me admira como no se ha llevado su tienda! Preciosa tienda por cierto.

Y entró en ella. Un minuto después apareció en el umbral y llamó a Billy.

—¡Mira! —le dijo temblándole la voz de emoción. Los ojos le brillaban con aspecto malo de triunfo—. Tu mestizo tenía cabello largo, ¿verdad?

Y señaló una astilla de madera en una estaca de la tienda. A Billy le dio un salto el corazón.

Un rizo de la larga cabellera de Isabel se había enredado a la astilla y una docena de cabellos de oro oscuro habían quedado para denunciarla. Durante un instante olvidó que Bucky Smith estaba observándolo.

Volvió a ver a Isabel en el momento en que entraba por última vez en la tienda: su hermosa cabellera flotando alrededor de ella con la gloria de la claridad del fuego; sus ojos, llenos aún de tierna gratitud. Otra vez sintió el calor de sus labios, el contacto de su mano, el temblor de su presencia al lado de él. Tales emociones ocultaron quizá algún movimiento de desconfianza o alguna palabra que, sin ella, habría quedado al descubierto. La duración de tales emociones fue breve; el hombre se repuso y volviéndose a su compañero le dijo, riendo con toda su fuerza:

—De mujer son, en efecto, estos cabellos, Bucky. El hombre me contó un sin fin de cosas de una muchacha que dejó en su casa. Debían ser ciertas.

Las miradas de los dos hombres se encontraron firmes. En los labios de Bucky se dibujó una mueca sarcástica; Billy seguía sonriente.

—Voy a seguir a ese francés en cuanto descansemos un poco —dijo el cabo, esforzándose por ocultar un tono de excitación y de triunfo en su voz—. Hay una mujer que viaja con Scottie Deane, ya lo sabes... una mujer blanca... y solamente hay otra al norte de Churchill. Supongo que tú también desearás recuperar el equipo robado.

—¡Sí lo deseo!... —exclamó Billy ocultando el efecto del golpe que Bucky acababa de asestarle—. Ya puedes figurarte que no puedo estar contento de que me hayan dejado de tal manera. El mestizo se habrá detenido para ponerse a cubierto y no será difícil seguirle los pasos.

Billy vio que Bucky se había sorprendido de tal inmediato asentimiento y, antes de que éste pudiese replicar, se apresuró a ir al lado de Walker para ayudarle en la preparación del desayuno. Hizo un galón de té, tocino frito y mandó tostar su propio pastel de avena helada.

Preparó otra tetera mientras los demás comían y extendió las mantas en su propia tienda. Walker le había dicho que habían estado andando casi toda la noche.

—Lo mejor que podéis hacer es dormir un par de horas antes de seguir la marcha —invitó Billy.

El conductor, llamado Conway, fue el primero que aceptó la invitación de Billy. Walker le siguió a la tienda en cuanto acabó de comer. Y cuando los dos se fueron, Bucky miró duramente a Billy.

—¿Cuál es tu juego? —le preguntó.

—Franco —respondió Billy ofreciéndole tabaco—. El mestizo me trató lealmente y me hizo pasar buen rato, si bien se lo ha cobrado después. Lo mismo hago yo.

—¿Y qué esperas conseguir... después?

Los ojos de Billy pestañearon al ver la mirada escrutadora del otro.

—Bucky, no te creo tonto del todo —dijo—. Y aun me figuro que tienes un poco de decencia bajo tu piel, ¿verdad? Un hombre puede estar preso como yo lo estoy aquí sin fusil. Supongo que me facilitarás uno cuando Walker y tú persigáis al mestizo. Si tú no quieres, Walker lo hará. Vete, pues, a dormir. Yo velaré junto al fuego.

Bucky se levantó de mal humor. Desconfiaba todavía de la hospitalidad de Billy; pero al mismo tiempo, viendo la fuerza del argumento suyo y la importancia del precio que pedía, se fue a hacer lo mismo que Walker y Conway.

Quince minutos después se acercó Billy a la tienda y contempló el interior. Los tres hombres estaban profundamente dormidos. La manera de proceder de Billy cambió instantáneamente. Había dejado la mochila al lado de la tenía para hacer más sitio, y metió en ella rápidamente una manta de reserva y sus provisiones. Después entró en la otra tienda y el rubor le subió a la cara y sintió que le hervía la sangre.

—Eres quizá un idiota, Billy MacVeigh —dijo, sonriendo—. Vas a hacer tal vez una locura... pero hay que hacerla.

Y suavemente desenlazó los largos hilos de seda de oro oscuro del poste de la tienda. Se enroscó los cabellos alrededor de los dedos e hizo un anillo sedoso y brillante. Era todo lo que siempre poseería de Isabel Deane y le latió más fuerte el corazón cuando lo oprimió un instante contra su ruda cara azotada por la tempestad. Se lo metió en el bolsillo cuidadosamente envuelto en la esquila de Isabel y otra vez volvió a la tienda en que dormían los tres hombres. No se habían movido.

El revólver de Walker estaba al alcance de su mano. Un instante estuvo violentamente tentado de cogerlo. Pero se alejó. Quería vencer en aquella lucha con Bucky con la misma seguridad con que había vencido en la otra y quería vencer sin fraude. Se echó la mochila al hombro y siguió la huella dejada por Deane en la huida. La siguió con sus raquetas de nieve, a paso rápido. A cien yardas del campamento, miró atrás un instante. Después se volvió, y su cara estaba ceñuda y seria.

«Si has de ser cogido, no será gracias al equipo que está allí, *Mr. Scottie Deane*» —se dijo a sí mismo—. Yo me encargo de ello —añadió—; Billy MacVeigh es hombre que puede dar el golpe, aunque no tenga carabina».

Capítulo V

Billy sigue a Isabel

Desde el primer instante se dio cuenta Billy de la dificultad con que Deane y sus perros habían caminado por entre los montones de nieve apilados por el vendaval. En los sitios en que los árboles eran más raros había ido Deane a pie a la cabeza, tirando penosamente del vehículo. Isabel había bajado del trineo una sola vez y fue en un sitio en que toboggan y perros se habían enredado en las ramas cubiertas de nieve de un árbol caído.

El hecho de que Deane obligara a su mujer a ir en el trineo aumentaba la simpatía de Billy a tal hombre. Era probable que Isabel no hubiese dormido después de su ruda prueba en la estepa, sino que estuvo despierta, trazando planes con su marido hasta la hora en que huyeron. Si Isabel hubiera sido capaz de andar con raquetas de nieve, Billy creía que Deane debería haber dejado los perros detrás, porque en la nieve alta y blanda habría tenido mejor tiempo sin ellos y la borrasca hubiera borrado, pocas horas después, las huellas de las raquetas.

Pero no fue así y, por lo tanto, no podía perderlos. Sabía que no tenía tiempo que perder, sobre todo si quería anticiparse a Bucky y a sus hombres, pues el desconfiado cabo no dormía largo rato. Él tenía la ventaja de ir delante; pero en cambio sus raquetas nivelaban y apisonaban la pista, y los otros, si seguían, podrían andar un par de millas por hora más que él. Que Bucky seguiría no podía ponerse en duda ni un instante, puesto que el cabo estaba ya medio convencido de que Scottie Deane había salido del campamento y que los cabellos que había encontrado enredados en la astilla de la estaca de la tienda pertenecían a la mujer del proscrito. Y Scottie Deane era una presa demasiado importante para dejarla escapar.

Billy consideraba mentalmente la situación y a cada instante se sentía más resuelto a la persecución. Sabía que Bucky solamente podía hacer una de dos cosas en aquellas circunstancias: seguir con Walker y el conductor o ir solo. Si aquéllos le acompañaban, la lucha para capturar a Scottie Deane sería leal, y el primero que le esposara las muñecas sería el vencedor. Pero si dejaba a sus dos compañeros en el campamento y llegaba solo...

Semejante idea era poco agradable. Casi lamentaba no haberle cogido el fusil a

Walker. Si Bucky iba solo no tendría más que una idea en la cabeza: asegurarse de Scottie Deane, pero arreglando primero cuentas con él.

Billy estaba seguro de haber apreciado acertadamente al hombre, y que no vacilaría en cumplir su antigua amenaza metiéndole una bala en el cuerpo en la primera oportunidad que se le ofreciera. La tempestad ocultaría toda tentación malvada que se ejecutara y su recompensa sería Scottie Deane... a no ser que éste se las hubiera con él.

Billy se echó a reír entre dientes al pensar en Deane. Hasta en aquel momento no había pensado seriamente en él; mas de pronto le pareció que en aquella situación había cierta parte cómica, aunque trágica. Confesó alegremente que Deane se había mostrado durante mucho tiempo más hábil que Bucky y que él mismo y que, al fin y al cabo, él era el que tenía mejores cartas en la mano aun en aquel momento.

Iba bien armado. Era tan cauto como un *raposo*^[4] y no se dejaría coger dormido. No obstante, semejante pensamiento llenaba a Billy de satisfacción más que de temor. Deane sería más que un igual para Bucky sólo si no conseguía vencer al cabo. Pero si lo vencía él...

Billy apretó los labios espantosamente y los ojos le brillaron de mala manera cuando giró la cabeza por encima del hombro y miró atrás. No sólo lo vencería, sino que capturaría a Scottie Deane. Sería un juego entre dos *raposos* y él vencería. Nadie sabría nunca por qué había jugado la partida como había planteado jugarla. Bucky no lo sabría jamás. En el cuartel general tampoco lo sabrían. Y, sin embargo, en lo más hondo de su corazón, esperaba y creía que Isabel sospecharía y comprendería.

Para salvar a Deane y salvar a Isabel era preciso defenderlos de las manos de Bucky Smith y proceder de tal manera que pudiera hacerlos prisioneros suyos. Terrible prueba sería al principio. Una imagen de Isabel se levantó delante de él; la fe y la confianza de ella anonadadas; la cara lívida y desfigurada por la pena y la desesperación; los ojos azules clavados en él... rencorosos. Pero Billy comprendía que podría soportar todo aquello. Un momento... el último... cuando ella comprendiese y reconociera que había sido sincero, le recompensaría de todo lo que hubiese podido sufrir.

Caminó rápidamente durante una hora y después se detuvo para tomar su dirección en un sitio en que la pista, cubierta en parte, se hundía en un pantano helado. Allí había bajado Isabel del trineo y había seguido el surco del vehículo. En algunos sitios en que los pinos y los abetos formaban espesa bóveda sobre su cabeza, Billy podía distinguir las huellas de los mocasines de ella. Deane había guiado a los perros en las tinieblas del vendaval, y Billy encontró dos veces puntas de cerillas quemadas, en los sitios en que aquél se había parado para ver la brújula. Había seguido un rumbo casi en línea recta al Oeste.

En la orilla opuesta del pantano, la pista fue a parar a un lago, y Deane había llevado su tiro al través de éste. Lo peor de la tempestad ya había pasado. El viento había cambiado lentamente hacia Sudeste y la nieve fina y acerada había cedido el

lugar a una nevada de copos más espesos y más blandos. Billy se estremeció al considerar lo que aquel lago había sido unas horas antes cuando Deane e Isabel lo atravesaron en las densas tinieblas de la tromba glacial que lo había barrido como un ciclón.

El lago tenía media milla de anchura y a cincuenta yardas de la orilla se había borrado enteramente la pista. Billy no quiso perder tiempo en esforzarse por encontrar señales de ella, sino que se encaminó directamente a la línea opuesta de árboles y bajo la cubierta del bosque de malezas tomó camino oblicuo. Pronto volvió a encontrar la pista. Media hora después volvió a pararse. Abetos y bálsamos crecían espesos alrededor de él, impidiendo que penetrara lo que quedaba del viento. Allí había hecho alto Deane para encender lumbre. Cerca de las cenizas había un montón de ramas de bálsamo sobre el cual había descansado Isabel. Scottie Deane había hecho hervir una olla de té y había arrojado los restos sobre la nieve.

Los cuerpos calientes de los perros habían señalado agujeros redondos en la nieve y Billy se figuró que los fugitivos habían descansado allí durante un par de horas. Habían recorrido ocho millas en medio del viento huracanado y la nevada, y sin fuego, y su corazón se le inundó de lástima al pensar en Isabel y en los padecimientos de que él era causa. Y durante unos instantes experimentó verdadera aversión a lo que le llevaba allí: la Ley.

En su servicio había pensado más de una vez en que los castigos de la ley eran mayores que los crímenes. Isabel había padecido... y Estaba padeciendo aún... mucho más que si hubiesen capturado a Deane un año atrás y lo hubieran ahorcado. Y Deane mismo había pagado una pena mayor que la de muerte, al ser testigo del sufrimiento de la mujer que le había sido tan fiel. Del corazón de Billy se escapó un grito ahogado de compasión a aquellos desgraciados al contemplar el lecho de bálsamo y los restos negros del fuego.

Deseó devolverles vida, libertad y contento se le crisparon los puños con más fuerza al pensar que estaba dispuesto a renunciar a todo, aun a su propio honor, por la mujer que él amaba.

Quince minutos después de haber llegado al refugio del campamento, reanudó la persecución. La sangre le circuló más de prisa cuando vio que la pista de Scottie Deane era por allí casi tan recta como trazada a cordel y que el trineo no volvió a enredarse en los árboles caídos ni en las malezas invisibles. Prueba de que ya era de día cuando Deane e Isabel hacían dejado el campamento. Isabel iba ahora a pie y el trineo se deslizaba más de prisa. Billy apresuró el paso y, después de atravesar los o tres claros de bosque, entró en un surco largo y tortuoso. La huella era relativamente reciente y una hora después se convenció de que los fugitivos no podían estar lejos de él. Los había seguido a través de un pantano estrecho y había escalado la cima de una eminencia escarpada, cuando se detuvo. Isabel había subido a la cumbre del cerro, extenuada.

En las últimas veinte yardas pudo ver que Deane le había ayudado, y después se

había tendido en la nieve y él había tendido una manta sobre ella. Habían tomado té negruzco y esparcieron un poco por la nieve. Aún no se había helado. Nuestro sargento se deslizó instintivamente detrás de una roca y miró al valle cubierto de árboles que estaba a sus pies. Pocos momentos después empezó a bajar.

Había llegado casi al pie de la loma y, de pronto, se paró en seco, ahogando un grito de horror. Había llegado a un sitio en que la falda del cerro parecía haberse desplomado, dejando una pared escarpada. En un relámpago se dio cuenta de lo que había sucedido. Isabel y Deane habían bajado a un montón de nieve que al paso de ellos se había hundido, precipitándose sobre las rocas que había debajo.

Billy estuvo allí lo que dura un aliento y en aquel instante llegó a sus oídos, detrás de él y de lejos, un ruido que le hizo estremecerse. Era el ladrido de un perro. Bucky y sus hombres le seguían de cerca y viajaban con el tiro.

Torció un poco a la izquierda para evitar la esquina de la trampa y se hundió temerariamente en el fondo, y no pudo respirar libremente otra vez hasta después de haber visto por donde Scottie Deane y su tiro habían salido del alud de nieve. Se enjugó el sudor frío de la cara, cuando vio la huella de los mocasines de Isabel y el sitio en que Deane había enderezado el trineo. Y entonces vio por primera vez varias manchas rojizas en la nieve. Isabel o Deane se habían herido al caer, quizá ligeramente. A cien yardas del alud volvió a pararse el trineo, y a partir de aquel momento, Deane fue quien montó en el vehículo, e Isabel la que anduvo a pie.

El sargento caminó desde entonces con más precaución otras cien yardas y se paró a olfatear el aire. Delante de él, abetos y bálsamos se cruzaban espesos y tupidos y estaba seguro que de aquel refugio le llegaba algo traído por el suave viento. Al principio creyó que era el olor de los bálsamos. Un instante después conoció que era humo.

La fuerza de la costumbre le hizo llevar por vigésima vez la mano a la funda vacía del revólver. Este engaño le obligó a aumentar la precaución con que se acercaba a los abetos y bálsamos que tenía delante. Aprovechando unas malezas cargadas de nieve, cortó la pista en ángulo recto y empezó a dar gran rodeo. Caminaba rápidamente. Dentro de media hora o tres cuartos de hora llegarla Bucky al cerro. Por consiguiente, lo que Billy tuviera que hacer, tenía que dejarlo hecho antes. Cinco minutos después de haber dejado la pista vio, por fin, el humo y se encaminó hacia el lado del fuego.

La calma del ambiente le oprimía. Iba acercándose más y más y, sin embargo, no oía ruido de voces ni de puerros. Por último llegó a un sitio donde podía mirar escondido detrás de un abeto y ver el fuego. No estaba a más de treinta pies. Retuvo el aliento al contemplar lo que tenía delante. En una sábana tendida cerca de la lumbre estaba echado Scottie Deane, con la cabeza apoyada en una mochila. No había rastro de Isabel, ni de trineo ni de perros. El corazón de Billy empezó a saltar en el pecho mientras se levantaba... No se detuvo a preguntarse adonde habían ido Isabel y los perros.

Deane estaba solo y tendido de espaldas a él. La suerte no podía ofrecerle mejor ocasión, y los pies del sargento, calzados con mocasines, se hundieron viva y suavemente en la nieve. Estaba a menos de dos pasos de Scottie antes de que el herido le oyese y, apenas hizo éste un movimiento, el otro se encontró sobre él. Quedó sorprendido de la facilidad con que cogió a Deane y le puso las esposas en las muñecas. La operación quedó terminada antes de que él diera cuenta. Deane tenía la cabeza atada con un trapo manchado de sangre. Los brazos y el cuerpo del hombre estaban sin fuerza. Miró a Billy con ojos extraviados, y después, al comprender lo que había sucedido, un gemido sordo se escapó de sus labios.

En un instante se puso Billy de rodillas delante de él. Había visto a Deane dos veces en Churchill, pero era la primera vez que veía de cerca la cara. Aquella cara estaba gastada por las duras fatigas físicas y mentales. Las mejillas demacradas y los ojos de acero gris, que miraban a Billy, enrojecidos por semanas y meses de lucha contra las borrascas. No era la cara de un criminal, sino la de un hombre de bigote rubio en quien Billy habría confiado; de un hombre sin miedo y lleno de esa voluntad bien afirmada que acompaña a la honradez y a la franqueza.

Dio otro suspiro y Billy comprendió por qué no lo había matado aquel hombre cuando pudo haberlo hecho fácilmente. Deane no era de los que atacan por la espalda. Había dejado vivir a Billy porque aún creía en la humanidad del hombre, y el pensamiento de haber agradecido la confianza que Deane había tenido en él, cuando Billy se precipitó sobre el desdichado proscrito, estando tendido en el suelo y herido, le llenó de amargura y de vergüenza. Cogió una mano de Deane y la apretó entre las suyas.

—Detesto lo que he hecho, amigo —le dijo vivamente—. Es cosa infernal poner las esposas a un herido. Pero debo hacerlo. No tenía intención de venir... no, Dios es testigo de ello; pero Bucky Smith y otros dos han sorprendido la pista que dejaste al salir del campamento. Ellos te habrían cogido... seguramente. Y ella no hubiera estado segura con ellos. ¿Comprendes? ¡Ella no hubiera estado segura! Por eso he decidido llegar el primero y detenerte yo.

—Deseo que comprendas. Y sospecho que comprendes, que debes haber comprendido, porque creí que estabas verdaderamente muerto en el ataúd, y juro al cielo que yo pensaba todo lo que entonces dije. Yo no habría venido. Estaba contento de que hubieseis huido los dos. Pero ese Bucky es un cobarde y un bribón; y es posible que teniéndote yo, pueda ayudarte más tarde... Dentro de pocos minutos estarán aquí.

Habló rápidamente. La voz le temblaba por la emoción que le dictaba sus palabras, y Scottie Deane no desvió ni un instante los ojos de la cara de Billy. Cuando éste se calló, le miró un momento más, juzgando la verdad de las palabras que acababa de oír por lo que leía en la cara del otro. Entonces sintió Billy, durante un instante, que la mano del herido apretaba más fuerte que la suya.

—Supongo que es usted sincero, MacVeigh —dijo el preso—, y comprendo que

esto debía llegar tarde o temprano. No me apena que haya sido usted... y sé que la atenderá amablemente.

—Lo haré... aunque para ello tenga que luchar... y matar.

Billy había desprendido sus manos y apretó los puños. En los ojos de Deane brilló un relámpago de fuego.

—¡Eso es lo que yo hice! —suspiró apretando también los puños enérgicamente—. Maté... por ella. También era un cobarde y un bribón. Y usted hubiera hecho lo mismo.

Y volvió a mirar a Billy.

—Estoy contento de que haya usted dicho lo que dijo... cuando yo estaba en la caja —añadió—. Si ella no fuese tan pura y dulce como las estrellas, yo habría procedido de otro modo. Pero estaba íntimamente convencido de que la trataría usted como un hermano. No he tenido confianza en muchos hombres; pero la tuve en usted.

Billy se inclinó sobre el otro. Tenía la cara de color de púrpura y le temblaba la voz.

—¡Dios te bendiga por eso, Scottie! —dijo.

Un ruido procedente del bosque hizo volverse a los dos hombres.

—Ella se ha llevado los perros y se ha alejado un poco para coger leña —dijo Deane—. Ya vuelve.

Billy se había levantado y volvió la cara hacia el lado de la loma. También él había oído ruido; otro ruido y en otra dirección. Y se puso a reír ceñudamente, volviéndose hacia Deane.

—¡También ellos vienen, Scottie! —repuso—. Ahora suben por el cerro. Voy a coger tus armas, amigo, porque es posible que haya lucha.

Metió el revólver de Deane en su funda y rápidamente vació la cámara del rifle que estaba al alcance de su mano.

—¿Dónde están las mías? —preguntó.

—Las he tirado —contestó—. Ahí están todas las armas del equipo.

Billy esperó. En tanto, a través de los árboles de ramas bajas, llegaba Isabel Deane con los perros.

Capítulo VI

La huida

Hubo una sonrisa para Deane en los labios de Isabel mientras ella forcejeaba por entre los abetos, hundida en la nieve hasta las rodillas. Los perros la seguían arrastrando el trineo. Pero, de pronto, vio a MacVeigh y la sonrisa se congeló en su cara, transformándose en mirada de horror. Aún no estaba a veinte pasos cuando salió al claro del bosque y Billy oyó el grito desgarrador que arrancó de la garganta de la joven. Ésta se detuvo y se llevó las manos al corazón.

Deane se había incorporado; su cara pálida y demacrada sonrió a ella animándola, e Isabel, con un grito salvaje, se precipitó hacia él y cayó de rodillas a su lado, cogiendo fieramente las esposas de acero que sujetaban las muñecas de su marido. Billy se retiró un poco. La oyó sollozar y oyó también la voz baja y consoladora del herido. Un gemido de angustia se escapó de los labios del preso, y Billy apretó los puños temiendo el terrible momento en que tendría que soportar la mirada de la mujer que más amaba en la tierra.

La voz de ella fue lo que le hizo acercarse a ellos. Isabel se había levantado y estaba en pie delante de él, jadeante como un animal acosado; y el sargento vio en su cara lo que había temido más que el aguijón de la muerte. Los ojos azules de la joven no estaban ya llenos de la dulzura ni de la fe del ángel que había ido a él desde el fondo de la estepa. Eran duros y terribles y revelaban tal demencia que el hombre creyó que Isabel se iba a precipitar sobre él.

En aquellos ojos, en el temblor de su garganta desnuda y en un sollozo que le agitaba el pecho, había rabia, tristeza, dolor y espanto de quien ve trocada su confianza en la más mortal desilusión, y Billy permanecía en pie delante de ella, sin que una palabra asomara a sus labios, con la cara tan fría y tan blanca como la nieve que tenía a sus pies.

—¡Conque... nos ha seguido usted... después de aquello!

Fue todo lo que ella dijo y, no obstante, su voz y el significado de aquellas palabras estranguladas le hirieron más que si ella le hubiese golpeado. No había en ellas nada de la pasión ni de las recriminaciones que él había esperado. Dichas con calma, casi con dulzura, le penetraron hasta el alma. Había pensado decirle lo que

hacía un instante había dicho a Deane... y aun más. Pero la aspereza de la soledad lo había hecho torpe de lengua, y mientras su corazón buscaba palabras, Isabel se volvió y se acercó a su marido. Entonces se produjo lo que él esperaba.

Por la ladera de la loma rodó un alud de nieve y se oyeron ladridos de perro. MacVeigh sacó el revólver de la funda y se preparó. Al mismo tiempo, Bucky Smith adelantó unos pasos a sus hombres y se acercó al campamento. Al ver a su enemigo dominado por la rabia y la decepción a la vez, Billy recuperó toda su serenidad.

Bucky se puso de un salto al lado de Deane. Vio las manos esposadas del hombre, miró luego a la mujer, que las estrechaba entre las suyas, y después fue hacia Billy.

—¡Eres un embustero y un hipócrita! —dijo jadeante—. De todo esto tendrás que responder en la comisaría general. Ahora comprendo por qué los dejaste marchar. ¡Fue ella! Ella te lo pagó a su manera... para que los dejaras libres. ¡Pero no volverá a pagártelo más!...

Deane, al oír tales palabras, se había levantado como picado por una avispa. Billy vio la cara lívida de Isabel. El significado de las palabras de Bucky había penetrado en ella con la celeridad de un reguero de pólvora y sus miradas se volvieron un instante hacia él. Bucky no pudo seguir hablando. Antes de proferir una sílaba más, Billy se precipitó sobre él y lo abofeteó hasta dejarlo tendido en el suelo. No esperó Billy a que se levantara. En sus ojos brilló un relámpago. Olvidó la presencia de Deane, de Walker y de Conway. Su único pensamiento era que el granuja que acababa de tirar al suelo había lanzado a Isabel la injuria mayor que un hombre puede hacer a una mujer, y antes de que Walker o Conway pudiesen hacer un movimiento, se arrojó sobre Bucky.

No supo cuánto tiempo ni cuántas veces le pegó; pero cuando, al fin, Conway y Walker lograron separarlo, Bucky estaba tendido de espaldas en la nieve, echando sangre por la boca y la nariz. Walker corrió a él. Y Billy... casi sin aliento, se volvió hacia Isabel y Deane. Estaba sollozando. No se esforzó por hablar, pero vio que lo que él había temido, no existía ya.

Isabel volvió a mirarle... y reapareció la antigua fe en sus ojos. ¡Por fin... ella comprendía! Las manos esposadas de Deane estaban crispadas. Un resplandor de fraternidad brilló en sus ojos, y así como un momento antes había habido dolor y desesperación en el corazón de Billy, había ahora una llama de alegría consoladora. Otra vez volvían a tener confianza en él.

Walker levantó a Bucky y le enjugó la sangre de la cara. Billy se acercó a ellos. La mano del cabo hizo un ligero movimiento hacia el revólver. Billy, de un golpe seco, la separó y se apoderó del arma. Entonces habló a Walker y le dijo:

—Es indudable que usted no ignora que tengo el grado de sargento en el servicio, ¿no es eso, Walker?

Su tono no era ya el de compañerismo, sino el de autoridad. Walker comprendió en el acto.

—¡No lo ignoro, señor!

—¿Y está usted bien enterado de nuestras ordenanzas en cuanto concierne a la insubordinación y ultraje a un superior?

Walker asintió.

—Pues bien, como superior y en nombre de Su Majestad el Rey, arresto al cabo Bucky Smith y encargo a usted, bajo juramento requerido, que lo lleve a Churchill con la carta que le voy a dar para el oficial que allí se encuentra en funciones. Más adelante declararé contra Smith para demostrar que debe ser destituido. Póngale las esposas.

Walker, asombrado por el cambio de situación, obedeció sin chistar. Billy se volvió hacia Conway el conductor.

—Deane no puede viajar —le dijo— porque está gravemente herido. Plante usted aquí su tienda para él y su mujer, al lado del fuego, y coja usted la mía cuando regrese.

Fue al sitio en que tenía la mochila y sacó de ella lápiz y papel. Quince minutos después entregaba a Walker la carta en que explicaba al oficial comandante en Churchill ciertas cosas que sabía que habían de retener a Bucky preso hasta que él fuese a exponer la acusación. Entre tanto, ya había dispuesto Conway la tienda y ayudado a Deane a entrar en ella. Isabel le acompañó.

Billy estuvo hablando confidencialmente con Walker durante cinco minutos, y cuando el condestable dio orden a Conway de que dispusiera los perros para regresar, tenía en los ojos una dureza decidida al mirar a Bucky. Durante aquellos cinco minutos aprendió Walker la historia de Rousseau, el joven francés muerto en Norway House, y la de su esposa, cuya infidelidad lo había matado. Además, odiaba a Bucky como todos le odiaban. Billy estaba seguro de que podía confiar en él.

Mientras los perros y el trineo no estuvieron preparados, no dijo Bucky una palabra. La terrible zorra que había recibido lo tuvo aturdido durante unos minutos; pero entonces se levantó sin esperar la orden de Walker y se puso, a grandes pasos, al lado de Billy. Una voz; pero la voz era tan baja que Conway y Walker solamente pudieron oír un murmullo. Sus palabras eran para Billy solo.

—Te mataré, MacVeigh, por haberme tratado así —le dijo, y Billy, a pesar de su desprecio a semejante hombre, sintió un temblor que le corrió de pies a cabeza—. Puedes hacer que me expulsen del servicio, pero morirás por haberlo hecho.

Billy no contestó, ni Bucky esperó respuesta. Partió delante del trineo con Conway, y Billy siguió con Walker a un paso atrás, hasta el pie de la loma. Allí se dieron un apretón de manos y el sargento permaneció en pie mirándolos hasta que traspasaron la cumbre del cerro.

Entonces volvió muy despacio al campamento. Deane había salido de la tienda, sostenido por Isabel. Estaban esperándolo, y en la cara del sin ventura vio la expresión que había observado después de haber echado al suelo a Bucky Smith. Durante un momento no se atrevió a mirar a Isabel. Ella advirtió el cambio operado en él y sus mejillas se tiñeron de púrpura. Deane le había dado las manos, pero ella

las tenía apretadas entre las suyas.

—Más te valdría volver a la tienda y estar allí quietecito —le aconsejó Billy—. Aún no he tenido tiempo de ver si tu herida es grave.

—No lo es —le aseguró Deane—. Me he dado un golpe contra una roca al deslizarnos al pie de la loma y he estado sin sentido durante unos minutos.

Billy sabía que los ojos de Isabel estaban fijos en él y casi sentía su muda súplica. El hombre se puso a coger leña del trineo, cargado por ella, y a echarla a la lumbre. Deseaba que Scottie e Isabel hubiesen estado un rato más en la tienda. Se le inflamó la cara y la sangre le ardió como fuego al ver las esposas de acero en las muñecas de Deane.

A través del humo veía a Isabel estrechando aún a su marido. Le vio una mano agarrada a la cadena de hierro y de un salto se puso al lado de ellos y los miró, ya sin temer a los ojos de Isabel ni a los de Deane. Radiante su cara de maravillosa alegría, tendió un brazo hacia ellos, hablando como si quisiera abrazar a los dos en aquel momento de sacrificio y renuncia a la aurora de una vida nueva.

—Los dos sabéis... por qué he hecho esto —dijo—. Tú oíste lo que dije allí, Deane... cuando estabas en el ataúd... y todo lo que dije, era verdad. Ella se me apareció en medio del huracán como un ángel... y pensaré en ella toda mi vida como en un ángel. No sé mucho de Dios... no el Dios que tienen aquí abajo donde se paga ojo por ojo y diente por diente y matan porque uno ha matado.

—Pero hay algo allá arriba, en la inmensidad... algo que hace pensar y obliga a proceder bien y honradamente, y ella tiene todo que he aprendido de Dios en esta Biblia mía, pequeñita... la flor azul.

—Yo le di la flor y en lo sucesivo ella será siempre mi Flor Azul. Y no me avergüenza decírtelo, Deane, porque ya me lo oíste decir y bien sabes que no lo pienso en forma pecaminosa. Ello me sostendrá si puedo ver su cara, oír su voz y saber que existe un amor como el vuestro cuando os hayáis ido. Porque voy a dejarte marchar, Deane, amigo. Por eso he venido... para salvarte de los otros y devolverte a ella. Supongo que comprenderás ahora... ahora que siento...

Y le faltó la voz. Los gloriosos ojos de Isabel penetraban en su alma y él penetró hasta el fondo de los de ella y vio toda su recompensa. Billy dio un paso hacia Deane. Su llave hizo ruido en las cadenas de las esposas y, cuando cayeron a la nieve, los dos hombres se estrecharon las manos y por sus rudas caras pasó la cosa más rara del mundo: el amor de hombre a hombre.

—Estoy contento de que tú lo sepas —dijo Billy suavemente—. De no ser así, no sería bueno, Scottie. Ahora ya puedo pensar en ella y ello no será despreciable ni bajo. Y si alguna vez necesitas ayuda... cuando estés en América del Sur o en África o en otra parte cualquiera... iré a la primera palabra tuya.

Lo mejor es que Tayas a América del Sur. Es un sitio bueno. Enviaré un informe a la Comisaría general diciendo que has muerto... de la caída. Será mentir, pero Flor Azul lo haría y yo lo haré también. A veces, el amigo que miente es el único amigo

verdadero... y ella ha mentado... mil veces... por ti.

—Y por usted —murmuró Isabel.

Y ofreció la mano al noble amigo, con los ojos azules llenos de lágrimas de felicidad, y Billy, que había cogido aquella mano, la guardó un momento en la suya, mirando a lo lejos mientras ella hablaba.

—Dios bendecirá a usted algún día por esto —dijo Isabel, y un sollozo le cortó la voz—. Y le traerá buena ventura, la dicha que usted ha soñado. Encontrará usted una Flor azul... dulce y pura y leal, y entonces sabrá usted mejor aún, si es posible, lo que significa la vida para mí y con él.

Y se calló, sollozando como un niño, y, con la cara oculta entre las manos, entró en la tienda.

—¡Dios! —murmuró Billy dando un profundo suspiro.

Miró a Deane en los ojos, y Deane le sonrió con rara y hermosa sonrisa.

Durante un cuarto de hora estuvieron hablando los dos solos, y Billy sacó después una bolsa y le dijo:

—Necesitarás dinero, Scottie. No quiero hacerte perder ni un minuto en tu marcha de esta tierra. Vete a Vancouver. Aquí tienes trescientos dólares. Acéptalos o te los tiro a la cara.

Puso el dinero en las manos de Deane en el momento en que Isabel salía de la tienda. Los ojos de la joven estaban rojos, pero sonrió y tenía algo en la mano. Lo mostró a los dos hombres. Era la flor azul que Billy le había dado. Pero ahora estaban sueltos los pétalos y tenía nueve en la palma de la mano.

—Esto no puede ser para uno solo —dijo dulcemente, y la sonrisa se desvaneció en sus labios—. Hay nueve pétalos, tres para cada uno.

Dio tres a su marido y otros tres a Billy, y los dos hombres contemplaron un momento aquellos pétalos en el hueco de sus callosas manos. Billy sacó el pedazo de piel de gamuza en que había colocado los cabellos de Isabel y agregó los pétalos azules. Deane sacó del bolsillo un sobre viejo. Billy le dijo en voz baja:

—Necesito estar solo un instante... hasta la hora de comer. ¿Quieres entrar en la tienda con tu mujer?

Y cuando entraron, Billy fue al sitio donde había dejado la mochila antes de caer sobre Deane. La cogió, se la aseguró a los hombros y se puso en marcha. Regresaba de prisa por la antigua pista, y esta vez tenía el corazón cargado de profunda y terrible soledad. Cuando llegó a la cumbre de la loma procuró silbar; pero le temblaban los labios y en la garganta tenía algo que le ahogaba. Desde lo alto del cerro miró abajo. Leve neblina de humo se levantaba del bosque. Sintió que se le mojaban los ojos y un sollozo ahogó, en sus lloros contenidos, el nombre de Isabel. Otra vez volvía a la soledad y desolación de su vida pasada.

—Ya voy, Pelly —dijo riendo con risa áspera y forzada—. No he sido muy exacto contigo amigo, pero voy a correr para recuperar el tiempo perdido.

El viento empezaba a lamentarse en las copas de los abetos. MacVeigh se alegró

de ello, porque anunciaba tempestad. Y el vendaval borraría todas las huellas.

Capítulo VII

La locura de Pelletier

Allá lejos, en el promontorio de Follerton, entre el huracán y el estallido de las tinieblas árticas, luchaba Pelletier un día y otro día contra la fiebre, esperando a MacVeigh. Al principio estuvo lleno de esperanza. El primer destello de sol que vieron por la estrecha ventana la mañana en que Billy se puso en camino hacia Fort Churchill, llegó justamente a tiempo para evitar que perdiera la razón. Durante tres días seguidos miró por la ventana, a la misma hora, implorando casi otro destello del paraíso del cielo del Sur.

Pero la tempestad de la cual se había librado Isabel a través de la estepa, se había acumulado por encima de la cabeza de Pelletier y detrás de él... un día tras otro... rodando, retorciéndose y rugiendo con el rugido de los campos de hielo agrietados, volviendo a traer la obscuridad mortal de la noche hiperbórea que lo había puesto al borde de la locura. Procuró pensar solamente en Billy, en el viaje de su leal compañero hacia el Sur y en las preciosas cartas que le iba a llevar... y contaba los días trazando rayas con lápiz en la puerta que daba a la desolación gris y púrpura del mar ártico.

Por fin llegó el día en que perdió toda esperanza. Creyó que se iba a morir. Contó las rayas de la puerta y encontró que había diez y seis. Justamente los que hacía que Billy se había marchado con los perros. Si todo había ido bien, había recorrido un tercio del camino de regreso y dentro de una semana estaría de vuelta.

En la cara de Pelletier, adelgazada y abrasada por la fiebre, se insinuó una sonrisa lánguida, mientras contaba otra vez las rayas de lápiz. Mucho antes de acabar aquella semana estaría muerto, pensó. Medicamentos... y car tas... llegarían tarde; probablemente cuatro o cinco días más tarde. Debajo de la última raya tiró una línea larga, y en el extremo de ella añadió, con letra irregular, casi ilegible:

Querido Billy, creo que ha llegado mi último día.

Después se arrastró de la puerta a la ventana.

Fuera estaba lo que le mataba... la soledad, la enloquecedora desolación, un

mundo sin vida que se extendía a centenares de millas más allá de lo que alcanzaba la vista. Al Norte y al Este, hielos, nada más que hielos, masas acumuladas y montañas de hielo, blancos al principio, de color gris sombrío después y por último púrpura y casi negros.

Y en aquel momento llegaba a sus oídos el trueno ensordecedor y sin tregua de las corrientes submarinas que se abrían paso para bajar del Océano Ártico, trueno interrumpido de trecho en trecho por un rugido espantoso, como si fuerzas de titanes semejantes a gigantescos cuchillos cortaran una de las montañas heladas. Durante cinco meses había escuchado aquellos ruidos el pobre solitario y durante aquellos cinco meses no había oído más voces que la de MacVeigh y la suya, y la charla de algún esquimal. Una sola vez había visto el sol en cuatro meses, y fue la mañana en que MacVeigh marchó hacia el Sur. Por eso se había vuelto medio loco. Otros, antes que él, se habían vuelto locos del todo.

Por la ventana veía las cinco toscas cruces de madera que indicaban las tumbas de aquellos desdichados. En el servicio de la Policía Real del Noroeste, les llamaban héroes. Y pronto contarían entre ellos al agente Pelletier. MacVeigh enviaría el relato completo de su historia a la Comisaría, y ella, la fiel mucha cha, a miles de millas al Sur se acordaría siempre de él, de su héroe, y de su tumba solitaria en el promontorio de Fullerton, el puesto más septentrional de la Ley.

Pero ella no veía jamás aquella tumba, nunca podría ponerle una flor, como las ponía en la sepultura de la madre de él; no conocería en su vida toda la historia... ni la mitad: la terrible espera del sonido de su voz, el contacto de sus manos, la mirada de su; dulces ojos... antes de que él muriese. Debían casarse en agosto, cuando acabara su servicio en la Policía Real. La novia esperaba. Y en agosto o en julio, una palabra le diría que él había muerto.

Con un ligero sollozo se dirigió desde la ventana a la tosca mesa que había empujado al lado del camastro y por última vez puso j bajo sus ojos, enrojecidos por la fiebre, una fotografía. Era el retrato de una muchacha, maravillosamente bella para Tommy Pelletier, de cabellos castaños, con ojos que siempre parecía que le estaban hablando y diciéndole lo mucho que le amaba. Y por milésima vez, volvió la fotografía y leyó las palabras escritas detrás:

Mi querido Tommy: Acuérdate de que siempre estoy contigo, que pienso siempre en ti, que siempre ruego por ti y que sé, amado mío, que siempre harás lo que harías si yo estuviese a tu lado.

—¡Señor, Dios mío! —suspiró Pelletier—. ¡Yo no puedo morir! ¡No puedo! Necesito vivir... para verla.

Y se tendió en la cama, extenuado. Otra vez le ardía la cabeza. Deliraba, y hablaba a ella o creía hablarle... pero un tartamudeo de sonidos incoherentes hizo que Kazán, el perro esquimal, viejo y tuerto, levantara su afelpada cabeza y resollara de

manera sospechosa. Kazán había oído muchas veces; delirar a Pelletier desde que MacVeigh lo había dejado solo y pronto dejó caer el morro entre las patas delanteras y volvió a dormir.

Largo rato después levantó otra vez la cabeza. Pelletier estaba tranquilo. Pero el perro olfateó el aire, corrió a la puerta, gruñó suavemente y apoyó con vigor el hocico en la mano descarnada del enfermo. Después se sentó de ancas, levantó la nariz y de su garganta subió el grito lamentoso, lúgubre y terrible que los perros indios lanzan ante las chozas en que sus amos acaban de morir. Aquel ruido despertó a Pelletier. Se incorporó en el camastro y vio una vez más que el fuego y el dolor habían desaparecido: de su cabeza.

—¡Kazán; Kazán! —gimió débilmente—. ¡Aún... no ha llegado la hora!

Kazán se acercó a la ventana que miraba hacia el este y permaneció allí un rato con las patas delanteras en el antepecho. Pelletier se estremeció.

—¡Los lobos! —exclamó—. ¡O algún *raposo*!

También él había tomado la costumbre de soliloquiar, como todo el que vive en el extremo del Norte donde su propia voz es frecuentemente el único ruido que rompe la mortal monotonía. Se dirigió hacia la ventana, hablando, y miró al exterior con Kazán.

Por el Oeste se extendía la estepa sin vida, ilimitada y vacía, sin una roca, sin una zarza y arqueado sobre ella, un cielo que recordaba siempre a Pelletier un cuadro terrible que había visto un día: el «Infierno», de Gustav: Doré. Era un cielo bajo y denso, como granito de color de púrpura y azul, que siempre amenazaba hundirse en horrendo alud, y entre la tierra y aquel cielo el mundo estrecho y abogado que MacVeigh había calificado un día de asilo de alienados de Dios.

A través de la obscuridad, el único ojo de Kazán y los ojos calenturientos de Pelletier no podían ver de lejos; mas, al fin, el hombre distinguió una sombra que se movía lentamente hacia la cabaña. Al principio creyó que era un *raposo*, después un lobo y, cuando apareció mayor, un *caribú* extraviado. Kazán lanzó un lamento. Los pelos ásperos del espinazo se levantaron rígidos y amenazadores. Pelletier miró con más atención, con la cara apegada en el vidrio de la ventana, y de pronto dio un grito anhelante de emoción.

Era un hombre que adelantaba penosamente hacia la cabaña. Iba muy encorvado y haciendo eses en su marcha. Pelletier se dirigió con pena a la puerta, descorrió los cerrojos y la entreabrió. Vencido por la debilidad, cayó de espaldas sobre el borde de la cama.

Le pareció que había transcurrido un siglo llanta que oyó pasos. Eran éstos lentos e interrumpidos por tropezones; un momento después apareció una cara en la puerta. Era una cara espantosa, cubierta de barba, con ojos salvajes y huraños... pero era la cara de un blanco. Pelletier, que había esperado ver un esquimal, se puso en pie con repentina energía cuando entró el desconocido.

—¡Algo de comer, compañero!... ¡Por el amor de Dios, dame de comer!

El hombre cayó como una pesada masa al suelo y elevó hacia Pelletier la súplica muda de un animal hambriento. El primer movimiento de Pelletier fue coger *whisky*, y el otro lo bebió a grandes tragos. Después se levantó con esfuerzo y Pelletier lo sentó en una silla al lado de la mesa.

—Estoy enfermo —dijo—. El sargento MacVeigh ha ido a Churchill y creo que estoy en mal camino. Tendrás que servirte tú mismo. Allí hay carne... pan de avena...

El *whisky* había reanimado al recién llegado. Se fijó en Pelletier y, sin apartar los ojos de él, empezó a reír burlescamente, enseñando feos dientes amarillos entre la enmarañada barba. Aquella mirada fue como un resplandor en la mente de Pelletier. Por una razón que no podía explicarse, buscó el revólver en el sitio en que de ordinario llevaba la funda. Pero en el acto se acordó de que el revólver de reglamento lo tenía debajo de la almohada.

—Fiebre —dijo al marinero, pues Pelletier sabía que era un marinero.

Se quitó el pesado capote y lo echó encima de la mesa. Entonces siguió las instrucciones de Pelletier para buscar alimentos y, durante Hez minutos, comió vorazmente. Hasta el instante en que acabó, sentado frente al lado: puesto de la mesa, Pelletier estuvo callado.

—¿Quién eres y de dónde vienes? —le preguntó.

—Me llamo Jim Blake y vengo de lo que yo llamo la Bahía en el *igloo* del Hambre, a treinta millas de la costa. Hace cinco meses que me dejaron a cien millas más allá para guardar un escondite hecho por el ballenero John B. Sidney, y el escondite fue barrido por los hielos. Entonces bajamos hacia el Sur, cazando y pasando hambre... la mujer y yo...

—¡La mujer! —exclamó Pelletier.

—Una muchacha esquimal —dijo Blake sacando una pipa negra—. El capitán la había comprado para que me hiciese compañía... Pagó por ella cuatro sacos de harina y un cuchillo a su marido, en la bahía de Wagner... ¿Tiene usted tabaco?

Pelletier se levantó a buscarlo y se sorprendió de encontrarse más fuerte sobre sus pies y de que las palabras de Blake le hubiesen despejado el cerebro. La mayor preocupación de él y de MacVeigh había sido la de acabar aquella trata inmoral de mujeres e hijas de los esquimales por los blancos... y Blake aca baba de confesarse culpable. La idea de ponerse en acción dominó por el momento su debilidad. Volvió con el tabaco y se sentó.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó.

—En el *igloo* —contestó Blake, llenando la pipa—. Matamos una morsa y construimos una casa de hielo. Ya no teníamos qué comer. A estas horas ya se habrá ido la mujer.

Y se puso a reír, mirando descaradamente a Pelletier mientras encendía la pipa.

—Cosa buena es volver a estar en la choza de un blanco.

—¿No ha muerto la mujer? —insistió Pelletier.

—Probablemente... Estaba tan débil que ni podía andar cuando la dejé. Pero a esas bestias esquimales les cuesta mucho morir... especialmente a las mujeres.

—Pues vas a tener que ir a buscarla.

El otro clavó la vista en la cara encarnada de Pelletier y lanzó una carcajada, como si acabase de oír un buen chiste.

—No será mientras tú vivas, buen mozo. En seguida vuelvo a recorrer las treinta millas... y otras treinta de vuelta... ni por todas las mujeres esquimales que hay en Wagner.

Los ojos rojos de Pelletier se enrojecieron más.

—Nada, nada —repitió—. Vas a ir... ahora mismo. ¿Entiendes? ¡Vas a ir y volver!

De pronto se detuvo. Fijó la vista en el ca pote de Blake y, con una vivacidad que asombró al otro, lo alcanzó y sacó de él una cosa. Un grito de sorpresa se escapó de sus labios. Entre sus dedos tenía un cabello, casi de un pie de largo, y no era de mujer esquimal. Brillaba como el oro deslustrado a la luz gris filtrada por la ventana. Pelletier levantó los ojos, terriblemente acusadores e iracundos, hacia el hombre que tenía enfrente.

—¡Mientes! —le dijo—. No es una esquimal.

Blake se había medio levantado, con sus largas manos agarradas al borde de la mesa, su cara brutal inclinada adelante y su cuerpo entero en una postura que hizo retroceder a Pelletier. La cosa era cuestión de tiempo. Dando un recio juramento, Blake apartó la mesa con estrépito y se lanzó sobre el enfermo.

—Te voy a matar —exclamó—. Te voy a matar y a ponerte donde la he puesto a ella, y cuando tu leopardo vuelva, lo...

Cogió a Pelletier por la garganta, pero los labios del enfermo tuvieron tiempo para llamar: «¡Kazán! ¡Kazán!».

Y el perro, viejo y tuerto, con un rugido de fiera, saltó sobre Blake y los tres cayeron con estruendo sobre el camastro de Pelletier. En un instante, el ataque de Kazán desprendió de la garganta de Pelletier una de las poderosas manos de Blake, y mientras éste se volvía para hacer que el perro soltara la presa, la mano de Pelletier buscó bajo la almohada aplastada. La cara de Blake estaba aún vuelta hacia el perro cuando el otro cogió su pesado revólver de reglamento, y mientras el asesino golpeaba a Kazán con un largo cuchillo envainado que había sacado del cinto, Pelletier hizo fuego. Blake soltó la otra mano y, sin un gemido, se deslizó al suelo. Pelletier se puso en pie, vacilante. Kazán había clavado los dientes en una pierna del marinero.

—Ya tienes lo que merecías —dijo Pelletier, rechazándolo.

Se sentó y miró a Blake. Sabía que estaba muerto. Kazán olfateó la cabeza del marinero con el espinazo rígido. En aquel instante, un rayo de luz atravesó la ventana. Era el sol la segunda vez que Pelletier lo veía en cuatro meses. Un grito de alegría le surgió del fondo del corazón. Pero se detuvo a la mitad del camino. En el suelo, muy

cerca de Blake, brillaba una cosa al ígneo resplandor y Pelletier se puso de rodillas en un instante.

Era el cabello de oro que había quitado del capote del muerto y, tapándolo parcialmente, el retrato de la novia, que se le había caído cuando tiraron la mesa al suelo. Con la fotografía en una mano y aquel sencillo cabello de mujer entre los dedos de la otra, Pelletier se levantó muy despacio y se acercó a la ventana. Ya había desaparecido el sol. Pero su aparición había infundido en él nueva vida. Miró alegremente a Kazán.

—Esto significa algo, amigo mío —dijo en voz baja, conmovida—. El sol, el retrato y esto. Ella lo envía, ¿entiendes, muchacho? Ella lo envía. Casi oigo su voz diciéndome que vaya. «Tommy —dice ella—, no serías hombre si no vinieses, aunque pensaras que vas a morir en el camino. Coge algo de comer para ella», así lo dice, muchacho, «y tú, lo mismo puedes morir en el *igloo* que aquí. Deja unas palabras para Billy y coge para ella provisiones bastantes, que le duren hasta que él llegue, y entonces la traerá aquí y tú serás enterrado allá afuera con los otros... justamente igual».

Miró a su alrededor un poco extraviado.

—Derecho, a la cesta —murmuró—. Treinta millas. Podemos andarlas, amigo.

Y se puso a llenar la mochila de provisiones. Fuera, al lado de la tuerca, había un trineo pequeño, y después se metió en las ropas de viaje, arrastró la mochila hasta el trineo y detrás de la mochila ató un haz de leña, una linterna, mantas y aceite. Hecho esto, escribió unas líneas para MacVeigh y clavó el papel con un alfiler en la puerta. Después ató al viejo Kazán al trineo y se puso en marcha, dejando al muerto donde había caído.

—Esto es lo que ella decía que hiciésemos —volvió a decir a Kazán—. Ella estaba segura de que lo haríamos Kazán... ¡Dios ben diga aquel corazoncito!

Capítulo VIII

La niña Misterio

Pelletier siguió de cerca la costa cerrada por los hielos. Viajaba despacio, señalando el camino a Kazán que estiraba todos los músculos de su viejo cuerpo para tirar del trineo. Durante un rato, la excitación de lo que había ocurrido dio a Pelletier un vigor que pronto empezó a decaer. Pero su antigua debilidad no le volvió enteramente. Vio que la dificultad peor le prevenía de los ojos.

Tantas semanas de fiebre le habían debilitado la vista, hasta el punto de que el mundo que le rodeaba le parecía nuevo y extraño. Sólo podía ver a unos cientos de pasos delante de sí y más allá de aquel limitado círculo, todo se le volvía gris y negro. Mas tuvo la feliz ocurrencia de considerar el lado cómico de la situación. Había, en efecto, algo irrisorio en el hecho de que Kazán era tuerto y él estaba casi ciego. Y se puso a reírse de sí mismo y del perro.

—Esto me hace pensar en el juego de la gallina ciega, al que jugábamos cuando éramos chicos, amigo —dijo—. Ella me tapaba los ojos con su pañuelo y yo la seguía por el huerto y cuando la cogía, era una regla del juego el que tenía que dejarme darle un beso. Una vez me di un golpe contra un manzano.

La punta de la raqueta se enredó en un montón de témpanos y le hizo caer de cara en la nieve. Se levantó y prosiguió.

—Jugábamos a ese juego hasta que nos hicimos mayores, amigo. La última vez que jugamos tenía ella diez y siete años. Llevaba los cabellos recogidos en espesa trenza, que se le deshizo enteramente, de manera que cuando yo la cogí y me quité el pañuelo apenas pude verle los ojos ni la boca, que se reía de mí. Y aquella vez le di un beso más fuerte que nunca y le dije que iba a construir un hogar para los dos. Después vine aquí.

Se detuvo, se frotó los ojos y, durante una hora seguida, mientras caminaba penosamente, fue murmurando palabras que ni Kazán ni ser viviente alguno hubieran podido comprender. Pero aunque el delirio encontró su expresión en aquella voz, la chispa luchadora de su cerebro permanecía sana. El *igloo* y la mujer hambrienta que Blake había abandonado formaban la única imagen viva que no olvidó ni un momento. Tenía que encontrar el *igloo*, y el *igloo* estaba cerca del mar. No podía

dejar de encontrarlo, si vivía lo bastante para andar treinta millas. No se le ocurría que Blake podía haber mentado... que el *igloo* podía estar más lejos que lo dicho por él o, quizá, más cerca.

Eran las dos cuando se detuvo a preparar el té. Se imaginaba que había andado por lo menos dieciocho millas; pero lo cierto era que no había recorrido más de la mitad de aquella distancia. No tenía ganas de comer y no comió nada; pero hartó a Kazán de carne. El té caliente, reforzado con un poco de *whisky*, le hizo revivir de momento más que lo hubiera hecho el alimento.

—Doce millas todavía... por lo menos —dijo a Kazán—. ¡Pero las andaremos, si Dios quiere!

Si hubiese tenido mejores ojos, habría visto y reconocido la enorme roca cubierta de nieve llamada «El Esquimal Ciego», que estaba justamente a nueve millas de la cabaña. Pero como no la vio, reanudó la marcha lleno de esperanza. Tenía en aquel momento agudos dolores de cabeza y le flaqueaban las piernas. El día acababa poco después de las dos; pero en aquella estación no había gran cambio entre la noche y el día, y Pelletier apenas notó la diferencia. Por fin, la imagen del *igloo* y de la mujer moribunda se agitaron febrilmente en su cerebro. Había en ella espacios sombríos. La chispa de vida iba abandonándolo poco a poco y, por último, el hombre se dejó caer en el trineo.

—¡Adelante Kazán! —gritó débilmente—. ¡No te pares!... ¡Sigue la marcha!

Kazán con un palmo de lengua fuera, tiró con todas sus fuerzas, y la cabeza de Pelletier resbaló sobre la mochila, llena de provisiones.

Lo que Kazán oyó fue un gemido. Se detuvo y miró detrás de sí, quejándose débilmente. Estuvo un momento sentado respirando algo que le llegaba por el aire. Después se puso en marcha tirando del trineo un poco más de prisa, pero sin cesar de gemir. Si Pelletier no hubiese estado desvanecido, lo habría dirigido en línea recta hacia adelante; pero el viejo Kazán iba separándose del mar. Durante los diez minutos que siguieron se paró dos veces a olfatear el viento y cada vez modificó un poco su dirección. Media hora después llegó a un montículo blanco que se alzaba sobre la extensa llanura de nieve. Volvió a sentarse, levantó la enmarañada cabeza hacia el cielo de la obscura noche y por segunda vez, aquel día, lanzó el fatal y espantoso aullido de agonía.

Pelletier despertó al oírlo. Se incorporó, frotóse los ojos, se levantó y vio el montículo a unos doce pasos delante de él. El descanso le había aclarado otra vez el cerebro. Conoció que era un *igloo*. Vio la entrada y, cogiendo la linterna, se encaminó, dando tropezones, hacia ella. Gastó media docena de cerillas antes de lograr tener luz. Después trepó y entró con Kazán, que seguía sus huellas.

Un olor nauseabundo, de recinto cerrado, dominaba en la casa de nieve; pero no advertía ruido ni movimiento. La linterna alumbraba el estrecho espacio y Pelletier vio en el suelo un montón de mantas y una piel de oso. No había ni un ser viviente, y el hombre bajó instintivamente los ojos hacia Kazán. La cabeza del perro estaba

tendida hacia las man tas; las orejas alerta, el único ojo clavado fieramente en el montón, y un regañamiento bajo y quejumbroso rugía en su garganta.

El hombre fijó otra vez la vista en las man tas y avanzó despacio hacia ellas. Levantó la piel de oso y encontró lo que Blake le dijo que encontraría... una mujer. La contempló un momento, y después, cayendo de rodillas, se escapó de sus labios un grito sordo. Blake no había mentido... era una esquimal. Estaba muerta. Pero no muerta de hambre. Blake la había asesinado.

Volvió el hombre a ponerse en pie y miró a su alrededor. El caso es que aquel cabello de oro... aquel cabello de mujer blanca... significaba algo... ¿Qué era aquello? Retrocedió bruscamente hacia Kazán, con los nervios excitados por un ruido y un movimiento que procedían del fondo más lejano oscuro del *igloo*. Kazán tiraba de sus arreos, jadeante y gimiendo, retenido por el trineo cruzado en a puerta. Otra vez se oyó el ruido... ¡un grito humano, como un sollozo y un lamento!

Pelletier, con la linterna en la mano, se precipitó hacia el sitio de donde procedía el ruido. En el suelo había otro rollo de mantas, y mientras lo miraba vio que se movía. Un instante le bastó para caer de rodillas al lado de aquello, como se había arrodillado junto al otro montón, y cuando levantó la manta de encima, húmeda y, en parte, helaba, le dio tal salto el corazón que casi se ahogó.

La luz de la linterna cayó sobre la cara pálida y demacrada y sobre la cabeza dorada de una niña. Dos ojos, grandes y asustados, se levantaron hacia él, y mientras Pelletier caía de rodillas, sin atreverse a hacer un movimiento ni a pronunciar una pa labra, aquellos ojos se cerraron, y él oyó la nota lamentable y de hambre que Kazán había oído ya cuando se acercaba al *igloo*.

Pelletier quitó la manta y cogió a la criatura en brazos.

—¡Es una niña!, ¡una niña! —dijo a gritos a Kazán—. ¡Ea! amigo... atrás... ¡afuera!

Y dejó la niña en las otras mantas y arrastró a Kazán atrás. Le pareció que en un momento había cobrado la fuerza de dos hombres, cuando arrancaba sus propias mantas y desocupaba el contenido de la mochila sobré la nieve.

—Ella nos la ha enviado, amigo —gritó, con aliento entrecortado por sollozos—. ¿Dónde está la leche?... ¿y la estufilla?

Diez segundos después entraba otra vez en el *igloo* con un bote de leche condensada, un cazo y la lamparilla de alcohol. Le temblaba la mano de tal manera que le fue difícil encender la mecha, y mientras abría el bote con una navaja, vio abrirse los ojos de la niña cuan grandes eran y volver a cerrarse.

—¡Un minuto más!... ¡medio minuto! —suplicó, vertiendo la crema en el cazo—. ¿Tienes hambre, pequeña? ¿Hambre? ¡Muertecita de hambre!, ¿verdad, cielito?

Tenía el cazo encima de la llama azul y con templaba, aterrado, la carita blanca que tenía su lado.

Aquella delgadez y la quietud le horrorizaron. Metió el dedo en la crema y la encontró caliente.

—¡Una taza, Kazán! ¿Por qué no he traído una taza?

Salió y volvió a entrar con un tazón de es taño. Un instante después estaba la niña en sus brazos y le vertió a la fuerza las primeras gotas de leche entre los labios. Ella abrió los ojos de repente. La vida parecía saltar a su cuerpecito, y bebió haciendo ruido y una manecita agarrábase a la muñeca del hombre.

El contacto, el ruido y la sensación de vida junto a él le hicieron temblar. Dio a la niña la mitad del contenido del cazo y la envolvió en la pesada manta de reglamento, tapándola toda, menos la cara y los enmarañados cabellos de oro. La tuvo un momento cerca de la linterna. La niña lo miraba con sus grandes ojos de asombro, pero no de espanto.

—¡Dios te bendiga, adorable alma! —exclamó el hombre, cuya admiración iba en aumento—. ¿Quién eres y de dónde vienes? No tienes más de tres años. ¿Dónde están tus papás?

Y volvió a dejarla sobre las mantas.

—¡Ahora, lumbre, Kazán! —dijo.

Levantó la linterna por encima de la cabeza y descubrió la estrecha chimenea que Blake había abierto a través de la pared de hielo para la salida del humo. Después salió a bus car leña, desenganchando de paso a Kazán. Y pocos minutos después, brillante llama de leña de alerce, casi sin humo, alumbró y calentó el interior del *igloo*. Pelletier, con gran sorpresa, encontró a la niña dormida cuando se acercó a ella. La cambió de lugar suavemente y llevó el cadáver de la esquimal a través del camino abierto, a unos cincuenta pasos del *igloo*. En el momento en que se paró se dio cuenta, con admiración, de la fuerza que dadla recuperado. Estiró los brazos por encima de la cabeza y aspiró profundamente el aire helado. Le pareció que algo se había des atado dentro de él, que un peso abrumador se había desprendido de sus ojos. Kazán lo había seguido y él bajó la mirada hacia el perro.

—Ya se ha pasado, Kazán —exclamó en voz baja, casi incrédulo—. Ya no estoy... enfermo... Ella es...

Y volvió al *igloo*. La linterna y la lumbre esparcían alegre claridad y empezaba a calentarse aquel recinto. Se quitó la pesada casaca, arrastró la piel de oso al lado del fuego y se sentó en ella con la niña en brazos. Seguía dormida. Pelletier, como un hombre hambriento, contemplaba absorto aquella delgada carita.

Sus rudos dedos acariciaron los dorados rizos. Pelletier sonrió. Un resplandor apareció en sus ojos. Inclino un poco más la cabeza, luego otro poco más, despacito y como temeroso. Por fin, sus labios tocaron las mejillas de la nena. Y luego, su tosco rostro, curtido por el viento, la tempestad y el frío intenso, se adhirió a la carita de la nueva y misteriosa vida que había encontrado en aquel extremo del mundo.

Kazán escuchó un momento, agachado sobre su cuarto trasero; después se enrolló como una bola cerca de la lumbre. Y Pelletier estuvo largo rato meciéndose suavemente, poseído de un estremecimiento de gozo y contento por instantes más profundo y mayor. Sentía el leve latir del corazón de la niña junto a su pecho, y la

respiración junto a su carrillo. Una manecita de la niña le tenía agarrado su dedo pulgar.

Cien preguntas acudieron a su mente. ¿Quién era aquel rorro abandonado? ¿Quiénes eran sus padres y dónde estaban? ¿Cómo había llegado al lado de la mujer esquimal y de Blake? Blake no era su padre; la esquimal no era su madre. ¿Qué tragedia la había llevado allí?

Sea lo que fuere, Pelletier experimentaba un sentimiento de alegría al pensar que nunca sabría contestar a estas preguntas. La criaturita le pertenecía. Él la había encontrado. Nadie iría jamás a quitársela. Sin despertar a la nena, metió la mano en un bolsillo del chaleco y sacó el retrato de la joven, de dulce mirar, que había de ser su mujer. Entonces no se le ocurrió que podría morir. El antiguo temor y la antigua enfermedad habían desaparecido. Sabía que viviría.

—Tú has sido —suspiró blandamente—. Tú has sido quien ha hecho esto y sé que te pondrás contenta cuando te la lleve.

Y a la nena dormida:

—Y puesto que no tienes nombre, según presumo, te voy a llamar Misterio... ¿Quieres?

Cuando separó los ojos del retrato, los de la Niña Misterio estaban abiertos y mirándole. Dejó la fotografía y se inclinó hacia el cazo de la leche que se calentaba cerca de la lumbre. La niña bebió con tanta avidez como antes mientras Pelletier charlaba a los oídos de la nena cosas incoherentes. Cuando ella acabó de beber, él recogió el retrato y con súbita y loca inspiración que la pequeña podía comprender:

—¡Mira! —exclamé—. Preciosa...

Y la Niña Misterio, con asombro y alegría de Pelletier, alargó la mano y puso la punta del dedo índice en la cara de la joven. Después levantó la vista hacia los ojos de Pelletier.

—Mamá —murmuró.

El hombre quiso hablar, pero se le puso en la garganta como un nudo que le ahogaba. Una llama le atravesó entonces todo el cuerpo: la alegría de aquella única palabra le cegó los ojos de lágrimas. Cuando, al fin, pudo hablar, lo hizo con voz entrecortada como la de una mujer que solloza.

Capítulo IX

El secreto del muerto

Ocho días después que Pelletier había descubierto el *igloo* de los esquimales, llegaba Billy MacVeigh una mañana gris con sus perro; rendidos de tanto andar, las cartas y los medicamentos. Había viajado toda la noche anterior y arrastraba los pies penosamente. Poseído de hondo temor vio los negros peñascos del promontorio de Fullerton surgiendo por encima del hielo. Temía abrir la puerta de la cabaña. ¿Qué encontraría en ella? Durante las últimas cuarenta y ocho horas había computado las probabilidades de Pelletier y había dos contra una en favor de encontrar a su compañero muerto en el camastro.

Pero si Pelletier estaba aún vivo, ¿qué cuento le contaría al enfermo? Pues bien sabía que tendría que confiarlo a alguno, y Pelletier guardaría el secreto. Y él comprendería. Día tías días, mientras se apresuraba hacia el Norte, le pesaban con pesadumbre cada vez mayor la soledad y la tristeza. Procuraba alejar a Isabel de tus pensamientos; pero era imposible.

Mil visiones de ella alzábanse delante de él y cada milla que lo alejaba de aquella mujer no hacía más que acercar su alma a la de ella y aumentar el extraño dolor de su corazón que de cuando en cuando subía a sus labios en suspiros como sollozos, que en vano luchaba por c: atener. Y no obstante, en medio de su pena, y desesperación, sentía una alegría compensadora cada ala mayor.

Era la alegría de saber que había devuelto vida y esperanza a Isabel y a su marido. Cada día calculaba lo que ellos andaban, por k que andaba él. Desde la aldea de esquimales había enviado un mensajero a Churchill con un largo informe para el oficial de servicio, y en aquella relación había mentido. Declaraba que Scottie Deane había muerto de la herida que recibió con el desprendimiento de nieve. Ni un instante lamentó la mentira. También había prometido informar en Churchill contra Bucky Smith tan pronto como llegase al lado de Pelletier y lo hubiese curado de su dolencia.

Todo aquel día, desde el momento en que vio las escarpadas rocas de Fullerton, estuvo pensando en lo que diría de todo aquello a Pelletier si lo encontraba vivo. Repetíase mentalmente la asombrosa aventura que le había ocurrido aquella noche en la estepa, los perros llegando entre la nieve, los grandes ojos sombríos y espantados

de la mujer, el féretro largo y estrecho colocado en el trineo.

Todo esto se lo contaría a Pelletier. Le diría que aquella noche había preparado un campamento para ella y que después le había dicho que la amaba y le pidió un beso. Luego los descubrimientos de la mañana, la tienda desierta, el ataúd vacío, la escuela de Isabel y la revelación de que el ataúd había encerrado el cuerpo vivo del hombre por el cual Pelletier y él habían patrullado a través de miles de millas en aquella desolada región. ¿Pero le diría la verdad de lo ocurrido después?

Precipitó el paso mientras los perros trepaban por el hielo de la bahía al borde del acantilado, y miró fijamente adelante. Los perros tiraban con más brío, como si el olor de la casa les llenase las narices. Por fin apareció el techo de la cabaña. Los ojos de MacVeigh, impacientes, parecían los de una fiera.

—¡Pelly, amigo! —gritó—. ¡Pelly!... Y miró con mayor fijeza. Después habló en voz baja a los perros y se paró. Un profundo suspiro de alivio se escapó de su pecho.

Por la chimenea de la cabaña salía una espesa columna de humo.

Se dirigió tranquilamente a la puerta, admirándose de que Pelletier no lo hubiese visto ni hubiese oído los tres o cuatro breves ladridos de los perros. Se quitó las raquetas de nieve, conmovido al pensar en la sorpresa que iba a dar a su compañero. Al llevar la mano al picaporte, se detuvo. La sonrisa desapareció de sus labios. Súbito estupor se pintó en su cara cuando se inclinó junto a la puerta para escuchar, y durante un momento se le sobrecogió el corazón de terrible espanto. Había regresado tarde... quizá un día... dos días. ¡Pelletier se había vuelto loco!

Desde fuera oyó que estaba delirando, riendo a carcajadas que resonaban en la cabaña y un estremecimiento de horror circuló por las venas del viajero. ¡Loco! Un sollozo salió de labios y levantó los ojos al cielo. Entonces la risa se cambió en canción. Era la dulce canción de amor que Pelletier le había dicho que su novia, allá en el Sur, solía cantarle cuando estaban solos bajo las estrellas. De pronto cesó el canto y Billy oyó otro ruido. Dando un grito, abrió la puerta y entró.

—¡Dios mío! ¡Pelly!... ¡Pelly!...

Pelletier estaba de rodillas en medio de la cabaña. Pero no fue el aspecto de asombro y alegría de su cara lo que Billy sorprendió en el acto. Fijó los ojos en la menuda criatura de cabellos de oro, que estaba en el suelo enfrente de él. Había viajado sin descansar... casi noche y día... y como un relámpago sintió un instante la impresión de que lo que veía no era real. Antes de que pudiera moverse o decir una palabra más, Pelletier se había levantado tendiendo las manos, casi llorando de contento. No había señal de fiebre ni de locura en su cara. Y como en un ensueño oyó Billy que le decía:

—Dios bendiga a usted, Billy... Estoy contento de verle. Hemos estado esperando y mirando; aún no hace un minuto que estábamos en la ventana mirando con los gemelos al extremo de la bahía. Sin duda el acantilado le ocultaba. ¡Dios mío! ... no hace mucho que pensaba en que me iba a morir... pensaba que estaba solo en el mundo... solo... solo... Pero mire usted, Billy... mire usted. ¡Tengo familia!

Niña Misterio se había puesto en pie. Miraba a Billy asombrada, con sus rizos de oro en desorden alrededor de su linda carita y apretando en su manecita dos o tres cartas viejas de Pelletier. Después sonrió a Billy y le dio las cartas. En un instante soltó éste las manos de Pelletier y cogió a la niña en brazos.

—Tengo cartas para ti en el bolsillo, Pelly —murmuró—. Pero... primero... dime quién es y dónde la has encontrado.

Pelletier refirió brevemente la llegada de Blake, la lucha y el descubrimiento de Niña Misterio.

—Si no hubiese sido por ella ya estaría yo muerto, Billy —terminó—. Ella me ha devuelto la vida. Pero no sé quién es ni de dónde viene. No había nada en los bolsillos de Blake ni en el *igloo* que pudiera decírmelo. He enterrado al hombre allá... superficialmente... de manera que usted pudiese verlo a su regreso.

Y ávido, como un hambriento sobre la comida, se arrojó sobre las cartas que MacVeigh sacó del bolsillo. Mientras las leía, Billy se sentó, con Niña Misterio en sus rodillas. La niña se reía y le ponía sus manos calentitas en su ruda cara. Sus ojos eran azules como los de Isabel y de pronto, el hombre arrojó la cara a los rizos sedosos de la niña y la tuvo tan apretada durante un rato, que la pobrecita tuvo miedo. Un momento después, levantó Pelletier la vista. Le brillaban los ojos y su adelgazada cara radiaba de alegría.

—Dios bendiga a la chiquilla más cariñosa del mundo, Billy —murmuró conmovido—. Me dice que está sola sin mí. Dice que me dé prisa... que me apresure a volver a su lado. Dice que si no vuelvo pronto, ¡ella vendrá aquí! ¡Lea usted, Billy!

Y contempló asombrado el cambio que había advertido en la cara de MacVeigh. Billy cogió maquinalmente las cartas y las dejó en el borde del camastro cerca del cual estaba sentado.

—Luego las leeré —dijo bajito.

Niña Misterio bajó de sus rodillas y corrió a las de Pelletier. Billy miraba a su compañero fijamente.

—¿Estás seguro de que me lo has contado todo, Pelly? ¿No había nada en sus bolsillos? ¿Buscaste bien?

—Busqué bien. No había nada.

—Pero... tú estabas enfermo...

—Por eso lo enterré someramente —interrumpió Pelletier—. Está cerca de la última cruz, debajo del hielo y de la nieve. Me gustaría que lo viera... usted mismo.

Billy se levantó. Cogió a Niña Misterio en brazos y examinó detenidamente su carita. Los ojos del sargento miraban de manera extraña. La niña le sonrió, pero él no lo notó. Después la devolvió a Pelletier.

—Pelly, ¿has mirado alguna vez ojos muy de cerca? —le preguntó—. ¿Ojos azules?

Pelletier le miró asombrado.

—Mi Juana tiene ojos azules...

—¿Y tiene puntitos pardos semejantes a los de la violeta de bosque?

—No...

—Son azules sencillamente, ¿verdad?

—Sí.

—Supongo que casi todos los ojos azules no son más que azules, sin manchitas pardas, ¿no es así?

—Pero en nombre del Cielo, ¿qué cantilena es ésa? —preguntó Pelletier.

—Sencillamente deseaba hacerte notar que los ojos de esta niña tienen puntitos pardos —replicó Billy—. Y yo solamente he visto otro par de ojos que los tenga. —Y se dirigió a la puerta—. Voy a cuidar de los perros y a desenterrar a Blake —añadió—. No puedo descansar hasta que lo haya visto.

Pelletier puso de pie a Niña Misterio.

—Ya me cuidaré yo de los perros —dijo—. Pero no quiero ver a Blake.

Los dos hombres salieron y mientras Pelletier se llevaba los perros a un abrigo detrás de la cabaña, Billy se puso a trabajar con una azuela y una azada en el sitio que su compañero le había designado. Diez minutos después encontró a Blake. Una excitación, que había procurado ocultar a Pelletier, dominaba el sentimiento de horror que experimentaba mientras sacaba el cadáver, rígido y helado, del hombre. Terrible cuadro era el de aquel muerto con la rara cubierta de una barba enmarañada y vuelta hacia el cielo, y enseñando los dientes como en el día de su muerte.

Billy conocía a casi todos los hombres que habían ido de Churchill hacia el Norte, pero a Blake no lo había visto nunca. Era probable que el muerto hubiese dicho parte de la verdad, esto es, que era un marinero abandonado en la costa extrema por un ballenero. Cuando empezó a registrarle los bolsillos, se estremeció. Cada minuto aumentaba su repugnancia. Encontró pocas cosas: un cuchillo, dos llaves, varias monedas, un eslabón y otros objetos menudos... pero ni una carta, ni escritos de especie alguna, ni nada que pudiese resolver el misterio del milagro que había caído sobre ellos. Echó el muerto rodando, en la tumba, lo volvió a cubrir y regresó a la cabaña.

Pelletier estaba en el sitio de costumbre... con las manos y las rodillas en el suelo... y Niña Misterio a caballo sobre él. Detúvose en su loca carrera por la cabaña y miró con ojos interrogadores. La pequeña alargó los brazos y MacVeigh la hizo saltar casi hasta el techo, después apretó estrechamente aquella cabecita de oro contra la suya amoratada de frío. Pelletier se levantó y su cara adquirió grave aspecto cuando Billy, mirándole por encima de los rizos enredados de la niña, le dijo:

—No he encontrado nada... absolutamente nada de interés.

Y dejó a Niña Misterio en uno de los dos camastros y miró a su compañero con mirada inquieta.

—Siento que tuvieses fiebre el día de la lucha, Pelly —dijo—. Él debió haber dicho algo... algo que nos permitiera ahora seguir una pista...

—Es posible, Billy —contestó Pelletier, contemplando con un temblor, los

objetos que MacVeigh había dejado en la mesa de la cabaña—. Pero es inútil que nos atormentemos más. No hay indicio de que ella tenga familia por estos alrededores... a seiscientas millas de todo blanco que pudiese reclamar a una niña a: bonita como ésta. Es mía; yo la he encontrado. Yo tengo que cuidarla.

Y se sentó a la mesa, y MacVeigh se sentó ante de él mirándole y sonriendo.

—Ya sé que tú la deseas... que la deseas vivamente, Pelly —le dijo—. Y sé que tu novia la querrá. Pero por fuerza ha de tener familia en un sitio u otro... y nuestro deber es buscarla. No ha caído de un globo, Pelly. ¿Crees tú... que el muerto... sea su padre?

Era la primera vez que hacía tal pregunta y notó el súbito estremecimiento de aversión del otro.

—He pensado en ello, Billy. Pero no es posible. Era un cernícalo y ella... ella es un angelito. Billy, su madre debe haber sido bella. Y eso me hace sospechar... temer...

Pelletier molesto, se enjugó la cara y los dos hombres se miraron a las ojos. MacVeigh se inclinó esperando la continuación.

—Me figuré todo esto la noche pasada, estando despierto en la cama —prosiguió Pelletier—, y como el amigo mejor que tengo en la tierra, voy a suplicar a usted que no siga adelante, Billy. La niña es mía. Mi Juana la querrá como verdadera madre y la educaremos honradamente. Pero si usted continúa, Billy, descubrirá algo desagradable, yo... se lo juro.

—Tú sabes...

—Lo sospecho —interrumpió el otro—. Billy, a veces un bruto... un hombre bestial... tiene en sí algo que atrae a las mujeres, y Blake era de esta especie. Ya recuerda usted... hace dos años de esto... que un marinero había huido con la mujer de un capitán de ballenero, en la bahía de Narwhal. Pues bien...

Los dos hombres volvieron a mirarse silenciosos. MacVeigh se volvió lentamente hacia la niña. Se había dormido, y el hombre pudo ver el brillo sombrío de sus rizos de oro esparcidos por la almohada de Pelletier.

—¡Pobrecita! —murmuró.

—Creo que aquella mujer era la madre de Niña Misterio —siguió diciendo Pelletier—. No pudo soportar el abandono de su nena cuando huyó con Blake y se la llevó. Así hacen algunas mujeres. Al cabo de un tiempo murió ella. Entonces tomó Blake una esquimal. Lo ocurrido después ya lo sabe usted. Es preciso que Niña Misterio no sepa esto cuando sea mayor. Así será mejor. Es demasiado pequeña para recordarlo ahora, ¿verdad? No debe saberlo nunca.

—Me acuerdo del barco —dijo Billy, sin apartar la vista de Niña Misterio—. Era el Silver Seal. El capitán se llamaba Thompson.

No miraba a Pelletier, pero pudo notar que éste se irguió. Hubo un momento de silencio. Después habló Pelletier en voz baja, no natural.

—Billy, no irá usted a buscarlo, ¿verdad? No sería agradable para mí, ni para este

pimpollito. Mi Juana la querrá mucho y es posible... ¡quién sabe!... que el retoño de usted... se case con ella...

MacVeigh se levantó. Pelletier no notó la súbita tristeza que le obscureció el rostro.

—¿Qué dice usted, Billy?

—Piénsalo bien, Pelly —respondió Billy con voz entrecortada—. Piénsalo. Yo no quiero herirte, y sé que la tienes en mucho aprecio; pero... piénsalo bien. ¿Supongo que no querrás robársela a su padre? Y ella es lo único que le queda... de la mujer. Piénsalo bien, Pelly... Voy a acostarme... ¡y a dormir una semana!

Capítulo X

Contra la ley

Billy durmió todo el día y toda la noche siguiente y Pelletier no le despertó. Él lo hizo espontáneamente de aquel largo sueño, un par de horas antes de la aurora de la mañana siguiente y, por primera vez, tuvo ocasión de recordar todos los acontecimientos desde su regreso al promontorio de Fullerton.

Su primer pensamiento fue para Pelletier y Niña Misterio. Podía oír la profunda respiración de su compañero, en la cama frente a la suya, y otra vez volvió a dudar de que Pelletier no le hubiese contado todo. ¿Era posible que Blake no dijera nada para revelar la identidad de la niña y que ni en el *igloo* ni en la muerta encontraran su secreto? Parecía inconcebible que en el *igloo* no hubiese nada que esclareciera el misterio. No obstante, tenía confianza en Pelletier. Sabía que no le ocultaría nada, aun tratándose de la posesión de la nena. Y después volvió su pensamiento a Isabel Deane.

Sus ojos eran azules y tenían puntitos par dos iguales que los que había visto en los de Niña Misterio. Eran ojos raros y él notó los puntos oscuros, porque aumentaban su encanto y le habían hecho pensar en las violetas de que había hablado a Pelletier. ¿Es posible —se preguntaba— que haya alguna relación entre Isabel y Niña Misterio? Hubo de con testarse que era casi inconcebible. Sin embargo, le fue imposible borrar de su mente tal pensamiento.

Antes de que Pelletier despertara, decidió lo que debía hacer. No diría nada, por lo menos durante algún tiempo, de lo que le había ocurrido en la estepa. No hablaría de su encuentro con Isabel y su marido, ni de lo que sucedió después. Hasta que estuviese seguro de que Pelletier no le ocultaba nada, no le confiaría el secreto de su propia traición.

Pues había sido traidor... a la Ley. Ya lo comprendía. Relataría la aventura, con su falsa conclusión, antes de ir a Churchill a declarar contra Bucky Smith.

Entretanto observaría a Pelletier y espera ría a que le revelase lo que podía haberle ocultado. Sabía que si Pelletier disfrazaba la verdad, sería impulsado por su adoración casi insensata a la pequeña que había encontrado y que le había librado de la locura y de la muerte. Sonrió en la sombra el pensar que si Pelletier trabajaba para

alcanzar su objeto... la posesión de Niña Misterio... él mismo había sido inspirado por emociones no menos egoístas al devolver la vida a Isabel y a su marido. En este concepto, los dos eran iguales.

Estaba en pie y había preparado el desayuno antes de que Pelletier despertara. La niña dormía aún y los dos hombres andaban, sin meter ruido, por la cabaña, con los pies calzados de mocasines. Aquella mañana lució el sol brillantemente por encima de los bancos de hielo del Sur, y Pelletier despertó a Niña Misterio para que lo viese antes de que se ocultara. Pero aquel día no bajó a las tinieblas grises del horizonte de nieve hasta casi una hora después. Tomado el desayuno, Pelletier volvió a leer sus cartas, y entonces las leyó Billy también. La muchacha había puesto en una de ellas un rizo de pelo, y Pelletier se lo llevó a los labios sin el menor escrúpulo, delante de su compañero.

—Ella dice que se está haciendo el vestido que ha de llevar cuando nos casemos y que si no voy antes de que pase de moda, no se casará nunca conmigo —dijo Pelletier alegremente. Mire usted, en esta página me dice todo eso. Usted procurará acompañarnos, ¿verdad, Billy?

—Si puedo, Pelly.

—¡Si puede! Yo creía... que iba usted a dejar el servicio a la vez que yo.

—He cambiado de idea.

—¿Piensa usted reengancharse?

—Quizá por otros tres años.

La vida en la cabaña fue muy diferente después de todo esto. Pelletier y Niña Misterio eran felices, y Billy tenía que luchar cada hora para vencer su tristeza y desesperación. El sol le ayudaba. Salía cada día más pronto y permanecía más tiempo en el cielo; su calor empezó pronto a ablandar la nieve. Los dilatados campos de hielo empezaron a poner de manifiesto la proximidad de la primavera y el aire iba llenándose más y más de los atronadores ecos de los bancos de hielo al romperse.

Enormes icebergs se desprendían de los bordes y el mar empezaba a abrirse. Las poderosas corrientes árticas empezaron a poner en movimiento sus aludes tumultuosos. Pero un mes entero tuvo que pasar antes que Pelletier estuviese bastante fuerte para emprender el viaje al Sur. Y aun entonces, Billy esperó una semana más.

Una tarde salió éste, solo y estuvo de pie sobre el acantilado observando el formidable movimiento de los glaciares hiperbóreos en el Roes Welcome. Inmóvil, a cincuenta pasos de la cabaña, azotada por el huracán, que representaba la Ley en aquel puesto más avanzado y más aislado del continente americano, el sargento parecía una estatua de roca negra y gris con un mundo negro y gris por encima de su cabeza y alrededor de él, interrumpido solamente, en su terrible monotonía, de una uniformidad semejante a la muerte, por la obscuridad más profunda del cielo y la obscuridad más pálida y espectral que caía sobre los hielos. El viento era áspero aún, y la vista estaba limitada por un horizonte muy cercano, del que Billy había pensado muchas veces que debía ser la puerta del infierno.

Aquella tarde tenía el corazón tan pesado como el día. Bajo sus pies se estremecía la tierra helada al ruido de las montañas de hielo que crujían y estallaban. Los oídos llenábanse de un bramido sordo y continuo, semejante al fragor de un trueno lejano, roto de cuando en cuando, al estallar una montaña de hielo con ruido parecido al de un cañón de trece pulgadas. Había en el aire caprichosas lamentaciones, extraños silbidos y como gritos de corazones destrozados. Dos días antes había oído MacVeigh el tumulto de los hielos a diez millas adentro, donde había ido a la caza del *caribú*.

Pero en aquel momento apenas oía aquellos rugidos. Estaba mirando hacia los campos de batalla de los hielos; pero no los veía. No era la mortal obscuridad ni la gris monotonía lo que le opriman el corazón; sino los ruidos que a ratos oía en la cabaña... las risas de Niña Misterio y de Pelletier. Unos días más y los perdería. Y después... ¿qué le quedaría? Un grito se escapó de sus labios y se retorció las manos desesperadamente. Estaría solo. No tenía quien le esperase en aquel mundo al cual iba a marchar Pelletier; ni novia, ni madre... ¡nada!

En medio de su dolor, se echó a reír, mientras resistía el viento frío del Norte. La mordedura de aquel viento parecía el espectro burlón de su vida pasada. Toda su vida no había conocido más que el agujijón del dolor y del aislamiento. En aquel instante recordó las palabras de Pelletier: «Quizás tenga usted algún día un chiquillo». Un torrente de fuego circuló por sus venas durante aquel minuto de olvido y esperanza. Volvió los ojos hacia el Sudoeste y vio la dulce imagen y los labios entreabiertos de Isabel Deane.

Se sacudió bruscamente riendo con una risa ahogada y dio cara a los mares de hielo que en el Norte, se entrechocaban. Las tinieblas de la noche habían acercado el horizonte. La espantosa zambra y los truenos de los bancos de hielo desplomándose, salían del caos de color de púrpura que a lo lejos se cambiaba en azul y negro. Billy permaneció unos minutos escuchando y mirando a la nada. El estallido de los témpanos, los incesantes lamentos del aire y la furia monótona de las corrientes gigantescas habían vuelto loco a otros hombres; mas en él ejercían verdadera fascinación.

Sabía lo que iba a suceder y casi habría podido medir la fuerza de las invisibles manos de la Naturaleza. Ningún ruido era nuevo y extraño para él. Pero estando en pie... levantose por encima de aquellos tumultos otro ruido que nunca había oído. Aguzó el oído y dio cara al Norte. Escuchó durante un minuto y después dio media vuelta y corrió a la cabaña.

Pelletier había encendido la lámpara y a la claridad de ella vio la cara pálida y emocionada de Billy.

—Ven, Pelly —gritó desde el umbral.

Salió Pelletier y le cogió por los hombros.

—¡Escucha! —le ordenó—, ¡escucha eso!

—¡Lobos! —dijo Pelletier.

Habíase levantado viento y penetró por la puerta abierta de la cabaña, despertando

a Niña Misterio, que se levantó dando gritos de espanto.

—No son lobos —repuso MacVeigh con voz tan alterada que no parecía él quien hablaba—. Nunca he oído hacer tal ruido a los lobos. ¡Escucha!

Y apretaba el brazo de Pelletier, cuando otro golpe de aire les llevó desde el fondo de la noche el extraño y terrible ruido, que se iba acercando rápidamente... explosión lamentable de voces salvajes como si numerosa manada de lobos olfateara el rastro reciente y sangriento de una víctima. Pero a la vez se oía otro ruido más tremendo: gritos penetrantes y chillidos como si criaturas medio humanas fuesen laceradas por garras de fiera. Mientras Pelletier y MacVeigh esperaban que saliera algo del misterio gris y negro de la noche, oyeron un ruido como el timbre lento de un instrumento que era medio campana y medio tambor.

—No son lobos —repitió Billy—. ¡Sea lo que fuere, hay hombres con ello! Date prisa, Pelly... a la cabaña con los perros y el trineo. Los que oímos son también perros... que ladran porque nos huelen... ¡y los hay a cientos! Y donde hay perros hay hombres... pero ¿quiénes pueden ser?

Metió el trineo en la cabaña mientras Pelletier soltaba los collares de los perros.

Billy metió un paquete entero de cartuchos en su enorme rifle de caza. Su carabina estaba preparada encima de la mesa, y cuando Pelletier, enfrente de él, le miró indeciso, cogió dos pistolas automáticas y dio una a su compañero. Tenía la cara lívida y contraída.

—Bueno es estar apercebidos, Pelly —dijo serenamente—. Llevo mucho tiempo en esta comarca y, te lo repito, vienen perros y hombres. ¿Has oído el tambor? Está hecho de vientre de foca y tiene una campanilla a cada Indo. Son esquimales, y este invierno no hay aldea de ellos a menos de doscientas millas de nosotros. Son esquimales y no van de caza..., a no ser que sea contra nosotros.

Pelletier se sujetó, en un instante, el revólver y la cartuchera al cinto, e hizo una mueca al contemplar el menudo automático de acero azul.

—Supongo que no te has equivocado, Billy dijo, —pues éste sería el primer asunto animado que hemos tenido en un año.

La cara de MacVeigh no mostró el menor entusiasmo.

—Los esquimales no suelen luchar sino cuando están furiosos, Pelly —dijo—, y ya sabes lo que son hombres furiosos. No puedo adivinar lo que les impulsa a la lucha, a me nos que busquen nuestras provisiones. Pero si las quieren...

Y dio unos pasos hacia la puerta, rifle en mano.

—Prepárate a defenderme, Pelly. Voy a salir. No dispares sin oírme disparar.

Abrió la puerta y dio un paso hacia afuera. El rugido había cesado; pero en su lugar se oían ladridos y un silbido que Billy sabía que era producido por los largos látigos de los esquimales. Adelantó hacia algunas formas confusas que había visto desprenderse de la muralla de tinieblas, y levantó la voz, llamando. Pelletier, desde el umbral de la puerta lo vio desaparecer, de repente, en medio de una masa de perros y de hombres, y apoyó en el hombro la culata de la carabina. Pero no oyó disparo

alguno de MacVeigh.

Unos veinte trineos se habían alineado alrededor de él, y los latigazos de unos hombrecillos morenos chasqueaban de manera insolente mientras los perros se acostaban de vientre en la nieve. Hombres y perros estaban cansados y Billy comprendió que habían hecho un viaje largo y penoso.

No obstante, aquellos hombrecillos, con la rapidez de animales, se reunieron alrededor de él, mirándole fijamente con sus ojillos ne gros y blancos, desde el fondo de sus caras redondas, mofletudas e inexpresivas.

Notó que había unos cincuenta y que todos estaban armados... muchos con sus arpones navales parecidos a la jabalina, algunos con lanzas y otros con rifles. Del círculo de aquellos seres, vestidos de rara manera y de repugnantes caras, se desprendió uno de ellos y empezó a hablar en un lenguaje que parecía rápido crujir de coyunturas de huesos.

—¡Kogmollocks! —gruñó Billy, levantando las dos manos para demostrar que no entendía. Después levantó la voz—: «*Nunatalmute*» —gritó—. «¡*Nunatalmute!*... ¡*Nunatalmute!*!». ¿No hay entre vosotros alguno que hable este dialecto?

Habló directamente al jefe, quien le miró en silencio un momento y después tendió los brazos hacia la cabaña alumbrada.

—¡Entra! —dijo Billy.

Cogió al esquimal de un brazo y lo condujo valerosamente a través del paso que se había abierto para ellos en el círculo. La voz del jefe pronunció unas palabras de mando, parecidas a los ladridos angustiosos y penetran tes de un perro, y otros seis esquimales se deslizaron detrás de ellos.

—Kogmollocks... los diablillos de corazón más negro del mundo, cuando llega el caso de vender sus mujeres o de luchar —dijo MacVeigh a Pelletier cuando llegó, a la cabeza de aquellos siete hombrecillos negros—. Vigila la puerta, Pelly, que van a entrar...

Entró en la cabaña y los esquimales le siguieron. Niña Misterio, desde la cama de Pelletier, miraba a los extraños visitantes con ojos agrandados de pronto de sorpresa y alegría y, un instante después, dio el grito más raro que Pelletier y Billy habían oído jamás. Apenas se escapó tal grito de sus labios un esquimal se precipitó hacia ella. Ya le había puesto encima sus manos negras, intentando levantarla de la cama, cuando Pelletier, dando un aullido de rabia, saltó de la puerta y envió al audaz rodando por el suelo hasta el lado de sus compañeros. Otro instante después, los dos hombres desafiaban a los siete esquimales con las pistolas automáticas apuntando a ellos.

—Si haces fuego, tira a no matar —ordenó MacVeigh.

El jefe designó a Niña Misterio, y fue elevando su voz salvaje hasta convertirla en agudo grito; de pronto se echó atrás y levantó su jabalina. Al mismo tiempo salieron dos balas de las pistolas, y el jefe, dando un grito es tridente, mitad de dolor y mitad de mando, tomó soleta. Un río de sangre se le escapaba por una mano herida. Los otros le siguieron, Pelletier cerró la puerta y echó el cerrojo. Cuando se volvió, cerró

y atrancó los pesados cuartillos de las ventanas. Niña Misterio mi raba desde la cama de Pelletier, y se reía.

—¿Conque es a ti a quien buscaban? —dijo Billy, acercándose y dando un suspiro muy hondo—. ¿Y por qué? pregunto yo.

La cara de Pelletier estaba roja de animación. Cargó otra vez el automático. Tenía los ojos casi alegres cuando encontró la mirada interrogadora de Billy.

Los dos permanecieron en pie escuchando. Solamente oyeron el monótono rumor de los bancos de hielo en la deriva. Pero de hombres y perros ni el menor ruido.

—Les hemos dado una lección —dijo al fin Pelletier, con la confianza de un hombre medio indulgente hacia los hombrecitos morenos.

Billy designó la puerta.

—Esa puerta es casi lo único que pueden atravesar sus balas —dijo, como si no hubiese oído—. Así, pues, quítate de ahí. No creo que sus fusiles sean bastante poderosos para perforar las vigas. Tu cama está fuera del alcance de ellos y en seguridad.

Dirigióse luego a Niña Misterio y su cara triste se iluminó con una sonrisa, cuando ella levantó los brazos para recibirlo.

—¿Conque te quieren llevar? —volvió a preguntar, cogiendo entre sus manos la carita y los bucles sedosos de la rapazuela. Se ve que a toda costa quieren apoderarse de ti. Pues bien, pueden llevarse las provisiones y aún a mí, pero... Y levantando los ojos para encontrar los de Pelletier, concluyó—: ¡Que me muera si logran cogerte!

Otro ruido rasgó de improviso la noche las detonaciones de disparos de fusil. Podían oír los impactos de las balas en la pared de madera de la cabaña. Una bala de aquéllas atravesó la puerta silbando y arrancando una astilla tan grande como un brazo de hombre y al mismo tiempo que MacVeigh bajó la cabeza al paso del proyectil, se echó a reír. Pelletier ya había oído aquella clase de risa y sabía lo que significaba. También sabía lo que indicaba Pelletier a la mortal palidez de la cara de MacVeigh.

No era miedo, sino algo más terrible que el miedo. A Pelletier se le había subido la sangre a la cara. Tal es la diferencia de temperamentos.

MacVeigh se precipitó a través de la zona peligrosa hasta el centro de la cabaña.

—¿Este juego os place? —exclamó. Ahora ¡voto a...! ¿No querías pelear? ¡Pues andando!

Y pronunció estas últimas palabras par Pelletier.

Billy seguía echando venablos por la boca mientras ponía en obra lo dicho.

Capítulo XI

Noche de peligro

Pelletier empezó a arrancar, en el lado de la cabaña en que él estaba, una cuña delgada y estrecha, fija entre dos vigas. Los disparos habían cesado cuando los dos hombres abrieron las troneras que dominaban la extensión hacia el mar. Pero casi inmediatamente volvió a empezar; rojos y tristes resplandores mostraban el sitio en que estaban los esquimales, que habían retrocedido hasta el lugar en que el acantilado cae hacia bahía. Cuando salió la última bala de las cinco de su rifle, Billy dejó la carabina y se volvió hacia Pelletier, que estaba recargando la suya.

—Pelly, no quisiera ser ave de mal agüero —dijo—, pero ha llegado el fin de la Ley en este promontorio... el fin de la Ley para y para mí. ¡Mira!

Y levantó el cañón de su rifle hacia una viga por encima de su cabeza. Pelletier pudo ver astillas recién saltadas.

—Sin duda tienen armas de grueso calibre —continuó Billy— y están escondidos detrás del talud que les resguarda de nuestros tiros, aunque estén cien años. En cuanto se haga de día y puedan ver, van a acribillar esta choza a balazos, haciendo en ella tantos agujeros como los que tiene un queso viejo.

Como para justificar estas palabras, partió un solo tiro y atravesó un tablón tan cerca de donde estaba Pelletier, que las astillas le dieron en la cara.

—Conozco a esos diablillos, Pelly —prosiguió MacVeigh—. Si fuesen *Nunatalmute* podríamos asustarlos con un cohete. Pero son Kogmollocks. Han matado a las tripulaciones de media docena de balleneros y no me admiraría que hubiesen cogido a la rapazuela de esta manera. Ya no nos dejarán marchar, aunque se la devolvamos. De nada nos serviría esto, porque prefieren que no se les pueda acusar de haber infringido la Ley. Si nos matan y prenden fuego a la cabaña, ¿quién irá a decir lo que nos ha sucedido? No tenemos más que dos caminos...

De la muralla de nieve partió otra descarga de fusilería y otra bala estalló dentro de la cabaña.

—Dos caminos —continuó Billy, mientras velaba la lámpara que apenas ardía—. Podemos permanecer aquí y morir... o huir.

—¡Huir!

Tal palabra era desconocida en el servicio, y en la voz de Pelletier había a la vez asombro y desprecio.

—Sí, huir —afirmó serenamente Billy—. Huir... por la nena.

La cabaña estaba casi a oscuras y Pelletier se acercó más a su compañero.

—Usted cree...

—Que es el único medio de salvarla. Podemos abandonarla y luchar hasta el fin. Pero eso significa que volvería con los esquimales y que quizá nunca la encontrarían. Los hombres y los perros que hay allí están muy cansados. Nosotros, no. Si podemos salir de la cabaña, los dejaremos atrás.

—Pues huyamos —dijo Pelletier.

Y se dirigió hacia Niña Misterio, que estaba sentada, petrificada y muda, y la cogió en brazos, de espaldas a la pared de donde hubiera podido venir un balazo.

—Vamos a huir, cariñito —murmuró, riendo y tocando los rizos de la pequeña.

Billy empezó a hacer el equipaje, y Pelletier dejó la niña en la cuna y se apresuró a poner los arneses a los perros, colocando a todos contra la pared con Kazán el tuerto, el heroico Kazán, que lo había librado de Blake, a la cabeza. Los disparos habían cesado. Era evidente que los esquimales habían decidido ahorrar las municiones hasta el amanecer.

Quince minutos fueron bastantes para cargar el trineo; y mientras Pelly ponía los perros en las varas, MacVeigh envolvió a Niña Misterio en su grueso capote de pieles. Una manga se había enganchado y la volvió, descubriendo el orillo blanco del forro. En aquel forro había algo que le hizo mirar más de cerca, y cuando el grito extraño que se ahogó en sus labios hizo volver hacia él los ojos de Pelletier, el sargento MacVeigh contemplaba fijamente la cara levantada de la niña con el semblante de quien tiene una visión.

—¡Reina del cielo! —exclamó—. Es... —Y se repuso y la acarició un momento, antes de llevarla al trineo—. Es la chiquilla más salada del mundo —acabó por decir. Y Pelletier se admiró de la extraña voz de su amigo. Escondió a la niña en una cama hecha con mantas y la sujetó sólidamente con una correa. Pelletier, que acabó primero, vio en la cara de MacVeigh un aspecto ardoroso y apasionado cuando éste estaba con los ojos fijos en Niña Misterio.

—¿Qué hay, Mac? —le preguntó—. ¿De veras teme usted... por ella?

—No —contestó MacVeigh, sin levantar la cabeza—. Si estás dispuesto, Pelly, abre la puerta.

Él se levantó y cogió el rifle. No se parecía en nada al viejo MacVeigh; pero los perros mordían los arreos y gruñían, y no era cosa de perder el tiempo en preguntas.

—Voy a salir primero, Billy —le dijo—. Hay que tener presente que ellos vigilan la cabaña y que en cuanto los perros pongan la nariz en el aire, empezarán a ladrar y los guiarán hacia nosotros. No debemos exponer a la niña a las balas. Voy, pues, a volver hasta el borde del acantilado y darles ocupación, mientras pueda, con mi fusil.

—Todos se volverán contra mí, y entonces será el momento de abrir la puerta y

marchar. En menos de cinco minutos alcanzaré a usted.

Mientras hablaba, apagó la luz. Después abrió la puerta y se deslizó en las tinieblas, sin una palabra de protesta de MacVeigh. Apenas se había ido, cuando este último se hincó de rodillas al lado de Niña Misterio y, en la obscuridad profunda de la cabaña, enterró su ruda cara contra el menudo cuerpecito, suave y caliente.

—¿Conque te buscan a ti? exclamó suavemente. Después murmuró cosas que la pequeña no pudo comprender.

De pronto se levantó y corrió a la puerta excitando con una palabra al viejo Kazán, guía del trineo.

De lo lejos, al pie del promontorio nevado, llegaban los tiros del rifle de Pelletier.

Billy esperó un instante, con la mano en la puerta, a fin de dar tiempo a los esquimales, en acecho, de volver la atención hacia Pelletier, y contó hasta cincuenta antes de soltar la brida de Kazán, y los seis perros arrastraron el trineo en medio de la negrura de la noche. Con una inteligencia casi humana, el viejo Kazán corría cuanto le era posible detrás de su amo, y el tiro volaba como una flecha hacia Sudoeste lanzando el primer aullido agudo, imposible de impedir en una jauría.

Billy, sin dejar de correr, se volvió para mirar. A unas cien yardas de distancia, en la obscuridad gris, entre la cabaña y la mu ralla de nieve, vio tres sombras que se precipitaban como lobos. Como un relámpago se precisó en su mente la significación de aquel inesperado movimiento de los esquimales. Estaban cortando a Pelletier la retirada a la cabaña y la dirección de su huida.

—¡Adelante, Kazán! —gritó furiosamente, inclinado sobre el viejo guía—. ¡Chucho!... ¡chucho!... ¡corre, amigo! —Y Kazán emprendió una carrera insensata, lanzando al espacio jadeos y gemidos.

Billy se detuvo y dio media vuelta. Otras dos sombras se habían juntado a las tres primeras y, al verlas, hizo fuego. Un esquimal de los que corrían rodó por el suelo dando un grito que se levantó espantoso y apenas humano por encima del rechinar y el tumulto de los bancos de hielo. Los otros cuatro se tendieron en la nieve para librarse de la granizada de plomo que pasaba silbando por encima de sus cabezas.

De la muralla de nieve llegó una descarga y una sola figura se lanzó como una flecha en dirección de MacVeigh. Conoció que era Pelletier y, siguiendo la marcha lentamente, detrás de Kazán y del trineo, llenó con otra carga de cartuchos la cámara del fusil. Las sombras del llano se habían levantado y el automático de Pelletier trazó en el aire un surco de fuego, mientras él seguía corriendo. Cuando llegó al lado de Billy estaba sin aliento.

—Kazán lleva a la pequeña adelante —le gritó este último—. ¡Dios lo guarde! ¡Si creo que es un ser humano!

Siguieron la marcha con rapidez y la noche profunda borró toda señal de esquimales. El trineo fue precisándose poco a poco delante de Billy y Pelletier, y cuando lo alcanzaron los dos sujetaron los fusiles bajo las correas de las mantas.

Aliviados, pues, de aquel peso, caminaban mejor, delante de Kazán y animándolo.

—¡Chucho!... ¡chucho! —iba repitiendo Billy.

Al cabo de un rato echó una mirada a Pelletier, que iba en el lado opuesto. Éste andaba con un brazo levantado en ángulo conveniente para facilitar la respiración y la resistencia; el otro brazo pendía recto e inerte. Súbito espanto sobrecogió a Billy, y pasando por delante del perro que guiaba, se precipitó hacia Pelletier. No le dijo una palabra, pero le tocó el brazo.

—Un diablillo de éstos me ha dado en el ala —suspiró Pelletier—. No es cosa grave.

Respiraba como si aquella corla caminata le hubiese extenuado ya y, Billy, sin decir una palabra, corrió a la cabeza de Kazán y paró el trineo. Con su cuchillo rasgó de arriba a abajo la manga de Pelletier antes de que éste pudiera protestar.

Pelletier estaba sangrando copiosamente. Tenía la cara contraída de dolor. La bala le había atravesado la parte carnosa del antebrazo y, por fortuna, no había tocado la arteria principal. Con la destreza y prontitud de un experto cirujano, cerró Billy la herida y la sujetó con su pañuelo y el de Pelletier. Hecho esto, empujó al herido hasta el trineo.

—Sube, Pelly —le dijo. Si no quieres rendirte y perdernos a todos.

Detrás de ellos se oyeron ladrillos de perros.

—Nos persiguen con los perros —gruñó Pelletier—. No puedo montar en el trineo. ¡Tengo que correr... y luchar!

—¡Vas a subir al trineo o te rompo la cabeza! —ordenó MacVeigh—. ¡Cara al enemigo, Pelly... y que el diablo se los lleve! Tienes tres rifles; puedes disparar mientras yo excito a los perros. Y ponte delante de ella —añadió, señalando a Niña Misterio, casi enterrada bajo las mantas.

Capítulo XII

Niña Misterio encuentra a su padre

Después de convencer a Pelletier de que tenía que ir en el trineo, Billy corrió a la cabeza del tiro, y los perros reanudaron la marcha tirando de la carga más posada.

Ahora a la orilla del bosque —dijo a Kazán—. Hay cincuenta millas, amigo, y es necesario recorrerlas antes de que amanezca. Si no...

Dejó la frase sin acabar; pero Kazán tiró más fuerte, como si hubiese oído y entendido. El trineo había entrado ya en la extensión ilimitada de la estepa, y MacVeigh sintió el viento que le azotaba la cara. Soplaban de Noroeste y por brucas ráfagas cargadas de nieve. Al cabo de un rato quedó el hombre estupefacto al ver que Niña Misterio tenía la cara llena de nieve.

Pelletier iba acurrucado en el trineo, con los pies metidos por entre las correas de las mantas. La herida y la molesta sensación de ir contra el sentido de la marcha en un trineo que traqueteaba le daban vértigo e iba preguntándose si lo que veía trepar lentamente fuera de la noche era resultado de su desvanecimiento o era la realidad. No había ruidos detrás de él. Pero una mancha más negra se había acercado a su vista; a veces se hacía mayor, otras casi desaparecía. Dos veces cogió el fusil. Dos veces lo dejó, persuadido de que lo que veía detrás era una quimera creada por la imaginación. Era posible que los perseguidores hubiesen perdido las huellas de Billy y de él en las tinieblas y por eso no disparó.

Mirando estaba fijamente en la sombra, cuando surgió un brillo de llama y una bala pasó silbando a una yarda a la derecha del trineo. ¡Magnífico tiro! En la sombra había un tirador hábil, y Pelletier replicó con tanta rapidez que aún no se había apagado el ruido del primer disparo cuando surgió el segundo.

Su revólver automático envió cinco veces sus plomos mensajeros a las profundidades de la noche y, al quinto disparo, un perro de los esquimales lanzó un aullido salvaje de dolor.

—¡Hurra! —exclamó Billy—. Ya tienen un equipo fuera de servicio. Podemos superarlos en velocidad.

Y oyó el rápido choque metálico de los nueve cartuchos que Pelletier metía en la cámara de su rifle; pero fuera de aquel ruido y de los esfuerzos de los perros, no se

oía nada. Un silencio amenazador se hizo detrás de ellos. El rumor de los hielos lejanos decreció. La tierra no era ya sacudida bajo los pies de ellos por los horrorosos estallidos de los *icebergs* entrechocándose. Pero en cambio, aumentaba el viento y la nieve fina se iba espesando. Billy no se volvió más a mirar detrás de sí. Examinaba la inmensidad que tenía delante, y tan lejos como podía ver a la derecha y a la izquierda. Al cabo de media hora los perros, jadeantes, se pusieron al paso y él marchaba cerca del trineo al lado de su compañero.

—Han renunciado —gruñó Pelletier débil mente—. Y me alegro, Mac, porque yo... me desmayo.

Estaba tendido en el trineo con la cabeza apoyada en un montón de mantas.

—Ya sabes cómo cazan los lobos, Pelly —dijo MacVeigh—, en creciente de luna; en se micírculo, que van cerrándolo por delante de la víctima que huye, ¿verdad? Pues bien, así cazan también los esquimales y sospecho que procuran tomarnos la delantera... por allí y por allá.

Y señaló al Norte y al Sur.

—No pueden —replicó Pelletier, levantándose con esfuerzo sobre un codo—. Los perros suyos están despeados. Déjeme ir andando, Mac. Puedo...

Y cayó de espalda dando un grito ahogado.

MacVeigh paró los perros y mientras éstos se tendían sobre el vientre, jadeantes y lamiendo la nieve, él se arrodilló al lado de Pelletier. La obscuridad ocultaba el horror de sus ojos y de la cara. Su voz era firme y animosa.

—Tienes que estar echadito, Pelly —le aconsejó, preparando las mantas para que el herido pudiese descansar cómodamente—. Has recibido un arañazo muy malo y a todos nos conviene que no hagas movimiento alguno. Tienes razón en cuanto dices de los esquimales y de sus perros. Están despeados y han renunciado a la caza como a un mal negocio. Así, pues, ¿por qué has de hacer el loco? Sigue en el trineo, Pelly. Duérmete si puedes con Niña Misterio. La pobrecilla cree que está en una cuna.

Se levantó y dio a los perros la señal de marcha. Durante largo rato anduvo como si estuviera solo. La niña dormía y Pelletier no estaba quieto. De cuando en cuando ponía la mano en la cabeza de Kazán y el viejo guía, fidelísimo, gemía suavemente al sentir el contacto. Con los otros perros era diferente. Daban viciosas dentelladas, y el hombre se mantenía a distancia.

Siguió la marcha durante horas, haciendo parar a los perros de tiempo en tiempo para descansar unos minutos. Cada vez encendía una cerilla y miraba a Pelletier. Éste respiraba penosamente y tenía cerrados los ojos. Una vez, mucho después de media noche, los abrió y miró fijamente la llama de la cerilla y después la cara pálida de MacVeigh.

—Estoy muy bien, Billy —le dijo—. Déjeme andar...

MacVeigh le obligó cariñosamente a echarse, y siguió adelante, como solo, hasta los primeros resplandores de la aurora. Entonces se de tuvo; dio a cada perro un pez helado y con la leña que había en el trineo, encendió un poco de fuego. Barrió la

nieve para hacer el té y suspendió el cazo por encima de la llama.

Estaba friendo tocino y tostando rebanadas de pan duro de avena, cuando Pelletier se despertó y se incorporó, Billy no le vio hasta que volvió la cara.

—Buenos días, Pelly —le dijo, procurando sonreír—. ¿Has dormido bien?

Pelletier se movió hasta el borde del trineo.

—Me gustaría tener un garrote —dijo gruñendo—. Le rompería a usted... la cabeza, por haberme dejado dormir.

Sacó el brazo sano y los dos hombres se dieron un vigoroso apretón de manos. Dos o tres veces habían hecho lo mismo después de horas de gran peligro. No era aquél un apretón ordinario.

Billy se levantó. A media milla más allá, desprendíase de las brumas del alba el borde del inmenso bosque por la posesión del cual habían luchado.

—Si lo hubiera sabido —dijo señalando con el dedo— habríamos acampado al abrigo de aquello. Cincuenta millas, Pelly. No está la cosa tan mal, ¿eh?

Detrás de ellos, la luz del día alumbraba la estepa. Los dos hombres comieron y tomaron le Durante aquellos minutos, ninguno de los dos prestó atención al bosque ni a la estepa. Billy tenía hambre canina. Pelletier no se cansaba de tomar té. Niña Misterio atrajo de pronto las miradas de ellos, al despertar quejándose del peso de las manta, que la sofocaban. Billy la sacó y la levantó brazos para mostrarle el extraño cambio operado desde el día anterior. Entonces fue cuando Kazán dejó de lamer las espinas del pez para lanzar al cielo un aullido quejumbroso.

Los dos hombres volvieron los ojos hacia el bosque. A mitad de camino del borde, una sombra avanzaba penosa y lentamente hacia ellos. Era un hombre y Billy dio un grito sordo de asombro.

Pero Kazán se había vuelto hacia la estepa gris y dio otro aullido, largo y amenazador. Los otros perros ladraron también y cuando Pelletier y MacVeigh siguieron con la vista la dirección de los ladridos quedaron un cuarto de minuto como petrificados.

A una milla de distancia veíanse en la estepa como una docena de manchas, que eran otros tantos trineos avanzando rápidamente, y unos veinte hombres corriendo.

En tales situaciones, hombres como Mu Veigh y Pelletier no pierden momentos preciosos en discutir previamente sus actos. Sus operaciones mentales son instantáneas y correlativas... y obran. Billy, sin decir una palabra volvió a poner a Niña Misterio en su nido aun sin darle una gota de té caliente y, mientras los perros se enderezaban en las varas del trineo, Pelletier le dio el rifle.

—Le he arreglado para alcanzar a trescientos cincuenta metros —le dijo—. No necesitamos gastar muchas municiones hasta que estén a esa distancia.

Y partieron al trote. Pelletier corría con brazo herido inerte. De pronto desapareció la forma solitaria que habían visto entre ellos y bosque. Había caído de plano en la nieve, donde solamente formaba un punto negro. Un instante después se levantó otra vez y siguió adelantando. Pelletier y Billy la miraban cuando volvió a

caer.

Una risa extraña salió de los labios de MacVeigh.

—Ya no necesita auxilio —dijo—. Sea quien fuere, está medio muerto.

Aquel hombre se levantó por quinta vez pero ya no podía moverse más que con manos y las rodillas en tierra, cuando el trineo pasó por su lado. Era un blanco. Llevaba la cabeza descubierta; la cara pálida como la muerte. El cuello descubierto al viento frío, y con gran asombro de los otros dos, no llevaba encima de la camisa de franela oscura ninguna prenda de abrigo. Llameábanle ojos de manera huraña entre el matorral la barba y de los cabellos hirsutos, y jadeaba como el que ha recorrido millas en lugar de unos cientos de yardas.

Billy vio todo aquello de una ojeada y de pronto dio grito de incredulidad. Los ojos enrojecidos del hombre estaban fijos en él y todas las fibras de su cuerpo parecían haber perdido la facultad de funcionar. Abrió desmesuradamente la boca y los ojos... y Pelletier se estremeció como azotado por las palabras que oyó de sus labios.

—¡Deane!... ¡Scottie Deane! Pelletier dio un grito de asombro. Miró a MacVeigh, su jefe. Hizo un movimiento involuntario hacia adelante; pero Billy se le adelantó. Había tirado el fusil y en un instante se puso de rodillas al lado de Deane, sosteniendo en sus brazos el demacrado cuerpo.

—¡Gran Dios!, ¿qué significa esto, amigo? —interrogó, olvidando a Pelletier. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué te ha traído aquí? ¿Y dónde... está... ella?

Habíale cogido la mano a Deane. La tenía muy apretada, y éste, leyendo hasta el fondo de sus ojos, comprendió que ya no tenía delante un representante de la Ley, sino un hermano. Y sonrió débilmente.

—En la cabaña... allá... en la orilla del bosque —balbució el hombre—. He visto a ustedes venir. Pensé que quizá iba usted a pasar... y... he salido. Estoy... muriendo...

Y dio un suspiro y trató de ayudarse mientras Billy lo levantaba. Un grito quejumbroso salió del trineo. Deane se sobresaltó y volvió los ojos hacia la dirección del punto de donde venía el grito.

—¡Dios santo! —gimió.

Y desprendiéndose de las manos de Billy, se hincó de rodillas al lado de Niña Misterio, sollozando y hablando como un loco, mientras apretaba a la pequeña, asustada, en sus brazos. Con ella se repuso pronto como animado de nueva fuerza.

—¡Es mía!... ¡mía! —exclamó fieramente—. Por ella he venido... Estaba buscándola...

—¿Dónde la ha encontrado usted?... ¿Cómo?...

En aquel momento llegaron del llano hasta ellos, en repentino coro, los salvajes ladridos de los perros esquimales. Deane oyó aquel clamor y se volvió como los otros, en la dirección del ruido. Los perseguidores estaban a media milla solamente, amenazando caer pronto sobre ellos. Billy comprendió que no había que perder un

momento. En un instante se dio cuenta de que, de una manera o de otra, Deane, Isabel y Niña Misterio estaban aliados con aquella horda vengativa y tan rápidamente como pudo, refirió a Deane lo que había sucedido.

La seguridad había vuelto a los ojos de Deane y tan pronto como oyó el relato, corrió al encuentro de aquella tropa, con Niña Misterio en brazos. MacVeigh y Pelletier pudieron oír que los llamaba de lejos. Ya estaban en el lindero del bosque cuando Deane alcanzó a los esquimales. Esperaron largo rato. Después Deane y la niña volvieron en un trineo tirado por perros esquimales. Detrás del trineo iba el jefe que había sido herido en la cabaña del Promontorio de Fullerton. Deane estaba rendido, con la cabeza medio inclinada sobre el pecho, sostenido por el jefe y otro esquimal. Hizo una seña hacia la derecha, y a unas cien yardas de allí encontraron una choza.

Los hombrecillos norteños, muy vigorosos, lo entraron, llevando aún en brazos a Niña Misterio, y con un gesto, Deane invitó a Billy a que le siguiera solo. Dentro de la cabaña lo echaron en una cama baja y, en medio de un acceso de tos, débil, pero terrible, dijo con una seña a Billy que se sentara a su lado. MacVeigh sabía lo que significaba aquella tos. El enfermo había sufrido un frío terrible... y sus pulmones estaban deshaciéndose. Era la muerte... la muerte más terrible del Norte.

Deane permaneció unos instantes tendido, sofocado, apretando una mano de Billy. Niña Misterio se había deslizado al suelo y empezaba a examinar la cabaña. Deane miró a Billy sonriendo.

—Ha venido usted otra vez... y a tiempo —dijo con firmeza—. ¿Verdad que es raro, Billy?

Por primera vez pronunció el nombre del otro, como si lo hubiese conocido toda su vida. Billy lo envolvió cariñosamente en las mantas, e, involuntariamente, sus ojos interrogadores recorrieron la cabaña. Deane sorprendió la mirada.

—Ella no ha venido —murmuró—. La he dejado...

Se detuvo, ahogado por un golpe de tos bronca que manchó de sangre sus labios. Billy experimentó una verdadera angustia.

—Es necesario que estés tranquilo —dijo—. Nada de querer hablar por ahora. Voy a prepararte algo caliente.

Iba a alejarse, pero Deane le detuvo.

—No sin que haya hablado, Billy —insistió—. Voy a morir de un momento a otro y tengo que decirle a usted muchas cosas... que debe usted saber... antes de que yo muera. No le entretendré mucho... Maté a un hombre, pero... no lo siento... Quiso ultrajarla... a ella... a mi mujer. Y usted... hubiera matado de igual manera... Los agentes de policía empezaron a perseguirme... y para estar seguros, nos fuimos al Norte... al país de los esquimales... y allí hemos vivido mucho tiempo... Los esquimales quieren mucho a la pequeña y a mi mujer... sobre todo a Isabelita... Creían que era algo parecido a los ángeles...

—Un día supimos que usted iba a ir a cazar al país de los esquimales. Entonces

nos pusimos en marcha con la caja... La caja era para ella... para guardarla del frío... No nos atrevimos a llevarnos la niña... y la dejamos allí... Teníamos intención de regresar pronto... cuando usted hubiese dado fin a la caza... Pero vimos el fuego de usted en el lindero de la estepa... y ella me hizo meterme en la caja. En esta forma nos encontró usted... Lo demás ya lo sabe...

—Usted pensó que era un ataúd... Ella le dijo que yo había muerto... Usted fue bueno... muy bueno... con ella. Y tendrá que ir adonde está ella y llevarle a Isabelita... íbamos a hacer lo que usted nos dijo, y marchar a América del Sur... Pero nos faltaba nuestra hijita y he venido... Debí habérselo dicho... Después nos dimos cuenta del olvido. Pero temíamos descubrir tal secreto, aun a usted...

Se detuvo oprimido y con amagos de tos. Billy apretó entre sus manos las dos del enfermo, flacas y heladas. No encontraba palabras que decir. Y esperó luchando por contener los sollozos que le levantaban el pecho.

—Fue usted bueno... muy bueno con ella —repitió débilmente Deane—. Usted la amaba... Era natural, puesto que creía que yo estaba muerto, y ella sola y necesitaba ayuda... Estoy contento de que usted la ame... Usted fue bueno... y honrado y hace falta uno como usted para amarla y cuidarla. No tiene en el mundo más que a mí... Estoy contento... de haber encontrado un hombre como usted.

Soltó las manos y cogió entre las palmas la cara atenta de Billy, y mirándole derechamente a los ojos, le dijo:

—Y... yo te la doy... Es un ángel y está sola... Necesita un apoyo y tú... tú serás bueno con ella... Vete a buscarla a la cabaña de Pedro Croisset, a orillas del Little. Y serás bueno con ella... bueno con ella...

—Iré —aseguró Billy dulcemente—, y juro aquí, de rodillas, delante de Dios Omnipotente, que haré lo que haría todo hombre honrado.

El cuerpo rígido de Deane se estiró y cayó sobre las mantas con un suspiro de alivio.

—Me tenía atormentado la suerte de ella —repuso—. Siempre he creído en Dios, aunque he matado a un hombre, y Él te ha enviado aquí a tiempo.

Un relámpago interrogador apareció en sus ojos.

—¿Quién era el hombre que robó a Isabelita? —preguntó como un suspiro.

—Pelletier, el hombre que está afuera, lo mató cuando aquél fue a la cabaña —contestó Billy— y asegura que se llamaba Blake, Jim Blake.

¡Blake!... ¡Blake!... ¡Blake!...

Otra voz se levantó la voz de Deane desde los confines de la muerte, como un grito.

¿Blake has dicho?, ¿un marinero zafio y rudo, de pelo rojo, barba rojiza y dientes amarillos como una morsa...? ¡Blake!... ¡Blake!

Y volvió a caer de espalda con una risa que hacía temblar, una risa de loco.

—Siendo así... estaban totalmente equivocados... ¡fue un ridículo error! —dijo, con los ojos cerrados, y sus palabras parecían salir del fondo de un ensueño.

Billy comprendió que se acercaba el fin, y se inclinó más para coger las últimas palabras del moribundo. Las manos de Deane estaban tan frías como témpanos y los labios descoloridos. Muy bajito, murmuró:

—Luchamos él y yo... Creí que lo había matado... porque lo arrojé al mar. Su verdadero nombre era Samuelson. Tú le conocías por este nombre. Pero casi siempre le llamaban Blake, Jim Blake... Así, pues... yo no soy homicida... Y él... fue... a vengarse... robar... a Isabelita... No... no soy... homicida... Tú... se lo dirás... a ella... Yo... no lo maté... Se... lo... dirás... Y... serás bueno bue... no...

Y sonrió.

Billy se inclinó acercándose más.

—Vuelvo a jurarte delante de Dios que haré lo que haría todo hombre honrado — repitió.

Deane no contestó. Ya no oía. La sonrisa desapareció de sus labios. Y Billy comprendió que la muerte había traspasado en aquel momento el umbral de la cabaña. Con un gemido de angustia dejó caer la mano rígida de Deane.

Isabelita corrió hacia él. Iba riendo. Bill se volvió de pronto y la levantó en brazos. Y acurrucado en el suelo, junto al único hermano que había conocido en la tierra, sollozó como una mujer.

Capítulo XIII

Los dos Dioses

Isabelita sacó a MacVeigh de su dolor. A cabo de un rato se levantó con la ni ti en brazos y la alejó de la pared, mientras cubría la cara de Deane con la punta de un manta. Después fue hacia la puerta. Los esquimales estaban encendiendo fuego. Pelletier estaba sentado en el trineo no lejos de la cabaña y, a la llamada de Billy, se acercó a él.

—Si no te molesta, podrías llevarla un momento junto a un fuego de esos —dijo Billy.

—Scottie ha muerto. Procura hacérselo entender al jefe.

Y no esperó a que Pelletier le preguntara, sino que empujó suavemente la puerta y volvió al lado de Deane. Levantó la manta y contempló un momento la apacible cara llena de barba.

¡Dios mío!, ¡y decir que ella está esperándote y mira por ti y cree que vais a volver pronto —murmuró— tú y la pequeña!

Y piadosamente, empezó a cumplir el deber que se había impuesto. Registró unos tras otros los bolsillos de Deane y sacó lo que encontró en ellos. En uno había una navajita, unos cuantos cartuchos y una caja de cerillas. Sabía que Isabel haría gran aprecio de aquellas cosas y las conservaría por haberlas llevado su marido, y las puso en un pañuelo con otros objetos que encontró.

Lo último que encontró en un bolsillo interior de Deane fue un sobre muy ajado y ya amarilla la tinta. Miró por la abertura antes de colocarla en el montoncito y el corazón le dio un salto al ver los pétalos de la flor azul que Isabel le había dado. Cuando acabó, cruzó las manos de Deane sobre el pecho. Estaba anudando las puntas del pañuelo, y en aquel momento se abrió la puerta suavemente detrás de él.

Entró el jefe de tez morena, seguido de cuatro esquimales. Habían dejado las armas fuera. Apenas respiraban mientras se colocaban en fila y contemplaban a Scottie Deane. Ni un signo de emoción apareció en sus rostros inexpresivos, ni el más ligero parpadeo alteró la inmovilidad de sus caras.

En tono bajo como un castañeteo, empezaron a hablar y en sus voces no se notaba expresión de dolor. No obstante, Billy comprendió que en los corazones de aquellos

hombrecillos morenos, Scottie Deane permanecía reverenciado como un dios. Antes de que le cogiera el frío de la muerte, empezaron a cantar sus proezas y sus virtudes a los espíritus invisibles que esperaban y velaban a su lado hasta el principio del nuevo día.

El monótono canto duró diez minutos. Des pues los cinco hombres dieron media vuelta sin decir una palabra... sin mirar siquiera a Billy... y salieron de la choza. MacVeigh los siguió, preguntándose si Deane los había con vencido de que él y Pelletier eran amigos del muerto. Si no lo había hecho temía nuevos disgustos a causa de Isabelita. Así, pues, al ver a Pelletier en conversación con un hombrecillo de aquéllos se puso muy contento.

—He encontrado uno cuya jerga he podido entender —exclamó Pelletier—. Les he dicho que somos muy buenos amigos y he logrado hacerles comprender la historia de Blake. Les he dado la mano a todos tres o cuatro veces y hemos quedado en la mejor armonía. Es mejor obrar a las buenas. No les gusta mucho la idea de dejarnos la rapazuela, ahora que Scottie ha muerto. Preguntan dónde está la mujer.

Media hora después, MacVeigh y Pelletier volvieron a la cabaña. Al fin de aquel tiempo se habían convencido de que los esquimales no les molestarían más y esperaban que les dejaran a Isabel. De todos modos, el jefe dio a entender a Billy que se reservaba el derecho de enterrar a Deane.

Billy comprendió que ya había llegado la ocasión de decir a Pelletier algo de las cosas que le habían ocurrido a su regreso de Churchill. En primer lugar, por ser lo más importante, que había anunciado la muerte de Deane como ocurrida unas semanas antes, a consecuencia de una caída y que cuando volviese a Churchill sabía que tendría que persistir en tal historia. Como Pelletier no conocía a Isabel ni el amor de Billy a ella y su desprecio de la ley al darles la libertad, su compañero podría decir la verdad y perderlo.

En la cabaña se sentaron delante de la mesa. Pelletier llevaba el brazo en cabestrillo. Tenía la cara desencajada, negra de polvo y como de espanto. Sacó el revólver, le quitó los cartuchos y se lo dio a Isabelita para jugar. Delante de los esquimales estuvo haciendo esfuerzos por dominarse; pero ya no trataba de ocultar su abatimiento.

—¡Me la quitan! —dijo, mirando a Billy—. ¿Se la va usted a llevar... a su madre?

—Sí.

—¡Qué dolor! No puede usted imaginarse la pena que me da... perderla —dijo.

MacVeigh apoyó los brazos cruzados en la mesa y respondió vivamente:

—Sí, ya sé lo que es eso. Sé lo que es amar a una persona y perderla. Lo sé. Escucha.

Y rápidamente contó a Pelletier la historia de la estepa, la llegada de Isabel, la madre; el beso que ella le dio; la huida y después la persecución; la captura y el último momento en que quitó las esposas de las muñecas de Deane. Empezado el

relato, ya no omitió nada... ni aun la participación de los pétalos de la flor azul, ni lo del rizo de cabellos de Isabel.

Sacó las dos reliquias del bolsillo y se las enseñó a Pelletier y al temblor de su voz subió como una nube a los ojos de su compañero. Cuando acabó, Pelletier tendió por en cima de la mesa el brazo sano y estrechó la mano de su jefe.

—Y lo que ella dijo de la flor se convierte en realidad, Billy —murmuró—. Eso le trae ventura, como ella dijo, puesto que va usted hacia ella...

MacVeigh le interrumpió.

—No, no es eso —dijo dulcemente—. Ella lo amaba... tanto como la muchacha que te espera te ha de amar siempre, Pelly, y cuando yo le diga lo que ha ocurrido... se le hará pedazos el corazón. ¡Eso... no puede traerme la dicha!

Las horas de aquel día pesaron como plomo sobre Billy. Los dos hombres trazaron sus planes. Un grupo de esquimales se prestó para acompañar a Pelletier hasta el promontorio del Esquimal, y desde allí iría solo a Churchill. Billy iría hacia el Sur hasta el Little Deaver, en busca de la cabaña de Croisset y de Isabel. Cuando llegó la noche se alegró. Era tarde cuando se acercó a la puerta, abrió y miró a la inmensidad.

El lindero del bosque estaba obscuro, negro, no solamente por las tinieblas de la noche, sino por la obscuridad concentrada de abetos y bálsamos y de un cielo tan bajo y opaco que casi se podían oír sus lamentos como silbidos por encima de la cabeza, igual que el sollozo incesante en la orilla del mar. Todo era negro... menos los estrechos círculos de los trazados por las hogueras de los esquimales, alrededor de los cuales estaban sentados o en cuclillas como medio centenar de hombres.

Los jefes de campo estaban todos despiertos.

Advertíase allí un silencio extraño y una obscuridad extraña y sobrenatural que no era la obscuridad de la noche solamente; un silencio interrumpido tan sólo por el sordo la mento del viento que llegaba de la estepa y del temblor del aire por encima de las copas de los árboles y el chisporroteo de las llamas de las fogatas. Los esquimales estaban inmóviles, como muertos. Sus ojos redondos y sin vida, desmesuradamente abiertos. Unos estaban sentados, otros en cuclillas, con la espalda vuelta hacia la estepa y la cara hacia la obscuridad, aun más profunda, del bosque.

A pocos pasos de allí brillaba, como una estrella, la luz puesta en la ventana de la choza. Los que estaban alrededor de las hogueras tuvieron durante dos horas los ojos fijos en aquella lucecita. De cuando en cuando, entre los veladores de cara de piedra, se levantaba el jefe pequeño, cuya voz, semejante a chasquidos, se unía a las quejas del viento, a las ráfagas del cielo bajo y al crepitar de la lumbre. Pero no se oía otro ruido de voces ni se advertía otro movimiento. Él solo se movía y hablaba, y todas sus palabras, como chasquidos, eran un discurso... palabras pronunciadas para el hombre que yacía muerto en la cabaña.

Doce veces habían mirado Pelletier y MacVeigh a las hogueras y sacado sus relojes. Por último anunció Billy:

—Ya se mueven, Pelly. Se levantan y se ponen en marcha.

Y volvió a sacar el reloj.

—Son muy puntuales. Las doce y cuarto. Cuando muere un jefe o un hombre distinguido, lo entierran durante la primera del día siguiente. Ahora vienen a buscar a Deane.

Abrió la puerta y adelantó en la oscuridad de la noche. Pelletier le siguió. Los esquimales llegaron sin ruido y se detuvieron formando un grupo sombrío a veinte pasos de la cabaña. Cinco hombrecillos, vestidos de pieles, se destacaron de los otros y entraron uno a uno. El jefe iba a la cabeza. Incliniéndose sobre Deane empezaron a cantar una canción muy bajito, pero que despertó a Isabelita. La pobrecilla se incorporó y medio dormida contempló la triste escena. Billy se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos había vuelto a dormirse y la dejó en la cama. Los esquimales se habían ido con su fúnebre carga. MacVeigh pudo oír la lenta melodía de la tribu.

—Yo la encontré y creía que era mía —dijo Pelletier en voz baja cerca de aquél—. Pero no lo es, Billy. Es de usted...

MacVeigh le interrumpió como si no hubiese oído.

—Mas te vale echarte a dormir, Pelly —le aconsejó. Ese brazo necesita quietud. Yo voy ver dónde lo entierran.

Se puso la gorra y el pesado capote y fue hacia la puerta. Después volvió para coger de equipo un hacha y clavos.

El viento soplaba más fuerte por encima la estepa, y Billy no oía ya el canto sordo y monótono de los esquimales. Llegó hasta las fogatas y no encontró hombres; los perros eran los únicos que quedaron sumidos en un sueño semejante a la muerte. Pero en el acto, hacia el borde del bosque, vio un resplandor.

Cinco minutos después estaba oculto en la sombra, a pocos pasos de los esquimales. La tarde anterior habían abierto la fosa en la inmensa llanura de nieve desprovista de árboles. Y como el fuego que habían encendido alumbraba sus caras redondas, Billy vio a los cinco hombrecillos morenos que se habían llevado a Scottie Deane, inclinados encima de la sepultura poco profunda, abierta en la tierra endurecida. Deane había desaparecido ya. La tierra, el hielo y el musgo helado caían sobre él y ni el más leve sonido salía entonces de los labios de aquellos huraños enterradores.

La siniestra labor quedó terminada en pocos minutos, y los indígenas, como ligeras sombras negras, volvieron a su campamento. Uno solo quedó allí, sentado, con las piernas cruzadas, a la cabeza de la tumba, y su larga lanza detrás. Era O-gluckgluch, jefe de los esquimales, protegiendo al difunto contra los demonios que acuden para llevarse el cuerpo y el alma durante las primeras horas después del entierro, según sus creencias.

Billy MacVeigh penetró más adentro en el bosque, hasta que al fin encontró un árbol joven y esbelto y de una docena de hachazos lo echó al suelo.

Quitó la corteza del tronco; lo cortó por el tercio de su longitud y después clavó la otra mitad a través, a manera de cruz. Hecho esto, afiló el extremo inferior y volvió a la sepultura con la cruz a cuestas.

Aquella cruz, descortezada hasta la albura, brillaba a la claridad de la lumbre. El guardián la contempló un momento; sus ojos tristes despidieron una llama más sombría en noche, porque no ignoraba que con aquello, dos dioses y no uno, guardarían la sepultura. Billy clavó la cruz y a cada golpe que daba en ello con el revés del hacha como martillo, el jefe de los esquimales daba un paso atrás y retrocedió hasta perderse en la obscuridad.

Cuando Billy acabó, se quitó la gorra; pero no fue para orar.

—¡Estoy triste, amigo!, —dijo al ser que yacía bajo la cruz—. ¡Dios sabe qué triste estoy! Quisiera que estuvieses vivo. Quisiera ver te volver hacia ella en lugar de ir yo, con la nena. Pero cumpliré mi promesa. Lo juro. Haré lo que es justo cerca de ella.

Desde el bosque miró atrás. El esquimal había reanudado su fúnebre guarida. La cruz se dibujaba con claridad de espectro sobre el fondo negro de la estepa. Billy se volvió por última vez y se encontró como abrumado por el peso de una mano de plomo, algo que a la vez era espanto y temor.

Scottie Deane había muerto, estaba muerto y enterrado y, no obstante, caminaba con él ahora y a su lado. MacVeigh sentía su presencia y aquella presencia era como un aviso que suscitaba en él extraños pensamientos.

Volvió a la cabaña y entró sin hacer ruido. Pelletier estaba durmiendo. Isabelita respiraba la pura inocencia de la infancia. Se inclinó y besó sus rizos sedosos y, durante largo rato, permaneció así, con un rizo entre los dedos. De aquí a unos años, pensó, serán de oro más oscuro y del matiz de los cabellos de la mujer amada. Inmensa paz fue entrando lentamente en su corazón. Al fin y al cabo, delante de Billy había algo mejor que la esperanza: ella... la Isabel mayor... ya sabía que la amaba como ningún hombre del mundo podía amarla. Lo había demostrado. Y ahora iba a partir hacia ella.

Capítulo XIV

El monigote de nieve

Billy, ya en la cabaña, de vuelta del entierro, se desnudó, apagó la luz y se acostó. Durmióse rápidamente y su sueño se vio poblado de numerosas visiones, dulces y agradables al principio, las cuales lo llevaron a su primer encuentro con Isabel; evocó otra vez la hermosura de ella, su puerza, su fe y confianza en él. Después de las visiones le acudieron fantasías perturbadoras. Se despertó dos veces y cada una de ellas se incorporó en la cama, agitado por el miedo que le había sorprendido al lado de la tumba.

La tercera vez que despertó encendió una cerilla para ver el reloj. Eran las cuatro. Aun estaba extenuado. Sus miembros, doloridos por el tremendo esfuerzo de un trayecto de cincuenta millas a través de la estepa; pero no podía dormir. Algo... no trató de preguntarse qué... le impulsaba a moverse.

Se levantó y se vistió.

Cuando despertó Pelletier, dos horas después, la mochila de MacVeigh y el trineo estaban preparados para marchar al Sur. Los dos hombres acabaron sus planes mientras tomaban el desayuno. En cuanto llegó la hora de partir, Billy dejó a su compañero solo con Isabelita y salió a enganchar los perros. Cuando volvió, los ojos de Pelletier estaban rojos, y el hombre sacaba grandes bocanadas de humo de la pipa, a fin de que no se le viera la cara. MacVeigh pensó después muchas veces en aquella despedida. Pelletier permaneció de pie en el umbral y en la cara tenía una expresión que MacVeigh deseaba no haberla visto. En su propio corazón moraban el espanto y el temor y un sentimiento al que no podía dar nombre.

Durante horas no consiguió sacudir la tristeza que le oprimía. Corrió a la cabeza del viejo Kazán, el guía, siguiendo el camino hacia el Sur, con la brújula. Cuando se volvió por tercera vez para mirar a Isabelita, la encontró enterrada materialmente entre las mantas y profundamente dormida. No se despertó hasta que el hombre hizo alto para preparar el té, a mediodía. Las cuatro eran cuando volvió a parar para establecer el campamento al abrigo de un grupo espeso de altos abetos. Isabel había dormido casi todo el día.

Estaba entonces muy despierta y sonrió a Billy, en el momento en que la sacaba

de su nido.

—Dame un besito —le suplicó.

La niña obedeció, poniendo las dos manos en la cara de Billy.

—Eres... una mariposilla nocturna —le dijo éste—. En todo el día no se te ha oído ni un sollozo... Y ahora vamos a encender lumbre, una hoguera muy grande.

Y puso manos a la obra, silbando por primera vez desde la mañana. Dispuso la tienda de reglamento, cortó ramas de abeto y de bálsamo hasta que tuvo un pie de espesor en el interior y después estuvo media hora recogiendo leña. Durante este tiempo había caído la noche y la enorme fogata fundió la nieve hasta treinta pies alrededor.

Había quitado a Isabelita el espeso abrigo que la tenía como enfajada, y la carita de la niña brillaba ahora sonrosada por el esplendor del fuego.

La luz danzaba roja y dorada en sus rizos enmarañados y mientras cenaban los dos en la misma manta, Billy vio más y más frente a él, lo que sabía que iba a encontrar en la mujer. Terminada la cena, el hombre sacó un peine del bolsillo y atrajo a Isabel hacia sí. Uno a uno fue separando los rizos enredados y el corazón le latía de alegría mientras la seda de los cabellos se domaba entre sus dedos. Otra vez había sentido en la cara el mismo contacto ligero de cabellos de mujer. Fue sencillamente una caricia casual, pero él la guardó como un tesoro en la memoria.

Parecíale que volvía a sentirla y el temblor que ello le produjo, le hizo dejar a Isabelita sola en la manta, mientras él se levantaba. Echó más leña al fuego y entonces advirtió que el calor había ablandado la nieve y que se le adhería a los pies. Tal descubrimiento le dio una inspiración. Un calor que no procedía de la hoguera, le subió a la cara, y recogió la nieve, amontonándola con una raqueta, y bajo las miradas de sorpresa y alegría de Isabel, dio forma a un monigote de nieve casi tan grande como él.

Le añadió brazos y cabeza y dos ojos de carbón de leña, y cuando acabó, le puso su gorra y la pipa en la boca. Isabelita daba gritos de alegría y los dos cogidos de la mano, bailaron dando vueltas alrededor, de igual manera que Billy y otras muchachitas y chiquillos habían saltado muchos años atrás. Y cuando se pararon, a la niña le lloraban los ojos de haber reído tanto y de haber tenido tal gozo, y una niebla de otro género obscureció los de Billy.

El monigote de nieve le trajo a la memoria años y años de perdidas esperanzas. Se ensimismó en ellas hasta el punto de que parecía como si la vida de antiguos tiempos era la vida de ayer y ahora la esperaba cabalmente al otro lado del linderó del sombrío bosque.

Largo rato después de haberse dormido Isabelita en la tienda, aun seguía sentado contemplando el monigote de nieve, y su corazón cantaba más y más de alegría, de tal manera que le parecía que se iba a ver obligado a levantar se y a lanzar a gritos el ardor y la esperanza que le colmaban.

En el monigote de nieve que iba derritiéndose poco a poco al calor del fuego,

había un corazón, un alma y una voz. Llamaba a Billy... solicitándolo como nadie lo había solicitado antes. Volvería a su vieja casa, en el país de Dios, a sus antiguos amigos de juventud, que ya eran hombres y mujeres. Ellos le darían la bienvenida... y recibirían bien a su mujer. Porque la llevaría. Por primera vez se imaginó que ella iría. Y los dos, cogidos de la mano, seguirían las huellas de los pasos de su juventud a través de los prados y por las colinas, Y él cogería flores para ella en vez de para la madre que ya no existía y le contaría todas las viejas historias de los días pasados.

Todo esto le sugirió el monigote de nieve.

Capítulo XV

La «Mort Rouge» e Isabel

Billy estuvo aquella noche hasta muy tarde al lado de la lumbre del campamento con el monigote de nieve. Raros y nuevos pensamientos le asaltaron... entre ellos el asombro de no haber hecho hasta entonces un monigote de nieve.

Cuando se acostó, soñó con el monigote y con Isabel. La risa y la alegría de la niña al despertarse por la mañana y ver la curiosa forma que había tomado el monigote, fundiéndose al calor del fuego, llenáronle otra vez de aquellas visiones infantiles de felicidad que había visto.

En otros instantes hubiera creído que des variaba. Después de tomar el desayuno y ponerse en marcha para otra jornada, el hombre reía y charlaba con Isabelita, y más de una docena de veces la cogió aquella mañana en brazos y marchó así detrás de los perros.

—Vamos a casa —le decía y repetía una y otra vez—. Vamos a casa... con mamá... ¡mamá!

Y recargaba la pronunciación en esta palabra. Y cada vez que la linda boquita de Isabel pronunciaba la palabra «mamá» después de él, le daba el corazón un salto de alegría. Al caer el día, esta palabra se había hecho para él la más dulce del mundo. Trató de hacerle decir «madre»; pero su compañerita lo miraba atontada y no lo decía. «Mamá, mamá, mamá» dijo él cien veces aquella noche cerca de la hoguera del campamento y, antes de meter a la niña entre las mantas calentitas, le dijo algo como: «Ahora voy a acostarme y dormir». Isabel estaba demasiado cansada para comprender mucho de aquello.

Aun después que la niña estuvo profunda mente dormida, y Billy sentado fumando solito la pipa, volvió a murmurar la palabra más dulce que había en el mundo, según él, y cogió el rizo de cabellos y lo contempló celosamente al resplandor del fuego. Al anochecer del día siguiente, Isabelita sabía decir casi toda la oración que a Billy le había enseñado su madre, hacía años, años y años... tan remoto en lo panado que aquella evocación no era ya la de una mujer, sino la de un ángel irreal y maravilloso; y a la cuarta jornada, a mediodía, la niña ceceaba la oración entera sin que él le apuntara ni una palabra.

A la mañana del quinto día llegó MacVeigh al Brey Beaver e Isabelita se puso seria al ver el cambio operado en él. Ya no la divertía, pero azuzaba a los perros, sin cesar un instante su vigilancia en busca de una señal de humo, un rastro o un árbol marcado. En su corazón empezó a crecer una inquietud que casi le ahogaba. En aquellas últimas horas antes de ver a Isabel, le sobrecogió la inevitable reacción. La melancolía le abrumaba, cuando unos momentos antes, un presentimiento feliz le había dado esperanza. Un pensamiento único y terrible expulsaba a todos los otros... llevaba a Isabel noticia de la muerte de su marido. Y él sabía que para Isabel, Deane había significado toda la alegría y toda la esperanza del mundo... Deane y su hijita.

Recibió como un golpe cuando, de pronto, se encontró delante de la cabaña a orillas de un claro del bosque. Vaciló un momento. Después cogió a Isabel en brazos y fue a la puerta. Estaba ligeramente entornada y después de llamar con el puño, empujó y entró.

No había nadie en la habitación, pero había una estufa y lumbre. En el extremo del aposento vio otra puerta que se abrió lentamente. Un instante después apareció Isabel. Billy no la había visto como la veía entonces, a la luz de una ventana, que caía de lleno sobre ella. Llevaba un vestido vaporoso y los cabellos en desorden por los hombros y la espalda y el pecho.

MacVeigh hubiera querido llamarla por su nombre... cien veces se había repetido lo que le diría al principio; pero lo que vio en la cara de ella lo dejó inmóvil y silencioso cuando se cruzaron sus miradas. Tenía las mejillas encendidas. Los labios abrasados por un rojo no natural. Los ojos reluciendo con brillo extraño. Miró primero a él y se llevó las manos al pecho, arrebatando la masa de sus lustrosos cabellos. Hasta que Isabel le miró a los ojos no advirtió lo que Billy llevaba en brazos. Cuando éste le ofreció la niña, ella se precipitó con el grito más singular que jamás había oído él.

—¡Mi hija! —gimió—. ¡Mi hija!, ¡mi Isabelita!

Isabel retrocedió y cayó en una silla cerca de la mesa, con Isabelita apretada contra el pecho. Durante un momento no oyó Billy más que palabras dichas con voz ronca, sollozante, mientras oprimía su cara calenturienta contra la de la pequeña. El hombre comprendió que estaba enferma; que era la fiebre lo que le había inflamado las mejillas. Dio un suspiro y se acercó a ella. Alargó, temblando una mano tocó a Isabel. La joven levantó los ojos. Un poco de aquella antigua y gloriosa luz apareció en ellos, la luz que él había visto cuando, por gratitud, ella le había dado sus labios a besar.

—¿Usted? —murmuró—. Usted... la... trae...

Isabel le cogió la mano, y la suavidad de sus cabellos sueltos la cubrió. Billy podía sentir los latidos del pecho de ella.

—Sí —contestó.

Había una interrogación en la cara, los ojos y los labios entreabiertos de la joven. El hombre continuó estrechando la mano de ella cada vez más fuerte, hasta el punto

de que podía sentir los precipitados latidos del corazón de Isabel. Nunca había pensado Billy que hubiese podido contar aquella historia en tan pocas palabras como la contó. Los ojos de Isabel brillaban más. Cuando él le habló de la lucha en la cabaña y de la muerte del hombre que había robado a Isabelita, detuvo ella la respiración. Un centenar de palabras le llevaron al encuentro en el lindero del bosque.

Entonces se detuvo. Pero ella seguía interrogándole en silencio. Lo atrajo más hacia sí, hasta que el hombre pudo sentir su aliento. Había algo terrible en la interrogación de aquellos ojos. Procuró encontrar palabras que decir; pero del fondo de su garganta le subió una especie de sollozo que le ahogaba. La joven vio sus esfuerzos.

—Siga usted —le rogó en el más dulce tono de voz que oyera nunca.

—Y después se la he traído a usted —concluyó él.

—¿Se ha encontrado usted con él?

Fue tan repentina la pregunta que le hizo estremecerse y su turbación lo vendió.

Isabelita se deslizó al suelo e Isabel se levantó. Acercóse a él como lo hizo aquella admirable noche en los linderos de la estepa. En sus ojos se leía el mismo ruego, en el momento en que ella le ponía las dos manos en los hombros y le miraba hasta el fondo de su alma.

Billy había pensado que sería fácil. Pero era terrible. Isabel no se movió. Ni un sonido salió de sus mudos labios, mientras él le refería el encuentro con Deane y la enfermedad de su marido. La infeliz adivinó lo que iba a venir antes de que él lo dijese. Cuando el hombre pronunció la palabra muerte, ella se separó de él lentamente. No lloró. La única demostración de que había oído, fue el sordo lamento que salió de sus labios. Se tapó la cara con las manos y permaneció un momento al alcance de los brazos de Billy y, en aquel momento, toda la fuerza de su inmenso amor a ella sumergió a MacVeigh en sus olas irresistibles.

Abrió los brazos, deseando cogerla en ellos y consolarla como hubiera consolado a una niña. Y era tal aquel amor, quedado muerto a los pies de ella si hubiese podido devolverle el hombre que había perdido.

Isabel levantó los ojos a tiempo para ver aquellos brazos abiertos; vio amor y súplica en la cara de Billy, y en los ojos de ella brilló el fuego de una tigre.

—Tú... tú... —exclamó, retrocediendo—. ¡Tú lo has matado! ¡Él no había hecho... más que protegerme y vengarme de los insultos de un bruto! No hizo nada malo. Pero la Ley... Tu ley... te envió detrás de él y tú lo has perseguido como a una bestia; tú lo expulsaste de nuestra casa, lo separaste de mí y... de mi hijita. Tú lo has perseguido hasta que ha muerto... lejos de mí... solo. ¡Tú... tú lo has matado!

Y dando un grito, se volvió, cogió a Isabelita y huyó hacia la otra puerta. Y cuando desapareció en la habitación de donde había salido, Billy la oyó lamentarse y repetir las terribles palabras:

—¡Tú!... ¡tú!... ¡tú!...

Como el hombre que ha recibido un golpe, retrocedió hacia la puerta de entrada.

Al lado de los perros y del trineo encontró a Pedro Croisset y a su mujer, medio francesa, que volvían de la línea de trampas. Ni siquiera se dio cuenta de la explicación que dio al mestizo, que le ayudó a disponer su tienda. Pero cuando este último lo dejó para unirse a su mujer, en la cabaña, le dijo:

—Está enferma, muy enferma. Y se va agravando de día en día, de tal manera... ¡Mon Dieu!... que mi esposa tiene miedo.

Billy cortó unas cuantas ramas de bálsamo y tendió encima las mantas, pero no se molestó en encender fuego. Cuando el mestizo volvió a decirle que la cena estaba dispuesta, le contestó que no tenía ganas y que se iba a dormir. Se acurrucó bajo las mantas, silencioso y con los ojos abiertos, y aun olvidándose de dar la comida a los perros. Estaba despierto cuando aparecieron las estrellas. Despierto estaba cuando salió la luna. Y aun estaba despierto cuando se apagó la luz en la cabaña de Pedro. El monigote de nieve había desaparecido de su visión lo mismo que su esperanza. Jamás había sufrido como sufría aquella noche. Despierto estaba aún cuando la luna pasó por encima de su cabeza y se hundió detrás del desierto, por el Oeste, y se obscureció todo. Hacia el alba cayó en un sueño agitado, del cual le sacó la voz de Pedro.

Cuando abrió los ojos era de día y el mestizo estaba en pie a la puerta de la tienda. Su cara se veía llena de horror. Su voz fue casi un grito cuando vio que MacVeigh estaba despierto y se levantaba.

—¡Dios del Cielo! —exclamó—. ¡Es la peste, *mesieur... la mort rouge...* las viruelas! Y está muriéndose...

MacVeigh se había levantado y lo cogió por los brazos.

El mestizo se volvió y la emprendió a correr hacia la cabaña. Billy vio que aquél tenía el equipo enganchado y que la mujer de Pedro traía mantas y paquetes. No se detuvo a interrogarles, sino que se apresuró hacia la cabaña contaminada. En el cuarto de Isabel se oía un quejido sordo. El hombre entró y se hincó de rodillas cerca de la enferma. Tenía la cara encendida por la fiebre, medio oculta bajo la masa desordenada de sus cabellos. Ella lo reconoció y sus ojos sombríos flamearon furiosamente.

—¡Coja usted la niña, por Dios! —dijo jadeando—. Y váyase con ella.

El hombre, con infinita ternura, tendió la mano y le separó los cabellos de la cara.

—Está usted enferma... y con mucha fiebre —le dijo cariñosamente.

—Sí... sí, eso es. Hasta la noche pasada no había pensado en lo que podía ser... Usted... que me ama... coja la criatura... cójala y váyase... ¡váyase!

Toda su antigua energía volvió a él en aquel momento. Ya no tenía miedo. Se inclinó para sonreír a ella y el contacto de sus cabellos le hizo saltar el corazón y asomar el amor a sus ojos.

—La sacaré de aquí —dijo—. ¡Estará muy bien... Isabel! —Y pronunció este nombre casi como un ruego—. Estará a salvo. No cogerá la fiebre.

Tomó en brazos a la niña y la sacó a la habitación mayor.

Pedro y su mujer estaban en el umbral. Llevaban ropa de viaje, como cuando los

vio volver de la línea de trampas la tarde anterior. Dejó a Isabelita en el suelo y corrió como un loco a ellos.

—¿Qué significa eso? —les preguntó—. Supongo que no os marcháis. ¡No podéis marcharos!

Y dirigiéndose a la mujer casi furiosamente, le dijo:

—Se morirá... si usted no la cuida. ¡No puede marcharse!

—¡Es la peste! —respondió Pedro con dureza—. Quedarse aquí es morir.

¡Pues tiene usted que quedarse! —repitió Billy dirigiéndose aún a la mujer—. Es usted la única mujer... la única... en cien millas. Sin usted se morirá. ¡Se va usted a quedar aunque tenga que atarla!

Pedro, con la agilidad de un gato, levantó el pesado mango del látigo que tenía en la mano, y lo dejó caer sobre la cabeza de Billy con un ruido espantoso.

Cuando vacilaba en medio de la cabaña, a tientas y a ciegas un momento antes de caer, oyó un grito extraño y terrible en el umbral de la puerta interior y vio la figura de Isabel, vestida de blanco. Después se desplomó como en un abismo de tinieblas.

La cara de Isabel Deane fue lo primero que vio cuando salió de aquel negro abismo. Sabía que era la voz de ella que lo llamaba antes de abrir los ojos. Sintió el contacto de sus manos y cuando levantó los ojos, los cabellos sueltos de Isabel, aquellos suaves cabellos, le rozaban su pecho. Billy tenía la cabeza apoyada por la nuca, y podía mirar a la joven en plena cara. Quedó horrorizado.

Ahora sabía lo que ella le había dicho cuando él estaba en el suelo.

—Levántese usted, es necesario que se levante y se marche —la oyó gemir—. Llévese la niña. Y usted... también usted debe marcharse de aquí.

Se incorporó, después se puso en pie vacilando un poco. Se acercó a ella, con aquella mirada que Isabel le había visto la primera vez en la estepa, cuando él le dijo que la acompañaría a través del bosque.

—No, yo no me iré —repuso con firmeza, pero con la dulzura de siempre en la voz—. Porque si me voy, se morirá usted. Así, pues, me quedo.

Ella le miró silenciosa.

—Usted... no puede —balbuceó al fin—. ¿No ve usted?... ¿no comprende? Soy mujer... y usted no puede... Coja usted la niña... y vaya en busca de ayuda.

—No hay quien ayude —replicó MacVeigh con mucha calma.¹— Dentro de pocas horas estará usted sin fuerzas. Yo me quedo y... juro a Dios... que la cuidaré... como él... la hubiera cuidado. Me hizo prometer que... velara por usted... que estuviera a su lado...

Isabel le miró fijamente a los ojos. El hombre vio la tensión de la garganta de ella y el temblor de sus labios, y la joven hubiera caído al suelo si él no la hubiese sostenido con sus brazos.

—Si ocurre algo —murmuró la enferma con voz entrecortada—, usted... se encargará de ella... de mi hijita...

—Sí... siempre.

—Y si me pongo... bien...

Le vacilaba la cabeza como abrumada de vértigo y la inclinó hacia el pecho de él.

—Si me pongo... bien...

—Si —insistió él...— Sí...

—Si yo...

El hombre vio la lucha y la derrota de ella.

—¡Sí, ya lo sé... ya entiendo! —exclamó vivamente, mientras ella pesaba más en sus brazos—. Si usted se pone bien, yo me iré. Nadie lo sabrá nunca... nadie... en el mundo. Y yo seré bueno para usted... y yo velaré por usted...

Billy se calló, echó atrás los largos cabellos de Isabel y la miró a la cara. Después la llevó al cuarto interior, y cuando salió la niña Isa belita estaba llorando.

—¡Pobre criatura! —exclamó. Y la cogió en brazos—. ¡Pobrecilla!...

La pequeña le sonrió a través de sus lágrimas y Billy, de pronto, se sentó en el borde de la mesa.

—Has sido buena desde el principio, y vas a seguir siéndolo, Isabelita —le dijo cogiéndole la carita entre sus callosas manos—. Hay que ser buena, porque vamos a tener...

Y se volvió y acabó en voz baja: «Vamos a tener que pasar un mal rato».

Capítulo XVI

La ley homicida

Isabelita, sentada encima de la mesa, levantó los ojos hacia Billy y se echó a reír; después la risa se trocó casi en un gemido y el hombre advirtió que se le habían crispado los dedos sobre el hombro de la pequeña hasta hacerle daño. Tiró suavemente de los cabellos de la niña para devolverle su buen humor, la bajó al suelo y se dirigió hacia la puerta entreabierta. La calma reinaba en aquel cuarto oscuro. Escuchó para recoger algún suspiro o un sollozo y no oyó nada.

Había una cortina corrida delante de la única ventana y apenas podía ver entre la sombra, más densa en el sitio en que estaba la cama de Isabel. Le latió el corazón más de prisa cuando pronunció suavemente este nombre; pero nadie contestó. Miró detrás de sí. Isabelita había encontrado alguna cosa en el suelo, y estaba jugando. Volvió a llamar a la madre y tampoco recibió contestación. Sintió, entonces, una especie de terror. Deseaba avanzar hasta la sombra opaca y asegurarse de que la enferma respiraba; mas parecía como retenido por una mano. Y tras pasándolo como una puñalada volvió a oír aquellas palabras de acusación, tristes y quejumbrosas:

—¡Tú has sido... tú... tú has sido!

Y en ellas, aunque tristes y dolientes, reconoció algo de la locura de Pelletier.

Era el delirio.

Retrocedió un paso y se llevó la mano a la frente. Estaba húmeda, salpicada de gotas de sudor frío. Sentía dolor agudo en el sitio en que había recibido el golpe y un vahído pasajero le hizo vacilar. Entonces, haciendo un formidable esfuerzo, se reanimó y volvió la pequeña. Cuando atravesaba el umbral sacarla a tomar el aire, las palabras de Isabel le persiguieron:

—¡Tú has sido!... ¡tú!... ¡tú!...

El aire frío le sentó bien, y se precipitó hacia la tienda con Isabelita. Cuando la entre las mantas y las pieles de oso, se dio rápida cuenta de su situación desesperada. La niña no podía permanecer en la cabaña y tampoco en la tienda estaba libre de peligro porque él tendría que pasar gran parte del tiempo con la madre. Tembló al pensar lo que esto significaba.

Él no temía a la terrible enfermedad que había atacado a Isabel. Había corrido el

riesgo del contagio varias veces y quedó inmune; pero temblaba de miedo al ver los claros ojos de la pequeña y acarició tiernamente los suaves rizos que servían de marco a su linda carita. ¡Si Croisset y su mujer se la hubiesen lle vado!... Al pensar en ellos se puso de repente en pie.

—¡Mira, pequeña... vas a estar quietecita! —le ordenó—. ¿Entiendes? Voy a echar y asegurar la tela de la tienda y no vas a llorar. Te aseguro, como me llamo MacVeigh, que he de coger a ese maldito mestizo, muer to o vivo.

Sujetó la tela para que Isabelita no pudiera escaparse y la dejó sola, tranquila y animada. No era cosa nueva el aislamiento para ella. La soledad no la asustaba y Billy, escuchando con el oído pegado a la lona, oyó que la rapaza empezaba a jugar con la brazada de cosas que él había reunido alrededor de ella. Después se precipitó hacia los perros, ya enganchados al trineo.

Croisset y su mujer llevábanle poco más de media hora de delantera, tres cuartos a lo sumo. Daría la corrida mayor de su vida durante un par de horas, los alcanzaría y los traería revólver en mano. Si era necesario luchar con él, lucharía.

En un sitio en que la pista penetraba en el bosque vaciló, pensando si iría más de prisa dejando el equipo y el trineo. La animación de los perros lo decidió. Olfateaban el olor dejado por el equipo rival y esperaban impacientes que se les mandase continuar. Billy chasqueó el látigo por encima de las cabezas de los canes.

—Deseáis luchar, ¿verdad, muchachos? —les gritó—. Yo también. ¡Adelante!... ¡Hala!... ¡hala!...

Billy se puso de rodillas en el trineo cuando los perros arrancaron. No necesitaban ser dirigidos; seguían rápidamente el rastro de Croisset. Cinco minutos después entraron en un bosquecillo y luego desembocaron en un claro estrecho, lleno de matas achaparradas, a través de las cuales corría el Beaver. La nieve era blanda y abundante y Billy corrió detrás del trineo agarrado a la cuerda de remolque para poderlo seguir si los perros haciendo un esfuerzo inesperado redoblaban su carrera.

Ya comprendía que Croisset había procura do poner buena distancia entre él y la cabaña apestada, y a Billy se le ocurrió de pronto la idea de que algo más que el miedo a *la mort rouge* le daba alas en su huida. Era evidente que el mestizo se veía espoleado por el pensamiento del mal golpe que había dado en la cabaña. Probablemente creía que era asesino y Billy sonrió al notar que Croisset había dado latigazos a sus perros para obligarles a correr a través de la nieve amontonada. Puso su equipo al paso, persuadido de que el mestizo había perdido la cabeza y que éste y sus perros quedarían despeados en unas cuantas millas. Tenía, pues, confianza de alcanzarles en algún sitio del llano.

Con la alegría de tal pensamiento volvió a sentir un dolor brusco y lancinante en la cabeza. Duró un instante, pero en aquel momento se volvió negra la nieve y tuvo que extender los brazos para no caer. La cuerda de remolque se le escapó de la mano, y cuando se le pasó el aturdimiento, el trineo estaba a veinte yardas delante de él. Lo alcanzó y se agarró vacilante como si hubiese dado una carrera. Al recobrar el sentido

se puso a reír y miró por encima de los lomos grises de los perros que tiraban de firme, pero en el acto se le cortó la risa en los labios.

Sintió como si la hoja de un cuchillo hubiese corrido de un solo tajo desde el pescuezo hasta el cráneo y cayó al suelo, de cara, con un grito de dolor. Al fin, el golpe de Croisset había hecho su efecto. Billy se daba cuenta de que hacía esfuerzos para gritar a los perros que se parasen. Durante cinco minutos siguieron éstos indiferentes a pesar de la media docena de débiles gritos de mando que les lanzaba desde el fondo de la obscuridad que por momentos se iba haciendo más densa alrededor de él. Cuando levantó la cabeza y la nieve se volvió blanca otra vez, ya se habían parado los perros. Estaban enredados en sus arcos y olfateaban la nieve.

Billy se levantó. La obscuridad y el dolor desaparecieron con tanta rapidez como habían venido. Vio delante el rastro de Croisset. Después miró a los perros. Se agitaban, formando casi ángulo recto con el trineo, cuyo extremo estaba profundamente hundido en un montón de nieve. Dando fuerte grito de mando, envió j la punta del látigo por encima de ellos y se acercó a la cabeza del guía. Los perros se echaron de vientre, gruñéndole entre dientes.

—¡Qué diablo! —empezó a decir y se paró. Fijó la vista en la nieve. Arrancando directamente de la huella de Croisset había otra... una huella de raquetas. Durante un momento creyó que Croisset o su mujer, por una razón cualquiera, habían andado a cierta distancia del trineo. Pero otra mirada le aseguró de que tal suposición era equivocada. El mestizo y su mujer llevaban los dos raquetas largas y estrechas y esta segunda huella estaba hecha por las raquetas anchas, en forma de cesta, que llevaban los indios y los cazadores de pieles en la estepa. Además, la pista estaba bien abierta. Quienquiera que fuese el que había pasado recientemente, había pasado varias veces, y Billy dio curso a su alegría con un grito ahogado. Estaba en una línea de trampas de caza.

La cabaña del trampero no podía estar muy lejos y no debía hacer mucho rato que el cazador había pasado por allí. Examinó las dos pistas y descubrió el sitio en que el extremo embotado y redondo de una raqueta había cubierto una huella dejada por Croisset; y hecho tal descubrimiento hizo Billy un megáfono con las manos enguantadas y lanzó el largo y quejumbroso grito del hombre de bosque, grito que llegaba hasta media milla. Dos veces lo lanzó y a la segunda le respondieron, y no de muy lejos. En aquel instante volvió a sentir el dolor en la cabeza y cayó sobre el trineo.

Esta vez fue sacado de su estupor por los ladridos y gruñidos de los perros y la voz de un hombre. Cuando levantó la cabeza, que tenía apoyada en los brazos, vio una persona cerca de los perros. Intentó levantarse y vaciló sobre sus pies. Después cayó de espaldas y le envolvió la obscuridad más densa que antes. Cuando abrió otra vez los ojos estaba en una cabaña. Sentía la impresión de calor. El primer ruido que oyó fue el chisporroteo de lumbre y una puerta de horno que se cerraba. Después oyó que decían:

—¡Dios me valga! ¡Si es el sargento Billy MacVeigh!

Éste fijó la vista en la cara inclinada hacia él. Era una cara de blanco, cubierta por una barba corta y rubia. La barba era nueva, pero los ojos y la voz los hubiera reconocido en cualquier sitio. Durante dos años había comido a la mesa con Rookie MacTabb, en Norway y en Nelson House. MacTabb había dejado el servicio por tener una pierna enferma.

—¡Rookie! —murmuró.

Se puso en pie y MacTabb le puso las manos en los hombros.

—¡Lléveme el diablo, si éste no es Mac Veigh! —exclamó otra vez, con asombro en la voz y en la cara—. Joé te ha traído hace cinco minutos y no te había mirado bien hasta ahora. ¡Billy MacVeigh! Sí, hombre, sí, yo soy... y se calló para mirar la frente de Billy, que tenía una mancha de sangre.

—¿Herido? —le preguntó bruscamente—. ¿Ha sido, por ventura, aquel condenado mestizo?

Billy le estrechó las manos. Enfrente, cerca del horno, aún arrodillado delante de la puerta cerrada, vio la cara sombría de un indio vuelta hacia él.

—Croisset ha sido, en efecto, quien me ha herido con el mango del látigo y esto me ha dado muy malos ratos después —dijo Billy.

—Antes de que me dé otro, necesito decirte por qué estaba en camino, Rookie. ¡Dios mío!, ¡qué suerte haber caído y a tiempo en tus manos! ¡Escucha!

Y refirió rápidamente a MacTabb la muerte de Scottie Deane, la huida de Croisset de la cabaña y la situación en ella.

—No hay que perder un minuto —acabó, apretando la mano de MacTabb—. Allí están la madre y la hija, y tengo que volver pronto al lado de ellas, Rookie. Lo demás es cosa tuya. Necesitamos una mujer. Si no la encontramos pronto...

Se levantó y permaneció en pie mirando a MacTabb. Éste hizo un signo de asentimiento.

—Comprendo —dijo—. Veo que estás en un trance apurado, Billy. De aquí a la mujer blanca más próxima hay doscientas millas, por allá, cerca Du Broehet. No encontrarás ni una india que se acerque a media milla dé una atacada por la plaga y dudo que una blanca acceda a venir. La única solución que veo es enviar a Fort Churchill o a Nelson House y lograr que las autoridades envíen una enfermera. En esto se invertirán dos semanas.

Billy hizo un gesto, de desesperación.

El indio Joé había oído la conversación atentamente y ya se levantaba tranquilamente de su sitio enfrente del horno.

—Al otro lado del lago Arrow hay un campamento indio —dijo, mirando a Billy—. Allí conozco a una mujer que no tiene miedo a la peste.

—Seguro como el hado —exclamó alegremente MacTabb—. Se trata de la madre de Joé, y qué no haría ella por su hijo. Este invierno ha recorrido ciento cincuenta millas, solita, para venir a verlo. Vendrá. Vete por ella, Joé. Yo te garantizo

que Billy MacVeigh le pagará cinco dólares al día, desde el momento en que se ponga en camino. —Y dirigiéndose a Billy le preguntó—: ¿Cómo va lo de la cabeza?

—Mejor. Creo que esta carrera me ha fatigado.

—Pues así, iremos a la cabaña de Croisset y me traerá la rapaza.

Dejaron a Joé preparando el viaje de tres días hacia Sudeste y, ya fuera de la cabaña, MacTabb exigió que Billy montase detrás de los perros. Volvieron atrás en busca de las huellas de Croisset y cuando las encontraron, MacTabb lanzó una carcajada.

—Apuesto a que corren como conejos —dijo—. ¿Qué diantre pensabas hacer si los hubieses encontrado, Billy? ¿Obligar a la mujer arrastrándola de los pelos? Me alegro del vuelco que has dado. Antes hubieras vencido a un lince que a Croisset. Te habría perforado tras un montón de nieve, tan seguro como te llamas MacVeigh.

Billy se sintió aligerado de un peso inmenso y un poco inclinado a confiar a su compañero algo más referente a Isabel y a sí mismo. Pero no le dijo nada. Conforme MacTabb avanzaba a grandes pasos delante de él y excitando a los perros, iba calculando que Joé y su madre podían llegar antes de una semana. Durante este tiempo estaría solo con Isabel y, a pesar del horrible temor que ni por un momento se había alejado de su corazón, le fue imposible no sentir un estremecimiento de placer al pensarlo. Serían días de agonía para él lo mismo que para ella; obstante, iba a estar cerca, muy cerca de la mujer amada por él. Isabelita estaría a salvo en la cabaña de Rookie. Si ocurría una desgracia...

Agarró fuertemente el borde del trineo al notar el pensamiento que acudió a su mente. Era el recuerdo de Pelletier. Si ocurría una desgracia a Isabel, la pequeña sería suya para siempre. Echó de sí tal pensamiento como si fuese la peste misma. Isabel viviría. Él le conservaría la vida. Pero si muriese...

MacTabb oyó el grito ahogado que se escapó de sus labios. No pudo retenerlo. ¡Santo Dios!, ¡si ella se fuese!... ¡qué vacío quedaría el mundo para él! No verla jamás, después de aquellos días de terror que le esperaban. Pero si vivía y él sabía que el sol brillaba en sus hermosos cabellos y que sus ojos azules miraban aún a las estrellas y en sus tiernas oraciones ella pensaba algunas veces en él al mismo tiempo que en Deane, la vida no sería tan solitaria para él.

MacTabb había vuelto a su lado.

—¿Te duele la cabeza? —le preguntó.

—Un poco —mintió Billy—. El camino que tenemos delante, es llano. ¡Hostiga a los perros!

Media hora después paraba el trineo delante de la cabaña de Croisset. Billy apuntó a la tienda.

—Ahí está la pequeña —dijo—. Vete a conocerla, Rookie. Yo voy adentro a echar una mirada y ver si todo está bien.

Entró en la cabaña callandito y cerró suavemente la puerta tras de sí. La puerta interior estaba como la había dejado... entornada... Miró dentro del cuarto con

rápidos latidos del corazón. No podía vacilar más. Dio un paso adelante y pronunció el nombre de ella.

—¡Isabel!

La cama se movió y Billy se sorprendió de la rapidez con que Isabel saltó al suelo. Separó la pesada cortina de la ventana y se detuvo de pie en plena luz. Billy vio un momento sus ojos azules llenos de una llama extraña fijos en él. Vivo rubor teñía de rojo sus mejillas y él podía oír la ronca respiración de sus labios entreabiertos. Aún tenía los cabellos sueltos que la cubrían como brillante velo.

—He encontrado una cabaña de trampero, Isabel, y vamos a llevar allí a la niña —prosiguió Billy—. Allí estará segura. Y hemos enviado en busca de una mujer...

El hombre se detuvo lleno de horror. Había visto mejor la locura febril en los ojos de Isabel. Ella dejó caer la cortina y los dos quedaron a oscuras palabras que él oyó murmurar eran más terribles que la locura retratada en los ojos de ella.

—¿No la matarás? —suplicó Isabel—. ¿No matarás a mi hija? ¿No la matarás?...

Y retrocedió vacilando hacia el lecho, repitiendo veces y veces aquellas palabras. Billy no se movió hasta que Isabel estuvo otra vez acostada. La sangre de sus venas parecía haberse helado. Se hincó de rodillas al lado de ella y hundió las manos en la seda de sus cabellos, pero no sintió mucho tiempo el contacto de ellos. Quiso hablar, pero no acudían las palabras a su boca. Y entonces, Isabel lo rechazó de pronto y él pudo ver el brillo de sus ojos en la semioscuridad. Durante un momento pareció que ella luchaba contra el de lirio.

—Tú ayudaste a matarlo —suspiró anhelante. Fue la Ley... y la Ley eres tú. La Ley mata... mata... mata... y jamás lo de clara cuando se equivoca. Él era inocente, pero tú y la Ley lo habéis perseguido hasta su muerte: ¡Sois asesinos! ¡Vosotros lo matasteis! ¡Tú me has matado! Y jamás te castigarán, porque tú eres la Ley... y porque la Ley puede matar... matar...

Echóse atrás gimiendo, y MacVeigh, acurrucado cerca de ella, con los dedos enredados en sus cabellos, sin saber qué decir. Un instante después, ella respiró con más facilidad. Él sintió relajarse el tenso cuerpo de ella. Se levantó y se dirigió vacilando hacia la otra habitación, cerrando la puerta detrás de sí. Aun en su delirio, Isabel había dicho la verdad. Había abierto entre ella y él un abismo sombrío. La Ley había matado a Scottie Deane. Él representaba la Ley. Y para la Ley no había castigo, aun cuando quitara la vida a un inocente.

Salió. MacTabb estaba en la tienda. La obscuridad de la noche iba cerrándose sobre un mundo desolado. Por encima de su cabeza el cielo era bajo y, de pronto, Billy, lanzando un grito, levantó los brazos por encima de su cabeza y maldijo aquella ley, que no podía ser castigada, la ley que había matado a Scottie Deane. Porque él era la Ley, e Isabel le había llamado asesino.

Capítulo XVII

Isabel arrostra el abismo

No era la cara de MacVeigh... del antiguo amigo MacVeigh... la que Rookie MacTabb, expolicía, contempló unos momentos después. Días de enfermedad no habían cargado sobre él una mano tan pesada como minutos pasados en el cuarto oscuro de la cabaña. Tenía la cara blanca y desencajada. Amargas arrugas se cruzaban en las comisuras de los labios y una cosa extraña e inquietante residía en sus ojos. MacTabb no advirtió tal cambio hasta que salió de la tienda a los últimos resplandores del día, con Isa belita en brazos. Entonces miró fijamente a Billy.

—El golpe aquél te ha trastornado —le dijo—. Parece que estás enfermo. Me quedaré aquí contigo esta noche.

—No, no te quedes —repuso Billy procurando ocultar lo que ya sabía que el otro veía—. Llévate a la nena a la cabaña. Una noche durmiendo y mañana estaré más despejado que un gato. Voy a vacunar a la niña antes que te marches.

Entró en la tienda y sacó de la mochila un saquito de caucho, en el cual llevaba algunos medicamentos y un rollo de algodón aséptico. En un frasquito había tubitos de vacuna. Volvió con éstos y con el algodón.

—Sostenla bien —dijo, mientras levantaba la manga de la niña—. Te voy a dar otro tubito, y si éste no prende de aquí a ocho días, repite la operación.

Con la punta del cortaplumas, empezó a hacer una incisión en la piel sonrosada y tierna de Isabelita. El hombre esperaba que llorase. Pero ella no tenía miedo y sus grandes ojos azules seguían sus movimientos con aspecto de asombro. Por fin empezó a dolerle y le temblaron los labios. Pero no gritó y como las lágrimas le velaban los ojos, Billy cerró el cortaplumas, la cogió en brazos y la apretó contra su pecho.

—¡Dios te bendiga, corazoncito mío! —exclamó, hundiendo la cara en los sedosos rizos de la pequeña—. Has sufrido mucho, has estado helada, has tenido hambre y jamás se te ha oído una queja desde el otro día en el promontorio de Fullerton. Dulce corazoncito...

MacTabb le oyó murmurar cosas sin sentido y los bracitos de Isabel se agarraron con fuerza al cuello de Billy. Al cabo de un ratito, éste la devolvió a Rookie, y una

parte de lo que había visto en la cara de Billy había desaparecido.

—Esto ya no dolerá —dijo, frotando la va cuna en el sitio enrojecido del brazo—. Es preciso que no te pongas malita. Y esto es lo que te libraré de que te pongas enferma. Mira...

Y le rodeó el brazo con una venda de algodón, la anudó y le dio a Rookie lo que quedaba. Entonces volvió a coger la niña en brazos, le dio un beso en la cara, calentita, y otro en los suaves rizos y después de envolverla en sus pieles la puso en el trineo.

Rookie estaba enganchando los perros, cuando el otro, como un ladrón, cortó con el cortaplumas un rizo de Isabelita. La niña se echó a reír alegremente cuando vio el rizo en la mano de MacVeigh. Antes de que MacTabb se volviese, ya lo tenía en el bolsillo.

—No quiero volver a verla... pronto —dijo, esforzándose por contener la emoción de su voz—. Es decir... no la veré... para tenerla. Iré de cuando en cuando a mirarla desde el lindero del bosque. Tú la sacarás, Rookie, sin que ella sepa que yo estoy allí. No sabrá lo que esto significa... si yo no voy por ella.

Los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en la oscuridad de la noche y entonces, un gemido de angustia se escapó de sus labios. Porque bien sabía él que Isabelita lo dejaba para siempre. Le vería desde la orilla del bosque, pero jamás volvería a tenerla en brazos y nunca tendría sus tiernos bracitos alrededor de su cuello ni sentiría el suave roce de sus cabellos en la cara. Mucho tiempo antes que la amenaza mortal de la plaga hubiese abandonado la cabaña y a él mismo, ya esta ría él lejos. Porque eso fue lo que Isabel... la madre... había exigido, y él sería fiel a la promesa. Ella no sabría nunca lo sucedido durante los días de delirio. Él no la vería más. Ya sabía cómo se iría.

Cuando llegaron los socorros, se alejaría silenciosamente, una noche, y el inmenso desierto se lo tragaría. Sus planes parecían trazarse por sí solos. Iría a Fort Churchill y declararía contra Bucky Smith. Después dejaría el ser vicio. El plazo de enganche expiraba dentro de un mes y no se reengancharía. «Fue la Ley quien lo mató... y tú eres la Ley. La Ley mata... mata... y jamás repara sus errores, cuando se equivoca». Bajo el cielo oscuro, esas palabras no dejaban de sonar en sus oídos y, por momentos, aumentaba su odio a las cosas de las que había sido parte durante años.

Le parecía oír la voz acusadora de Isabel en los suspiros ahogados del viento de la noche, en las copas de los abetos, y en medio de la calma del mundo que lo envolvía, se sucedían aquellas palabras en su cerebro y parecían dejar detrás de sí un curso de fuego.

«La Ley mata... mata... y nunca repara sus yerros».

Rechinábanle los dientes cuando se volvió hacia la cabaña.

En aquel momento recordaba más de un caso en que la Ley había matado sin remisión. Ello formaba parte del juego de la caza del hombre. Pero Billy jamás había

considerado tal hecho desde el punto de vista de Isabel hasta el instante en que ella le había pintado el cuadro con algunas palabras incoherentes de acusación. El hecho de haber luchado él en favor de Scottie Deane y haberle devuelto la libertad, no excusaba a Billy a sus propios ojos.

Porque, precisamente, por él y por Pelletier, viéronse obligados Deane e Isabel a bus car refugio entre los esquimales. Desde Fullerton lo había vigilado y perseguido, como quien persigue a un animal. Billy se veía tal como Isabel lo había de ver en lo sucesivo... como asesino de su marido. Al volver a la cabaña, estaba contento de haber llegado el día segundo o tercero de la fiebre. Ahora temía la curación de la enferma más que el delirio.

Encendió una lamparita en la cabaña y escuchó un momento junto a la puerta interior. Isabel estaba tranquila. Por primera vez examinó con detenimiento la habitación. Croisset y su mujer la habían dejado llena de víveres. Vio una pierna de venado helada, colgada fuera de la cabaña, y cortó varios trozos de carne. Él no tenía ganas de comer, pero puso la carne en una olla y la metió en el horno a fin de tener caldo para Isabel.

Yendo y viniendo de un lado a otro, empezó a encontrar indicios de la presencia de Isabel en la habitación. Colgado de una clavija de madera en la pared de tablas, vio un chal y él sabía que era de ella. Debajo del chal había un par de zapatos, también de ella. Después observó que la tosca mesa de la cabaña estaba cubierta de multitud de objetos en los cuales no se había fijado hasta aquel momento: agujas, hilos, vestidos, un par de mitones y un lazo de cinta roja que Isabel había llevado al cuello. También le llamaron la atención dos paquetes de cartas antiguas, atados con una cinta azul y un tercer montón que estaba deshecho y esparcido.

Al resplandor de la lámpara vio que la letra de los sobres era en todos de la misma mano. El primer sobre del primer paquete estaba dirigido a *Mrs.* Isabel Deane, Prince Albert, Saskatchewan... El primer sobre del otro paquete a *miss* Isabel Rowland, Montreal, Canadá. Dolíale a Billy el corazón mientras reunía en sus manos las cartas esparcidas y las colocaba con las otras en un estantito que había encima de la mesa. Comprendió que eran cartas de Deane y que Isabel, en medio de la fiebre y la soledad, había estado leyéndolas cuando él le llevó la noticia de la muerte de su marido.

A punto estuvo de retirar los otros objetos de la mesa, cuando al levantar un vestido, descubrió un periódico doblado y desgastado en los pliegues. Era media página de un diario de Montreal, en la que se veía el retrato de Isabel Deane, que parecía que le miraba. Era una cara más joven, casi de niña; pero que para él no era ni la mitad de bella que la cara de la Isabel que había ido a él desde el fondo de la estepa. Temblábanle los dedos y empezó a respirar con más fuerza cuando acercó el periódico a la luz para leer las líneas que había debajo del retrato:

Isabel Rowland, una de las «hijas del norte» de Montreal que ha sacrificado

una fortuna por amor a un joven ingeniero.

A pesar del sentimiento de vergüenza que se insinuaba en él, al permitirse penetrar en el pasado sacratísimo de Isabel y del muerto, los ojos de Billy vieron el sitio de la fecha. El periódico tenía ocho años. Después leyó lo que seguía. En aquellos pocos minutos que las líneas secas y frías de la imprenta le revelaron la historia de Isabel y de Deane, olvidó que estaba en la cabaña y que podía oír res pirar a la joven, cuyo dulce romance de amor acababa ahora en tragedia.

Él la vio con Deane aquel día, años ha, cuando por primera vez puso los ojos en Isabel en el viejo y reducido cementerio de muertos sin nombre y mal cuidado, de Sta. Ana de Beaupré; oyó el tañido de la antigua campana de la iglesia que se encuentra en la falda de la colina desde más de doscientos cincuenta años, y pudo oír la voz de Deane cuando refería a Isabel la historia de aquella campaña que, en otros tiempos, había llamado muchas veces a los colonos al combate contra los indios.

Después, como seguía leyendo, pudo sentir el repentino estremecimiento que corrió por las venas de Deane cuando Isabel le dijo quién era ella y que Fierre Radison, uno de los grandes propietarios del Norte, era su bisabuelo; que él había aportado sus ofrendas a la antigua y reducida iglesia, que había luchado allí y había muerto cerca de aquel lugar y que su cuerpo reposaba en alguna parte entre los muertos desconocidos y sin lápida.

Era una historia muy bella y MacVeigh descubrió entre líneas más de lo que había impreso. Un día había ido a Santa Ana de Beaupré a ver la peregrinación y los milagros y allí brilló delante de él la ladera inundada de sol que domina el ancho San Lorenzo donde Isabel y Deane volvieron a encontrarse y donde ella le dijo a él la parte tan importante que la vieja campana ya res quebrada, la antigua iglesia y el cementerio de los muertos anónimos había tenido en su vida. La sangre le hervía conforme iba leyendo lo que si guió a aquel principio de amor en la ermita de los peregrinos.

Isabel no tenía padre ni madre, decía el periódico. Su tío y tutor era un dueño de forjas de los de vieja cepa... de la sangre de los que había formado parte de la comarca desierta y de la gran Compañía, desde que los primeros «caballeros aventureros» habían llegado allí con el príncipe Ruperto. Vivía solo con Isabel en una casa muy grande, blanca, en la cumbre de la colina, rodeada de paredes de piedra y puntas de hierro, y desde allí consideraba el mundo con el frío desdén de un señor feudal. Hízose enemigo del joven David Deane desde el momento en que oyó hablar de él... en gran parte porque este último era un simple ingeniero de minas que luchaba por labrarse una situación; pero, sobre todo, porque era americano y procedía del otro lado de la frontera. Las tapias de piedra y puntas de hierro fueron una barrera para él. Nunca se le abrieron las pesadas puertas. Entonces vino el rompimiento. Isabel, leal en su amor, se marchó con Deane. Y aquí acababa la historia.

Billy permaneció unos instantes con el periódico en la mano, cuyos caracteres se

borraban delante de sus ojos. Casi podía representarse la antigua casa de Isabel en Montreal. Alzabase junto al camino escarpado y sombrío que subía al Monte Real, y donde él había visto un día una hilera de caballos tirando de carros de carbón en la ruda pendiente.

Recordó que aquella calle le había producido una especie de fascinación, con sus espesas paredes de piedra, sus viejas casas francesas y aquella atmósfera antigua que perduraba del Montreal de cien años atrás. Doce antes había estado él allí por primera vez y había grabado su nombre en la escalera de madera que llega hasta la cumbre de la montaña. Entonces estaba allí Isabel. Quizá fue ella la que él había oído cantar detrás de una de aquellas tapias.

Puso el periódico junto con las cartas y tomó nota del nombre del tío. Si ocurría alguna desgracia, quizá sería su deber enviarle un aviso. Pero después, reflexionando un poco, hizo mil pedazos la tira de papel en que había escrito el nombre. Henri Lecours había roto con su sobrina. Y si ésta moría, ¿por qué él... Billy MacVeigh... le había de decir nada de Isabelita? Desde el terrible castigo que la madre le había infligido a él y a la Ley, la palabra «deber» había empezado a tener para él otro significado.

Durante la hora siguiente, escuchó Billy varias veces en la puerta. Después preparó té y pan tostado y retiró del horno la olla del caldo. Fue al cuarto, dejándolo todo en el suelo, al lado de la lumbre, para que no se enfriara. Oyó moverse a Isabel y cuando él se acercó, la enferma dio un ligero grito.

—¡David!... ¡David!... ¿eres David? —gimió la infeliz—. ¡Oh, David!, ¡qué contenta estoy de que hayas venido!

Billy se inclinó hacia ella. En la obscuridad parecía su cara de color gris ceniciento, porque, como un relámpago de fuego en el cuarto sin luz, la verdad se abrió camino en él. La emoción y la fiebre había cumplido su obra, e Isabel, en su delicia, creía que aquél era su marido. En medio de las sombras del cuarto, Billy advirtió que ella le tenía los brazos.

—¡David! —suspiró la enferma, y en su voz había tal amor y tal contento que MacVeigh se estremeció de espanto hasta lo más hondo de su alma.

Capítulo XVIII

El cumplimiento de una promesa

En el silencio que siguió a las palabras murmuradas por Isabel, se le ocurrió a Billy una manera de resolver la crisis que estaba presenciando. La idea de ceder a su primer impulso y tomar el lugar de Deane durante aquellas horas de fiebre de Isabel, le llenó en el acto de una repulsión que le hizo alejarse del lecho, con los puños tan apretados que las uñas le hirieron las callosas palmas.

—No, no, yo no soy David —empezó a decir, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

Decirle eso, hacerle saber la verdad... que su marido había muerto... podría matarla. La esperanza y la creencia de que él estaba vivo y con ella, podría contribuir a devolverle la salud. Y en menos tiempo del que hubiera empleado en decirlo, se le ofrecieron las cosas como un relámpago. Si Deane estuviese vivo y cerca de ella, su presencia la salvaría. Y si ella creía que él era Deane, la salvaría. Después de todo, ella jamás lo sabría.

Se acordó de que Pelletier había olvidado cosas que le sucedieron en su delirio. A Isabel, cuando despierte curada, a lo sumo le parecerá como un sueño. Unas cuantas palabras de Billy acabarían de convencerla. Y si fuese necesario, le diría que había hablado mucho de David durante su fiebre y que se había imaginado que lo tenía cerca. Ella no sospecharía el papel que él había representado.

Isabel había esperado un momento, pero después volvió a murmurar, como un poco asustada del silencio de él:

—David... David...

Billy se acercó rápidamente a la cama y sus manos encontraron las que se tendían hacia él. Estaban abrasadas y secas y los dedos de Isabel se enlazaron a los suyos casi ferozmente y atrajéronle las manos sobre el pecho. La enferma suspiró como si fuese a descansar mejor, ahora que las manos de él la tocaban.

—He preparado a usted un poco de ali mento —le dijo Billy casi sin atreverse a hablar—. ¿Quiere usted tomar un poco, Isabel? Es preciso que lo tome... y que duerma.

MacVeigh sintió la presión de las manos de Isabel, y ésta le habló con tal calma

que, durante un, el hombre creyó de veras que había recobrado el conocimiento.

—No me gusta la obscuridad, David, por que no puedo verte. Y deseo recogerme el cabello. ¿Quieres traer una luz?

—Cuando estés mejor —murmuró Billy—. La luz te heriría los ojos, Estaré aquí... muy cerquita.

Isabel levantó una mano en las tinieblas y acarició la frente del enfermero. Aquel contacto contenía todo el amor y la dulzura que ella había demostrado al hombre que no existía, y aquella caricia hizo estremecer a Billy hasta el punto de que le pareció que el fondo de su corazón iba a estallar en un sollozo. De repente retiró la mano de la cara y la oyó moverse agitada.

—Mis cabellos... David...

El hombre adelantó una mano que tocaba la suave mata de cabellos, que caía en desorden alrededor de la cara y el cuello, y levantó suavemente a la enferma, para recoger la espesa mata. No se atrevía a hablar, mientras alisaba los rizos y los trenzaba. Isabel dio un suspiro de alivio cuando él acabó.

—Voy a traer el caldo —dijo Billy.

Pasó al otro aposento, donde estaba encendida la lámpara. Al coger la taza de caldo notó que le temblaba la mano. Un poco se le esparció por el suelo y también se le cayó un pedacito de pan tostado. También él pasaba por el crisol del dolor como Isabel Deane.

Volvió al lado de ella y la levantó hasta apoyar la cabeza en el hombro de él, y el calor de sus largos cabellos volvió a cubrir las mejillas y el cuello del hombre. Isabel comió, obediente, media docena de pedacitos de pan tostado mojados en el caldo y bebió unos sorbitos del líquido. Ella había seguido en aquella postura, con la cara vuelta hacia él, y Billy comprendió que se hubiera dormido. Pero él la recostó suavemente en la almohada.

—Ahora, a dormir un poco —le aconsejó cariñosamente.¹— Buenas noches...

—¡David!

—Sí.

—No... me... has dado... un beso.

Aquella voz era una queja infantil y el hombre, reprimiendo un sollozo, se inclinó sobre ella. El brazo de Isabel le rodeó un instante el cuello. Sintió el contacto suave y tembloroso de sus ardientes labios, después retrocedió y estas palabras: «Buenas noches, David», le siguieron hasta la puerta. Entró en el cuarto delantero. Dando un suspiro se tendió en el catre en que Croisset había dormido.

Permaneció una hora sin levantar la cara de las mantas. Pero no había dormido. Durante aquella hora y la media que había precedido en el cuarto de Isabel, habían aparecido arrugas en su cara, que le hacían parecer más viejo. Una vez le dio Isabel un beso y él lo guardó como el más preciado tesoro de su vida. Aquella noche la había dado ella más de un beso, porque había habido amor y no solamente gratitud en el calor de sus labios, en la caricia de sus manos y de sus brazos y en la expresión de

la cara febril de Isabel contra la suya. Pero no le procuraban el placer de aquel otro beso que ella le había dado en la estepa.

Abrumado de dolor, se levantó y se acercó a la puerta. Aun sabiendo que para él no había otra alternativa, se consideraba tan culpable como un ladrón. Aprovechase de la situación le llenaba de repugnancia de sí mismo y rogaba ansiosamente por la hora en que ella recuperase la conciencia, aunque trajera la tristeza y la desesperación que ahora se perdía en el olvido de la fiebre.

En los países del Norte siempre hay por todas partes huellas de *la mort rouge*... la muerte roja... y MacVeigh conocía bien el curso de la enfermedad. Creía que la fiebre había atacado a Isabel tres o cuatro días antes y que aún quedaban otros en que la enferma no tendría conciencia de nada. Después vendría la reacción. La joven despertaría a la realidad de que su marido había muerto y que él, MacVeigh, había estado con ella... solo... todo aquel tiempo.

Escuchó un momento en la puerta. Isabel descansaba tranquilamente, y salió de la cabaña sin hacer ruido. La noche se había pues to más sombría y más densa. Ni una claridad en las tristes tinieblas del cielo que se arqueaba sobre él. El viento se había levantado de Noroeste, un viento suficiente para hacer gemir las copas de los árboles y llenar de ruidos molestos el limitado horizonte que lo envolvía. Iba hacia la tienda donde Isabelita había estado, y en el aire había algo que le oprimía. Lamentaba haber enviado todos los perros con MacTabb. Tal soledad le abrumaba. Era como una mano pegajosa que le ahogaba el corazón apretándole y dándole náuseas. Se volvió y consideró la luz de la cabaña. Allí estaba Isabel y había creído que donde ella estuviese jamás estaría solitario. Pero sabía que se había abierto entre los dos un abismo que una eternidad no podía llenar.

Tembló, porque, al mismo tiempo que el viento de la noche, le pareció advertir la presencia de Scottie Deane. Apretó los puños y hundió la mirada en la profundidad de las tinieblas.

Parecía como si hubiese oído pasar por allí a los «Caballeros salvajes» anhelantes y galopando por las copas de los abetos, enviados a recoger las almas de los muertos. Deane estaba con él, lo mismo que su espíritu había estado la noche que volvía hacia Pelletier después de haber plantado la cruz en la tumba de Scottie. Y durante unos instantes, el sentimiento de aquella obscura presencia le pareció aligerar la carga abrumadora que pesaba sobre su corazón. Sabía que Deane comprendería y su presencia lo confortaba. Fue a mirar lo que había en la tienda, aun que ya sabía que no vería nada.

Después volvió a la cabaña. El recuerdo de la tumba y de la cruz de abedul le llevó a pensar en su deber respecto a la mujer enferma. De su bolsa de caucho sacó un cuaderno y un lápiz.

Durante más de una hora trabajó sin des canso al vacilante resplandor de la lámpara. Sabía que Isabel iría a la tumba de Deane. Podía ser pronto... o muy tarde: pero iría. Y paso a paso trazó en un mapa el camino que conducía desde la cabaña

hasta el lindero de la estepa. Hecho esto escribió, con su gran de y ruda letra, los sentimientos que se desbordaban de su corazón:

Dios guarde a usted siempre. Daría mi vida por devolverle a usted la de él. No quiero que su tumba permanezca ignorada. Volveré a ella... algún día... y plantaré flores azules. Supongo que usted no sabrá jamás lo que yo hubiera querido hacer para devolvérselo y hacerla feliz.

Sabía que no había hecho una promesa que no pudiera cumplir. Volvería a la tumba solitaria en el lindero de la estepa. Había allí algo que lo atraía, algo que no podía comprender y que procedía de su propia desolación. Dobló el papel, lo envolvió en una hoja blanca y escribió en la parte exterior el nombre de Isabel Deane. Después colocó el paquete con las cartas en el anaquel que había encima de la mesa. Sabía que ella lo había de encontrar.

Lo que pasó durante la terrible semana que siguió a aquella noche, solamente Billy MacVeigh lo sabe. Para él fueron siete días de lucha, cuyo recuerdo no se borrará de su memoria en todos los días de su vida. Noches de claro en claro y días de turbio en turbio. Lucha amarga e incesante contra el horrible fantasma que seguía cerniéndose en el aire sobre el aposento interior. Lucha que le de macró los carrillos y le abrió profundas arrugas en la cara. Lucha, durante la cual, la voz de Isabel le hablaba cariñosamente dándole mil excusas durante una hora y amarga mente durante la siguiente. Sentía la caricia de sus manos. Más de una vez lo atrajo ella hacia el dulce temblor de sus labios calenturientos. Y después, en momentos más terribles, le acusaba de haber perseguido, hasta la muerte, al hombre que yacía bajo la cruz de abedul.

Los tres días de tortura se convirtieron en cuatro y el cuarto se prolongó hasta el séptimo. Billy padecía en lo más íntimo de su ser, porque comprendía lo que todo aquello significaba para él. Y el día tercero y el quinto y el séptimo fue hasta la cabaña de MacTabb, y éste salía y le hablaba de lejos con un portavoz de corteza de abedul. El día séptimo aún no había noticias del indio Joé ni de su madre. Y aquel día fue el último en que Billy desempeñó el papel de Deane.

Entró en el cuarto de Isabel con el caldo, pan tostado y una jofaina de agua y, después que la enferma hubo comido, Billy la levantó un poco, le puso detrás unas mantas dobladas para sostenerla y poder peinar y trenzar su espléndida cabellera. Había cierta claridad en el aposento, a pesar de la cortina que estaba enteramente corrida. Fuera brillaba el sol, y su pálido resplandor atravesaba la cortina y alumbraba los suntuosos rizos que el hombre estaba peinando. Cuando acabó, volvió a apoyarle suavemente la cabeza en la almohada.

Ella le miraba de singular manera. Y él, de repente y como si recibiera un golpe

que le dio frío en lo más hondo de su alma, leyó lo que decían aquellos ojos: la curación y la vuelta del conocimiento. Vio reaparecer en ellos el antiguo horror, la antigua pena, el renacimiento de la verdadera personalidad de ella. No esperó a oírla hablar, sino que se volvió, como había hecho cien veces, y salió del aposento.

En el cuarto contiguo estuvo un momento en pie, callado, reconcentrando su valor para la prueba que se acercaba. Había llegado el fin para él. Venció su debilidad y, un instante después, se acercó a la puerta del fondo. Pero no entró como había hecho antes, sino que llamó. Era la primera vez que llamaba, y la voz de Isabel le invitó a entrar. Un dolor agudo atravesó de pronto el corazón de Billy cuando vio que la convaleciente se había colado de manera que él la viera de espaldas.

El hombre se inclinó hacia ella y le dijo con infinita dulzura:

—Ya está usted mejor. Pasó el peligro...

—Sí, estoy mejor... pero... ¿ha terminado esto? —la oyó Billy murmurar.

—Sí.

—¿Y la... nena?

—Está bien.

Hubo un momento de silencio. Después preguntó Isabel, débilmente:

—¿Ha estado usted solo?

—Sí, durante siete días.

La joven volvió entonces los ojos hacia él y Billy, en medio de aquella semioscuridad, pudo ver el brillo de ellos. Le pareció que aquella mirada penetraba hasta los arcanos de su alma y que, en aquel momento, Isabel sabía... Sabía que él había asumido el papel de David y, de pronto, ella volvió la cara con un sollozo extraño... un sollozo de vergüenza. El hombre la sintió temblar. Parecía que respiraba con dificultad y que se esforzaba por permanecer serena. Por último, Billy volvió a oír las palabras terribles:

—¡Tú!... ¡tú!... ¡tú!...

—Sí, sí... lo sé... lo comprendo —replicó.

Y se le rompía el corazón.

—No se inquiete usted por lo venidero —prosiguió el desdichado—. Le prometí que si curaba usted, me iría. Y me voy... Nadie lo sabrá nunca... Me voy.

—¿Y no volverá usted?

La voz de Isabel era serena y fría.

—¡Nunca! —contestó Billy—. Lo juro.

Ella se apartó de él hasta el punto de que MacVeigh ya no pudo distinguir de Isabel más que el brillo de su magnífica cabellera en un rayo de luz. Pero podía oír su respiración jadeante.

Y salió con tal silencio, que ella no pudo darse cuenta del momento en que la dejó sola. Cerró el hombre tras de sí la puerta y aquella vez echó el picaporte. La puerta exterior estaba abierta, y, de pronto, oyó aquello por lo cual tantas veces había prestado oído, esperándolo: el ladrido breve y seco de los perros y la voz de un

hombre.

En tres saltos se vio fuera. El indio Joé había hecho alto con el equipo, a mitad de camino, en el claro del bosque. Una mirada al trineo convenció a Billy de que la madre de Joé no le había dado chasco. Una vieja, pequeña, delgaducha y arrugada, se desprendió de un montón de pieles de oso, mientras él corría hacia ellos. La mujer, con sus ojos oscuros y vivos, le vio acercarse; tenía las manos tan descarnadas que parecían garras. Mas, a pesar de su aspecto poco atractivo. Billy casi la hubiera abrazado a su llegada.

Se llamaba Maballa, según dijo Rookie, y entendía el inglés y lo hablaba mejor que su hijo. Billy le explicó la disposición de la cabaña y cuando terminó, la mujer cogió un paquetito del trineo, cacareó algunas palabras al indio Joé y siguió a Billy sin vacilar un instante.

Que no temía a la peste, añadió para alivio de Billy. En cuanto se quitó el capuchón y su pesada manta entró sin temor en el cuarto interior y un minuto después, Billy la oyó hablar con Isabel.

Para reunir las cosas que le pertenecían y empaquetarlas, empleó Billy unos minutos. Después salió y levantó la tienda. El indio Joé se había marchado ya, y él siguió su rastro. Una hora después, MacTabb, advertido por la llamada de Billy, aparecía en la puerta de su cabaña. Dio vuelta alrededor de ella para ponerse en dirección del viento hasta unos cincuenta pasos de MacVeigh.

Éste le dijo lo que iba a hacer. Ir a Churchill y que confiaba a su guarda a Isabel y a la niña. De Fort Churchill le enviaría una escolta para llevar a la mujer y a Isabelita a la civilización. Necesitaba ropas nuevas... algo que él pudiera ponerse, porque las que llevaba tenía que quemarlas. Insinuó que podría ponerse un traje completo de Joé, si éste tenía de repuesto. Y MacTabb entró en la cabaña para salir pocos instantes después con una brazada de ropa.

—Ahí tienes lo que necesitas, menos camisa y calzoncillos —dijo MacTabb, dejándolo en un montón sobre la nieve—. Esperaré un poco a que te mudes. Vale más quemarlos en seguida. Podría volverse el viento y no quiero recibir las bocanadas de humo.

Y se alejó a respetable distancia mientras Billy recogía las prendas de vestir y entraba en el bosque. Arrancó un montón de corteza de un abedul y conforme se desnudaba iba arrojando en él los vestidos viejos. MacTabb podía oír el crepitar y los chasquidos del fuego, cuando Billy reapareció con un pantalón de piel de gamuza, de segunda clase, del indio Joé, un abrigo de pieles muy ajadas, una gorra de piel de anguila, y mocasines demasiado estrechos para él.

Los dos hombres charlaron durante quince minutos, MacTabb siempre a cincuenta pasos de la zona de peligro.

Después se fue y regresó con los perros y el trineo de Billy.

—Me hubiera gustado darte un apretón de manos, Billy —se excusó—; pero mejor es no hacerlo. Me parece que no debemos sacar... la rapaza, ¿eh?

—No —dijo Billy—. Hasta la vista, Mac. Ya te veré más adelante. Vete a buscarla y sácala al umbral, ¿quieres? Que no sepa que estoy aquí; ya la veré de lejos. La pobrecilla no comprenderá, ¿verdad? Si supiera que estoy aquí y que no he ido a verla...

Se escondió entre los árboles mientras Mac Tabb entraba en la cabaña. Poco después reaparecía este último con Isabelita en brazos. Billy retuvo un sollozo.

La niña volvió la cara hacia él un instante y el hombre pudo ver que ella señalaba con el dedo índice la dirección que Rookie le había indicado. En el momento siguiente, el sol iluminó la cabellera de la pequeña con una llama de oro, como Billy la había visto la primera vez, aquel día memorable en Fullerton. Quiso decirle una palabra... una por lo menos... pero de su boca solamente salió el sollozo que se había esforzado por rechazar.

Billy volvió la cara hacia el bosque. Y esta vez sabía que se iba para siempre.

Capítulo XIX

Una peregrinación a la estepa

La cuarta tarde después de haber dejado la cabaña atacada por la peste, acampó Billy a orillas del río Lame Otter, a ciento ochenta millas de Fort Churchill en la bahía de Hudson.

Acababa de cenar y estaba fumando una pipa.

La noche, maravillosamente clara; cielo cuajado de estrellas; luna llena. Billy había mirado a la luna varias veces. Era la luna llamada por los indios luna sangrienta, roja como sangre, con el borde recortado y como rezumando. Según la superstición india, aquello significaba desgracia para los que no la tenían detrás de sí. Durante siete noches se guidas había descrito un surco de color púrpura en el cielo aquel terrible año de epidemia en el que pereció la cuarta parte de la población forestal. Desde entonces se le dio el nombre de Luna de la peste.

Billy había visto aquella luna solamente dos veces en su vida. No era supersticioso, pero aquella noche estaba lleno de rara sensación de malestar. Se puso a reír nerviosamente mientras contemplaba las llamas chispeantes del abedul y se preguntó qué nueva desgracia podía sucederle. Y después, algo dulce pareció venir, lentamente, lentamente, desde el fondo de la maravillosa noche, como una mano apaciguadora, para tranquilizar su corazón, destrozado de dolor. Por fin... estaba otra vez en su dominio. Porque las soledades barridas por los vientos y los bosques habían sido su mansión y varias veces se había dicho que le sería imposible la vida lejos de ellos. Aquella noche le sugería tal pensamiento con más intensidad que nunca.

Él era parte de ellos y ellos parte de él. Y cuando levantaba los ojos hacia la luna roja, ya no le causaba inquietud el verla, sino un sentimiento de singular alegría. Durante una hora estuvo sentado, meditando, y el fuego se apagó. A su alrededor, la vibración y el murmullo de la soledad le estrechaba más y más. Era su mundo y respiró más hondo y escuchó. Solo y con el corazón herido, sintió que la vida, la simpatía y el amor de la Naturaleza se insinuaban en él, se entristecían con su tristeza, le daban calor con la esperanza, le aseguraban de nuevo la amistad de los árboles, de las montañas y de toda la inmensidad desierta que le rodeaba. En aquella extraña ilusión que nace del aislamiento en el extremo Norte, había dado cien veces vida y

forma a las sombras estrelladas que le en volvían, las de los altos abetos, de los arbustos retorcidos, de las rocas y aún de las montañas.

Y ahora no era aquello ya un juego. Con forme iban transcurriendo las horas, aquella noche y cada día y cada noche siguiente, se hacían más reales para MacVeigh, y las fogatas que encendía en la oscuridad infinita le representaban escenas como no lo habían hecho hasta entonces. Árboles, rocas y arbustos achaparrados le reconfortaban más y más en la soledad y le daban la ilusión de la vida con el movimiento del vaivén de sus sombras. Por todas partes encontraba los mismos viejos amigos, fieles, inmutables. La sombra de los abetos y pinos que aquella noche le hacía señas a su manera silenciosa, era la misma que le hacía señas la noche anterior y centenares de noches antes; las estrellas eran las mismas, los vientos que susurraban en las copas de los árboles eran los mismos, todo estaba como había estado la víspera y años atrás. Sabía que en aquellas cosas... y solamente en aquellas cosas... poseería siempre a Isabel. Ella volvería a la civilización, y las escenas cambiantes de la vida allí, le harían olvidarse de él... o poco menos.

Pero en el mundo de él no había cambio. Dentro de diez años podría recorrer su antiguo camino y encontrar aún despojos calcinados de las hogueras de campamento, encendidas para ella aquella noche cerca de la estepa. El desierto guardaría memoria de ella tanto tiempo como él formara parte de tal desierto, y ahora que se acercaba a Churchill, sabía que la formaría siempre.

Tres semanas después de haber dejado la cabaña de Croisset, llegó a Fort Churchill. Un mes lo había cambiado de tal modo, que el factor no lo conoció al principio. El inspector de servicio le miró dos veces y exclamó:

—¡Dios santo! ¿Es usted, MacVeigh?

Solamente a Pelletier, que estaba esperándolo, le contó lo que había ocurrido junto al Little Reaver.

Varias cartas habían llegado a Churchill para él, y una de ellas le informaba de que una mina de plata en la que tenía intereses, había prosperado, y que sus acciones, al venderlas, le darían más de diez mil dólares.

Esta fortuna inesperada le sirvió como excusa, cerca del inspector, cuando se negó a reengancharse. Una semana después de su regreso a Churchill, era Bucky Smith deshonorosamente expulsado del servicio.

Había varias personas al lado de ellos cuando Bucky, con la sonrisa en los labios, se acercó a Billy y se ofreció a estrecharle la mano.

—No te guardo rencor, Billy —declaró en alta voz, para que todos lo oyesen—. Pero has cometido un grave error.

Después, en palabras que sólo oyeron los oídos de Billy, añadió: «Acuérdate de lo que te prometí. ¡Te mataré por lo que hiciste, aunque tenga que perseguirte hasta el extremo del mundo!».

Unos días después partió Pelletier aprovechando las últimas nieves, procurando llegar a Nelson House antes de que acabaran los transportes en trineo.

—Deseaba que me acompañase usted, Billy —le suplicó por centésima vez—. Mi novia se hubiera alegrado mucho de verle...

Pero Billy no se dejó conmovido.

—Ya iré a verte algún día... cuando ten gas un rorro¹ —le prometió, esforzándose por reír, mientras apretaba por última vez la mano de su antiguo compañero.

Billy permaneció en el puesto tres días más después de la marcha de Pelletier. En la mañana del cuarto, mochila al hombro y sin perros, se puso en camino hacia el Noroeste.

—Creo que voy a pasar el invierno próximo en Fond du Lac —dijo al inspector—. Si hay cartas para mí, envíemelas allí, si encuentra ocasión; y si entonces no estoy en Fond du Lac, las devolverán a Fort Churchill.

Dijo Fond du Lac porque la sepultura de Deane estaba entre Churchill y el antiguo puesto de la Hudson Bay Company, hacia la región de Athabasca. Las estepas era lo único que le atraía... las únicas cosas a las cuales se atrevía a responder. Cumpliría la promesa hecha a Isabel y visitaría la tumba de Scottie. Por lo menos se esforzaba en pensar que cumplía una promesa. Pero en el fondo de sí mismo había un sentimiento íntimo que no sabía explicarlo.

Era como si, a veces, le acompañara un espíritu yendo a su lado y que rondaba alrededor de las hogueras de campamento por la noche, y cuando se dejaba llevar de su buen humor, sentía que era debido a la presencia de Deane. Creía en la amistad grande; pero nunca había creído en el amor de un hombre a otro hombre. Nunca había pensado que pudiera existir tal sentimiento, exceptuando, quizá, de padre a hijo. Para él, en los palacios ideales que había construido y en todas las visiones que había soñado, el alfa y omega del amor se limitaba a la mujer. Por primera vez comprendía lo que quería decir amar a un hombre... la memoria de un hombre.

Algo le retuvo de confiar el secreto de su misión en Churchill, ni aun a Pelletier. La tarde anterior a su marcha había escondido un hacha en el lindero del bosque y el segundo día hizo uso de ella. Fue a un abedul grande y derecho, de diez pulgadas de diámetro, y dispuso su tienda a cincuenta pasos de él. Aquella noche, antes de envolverse en las mantas, echó al suelo el árbol. A la mañana siguiente le encuadró el pie y, antes de la caída de la tarde había cortado un tablón de dos pulgadas de grueso, un pie de ancho y tres de largo. Cuando reanudó la marcha al otro día hacia el Noroeste, dejó abandonada el hacha.

La cuarta noche trabajó con su cuchillo de caza y el hacha de cinto, adelgazando la tabla hacia la base, igualándola y alisándola. Las noches quinta y sexta las pasó enrojeciendo al fuego la punta de una varilla de hierro y grabando en la madera por este medio las tres primeras letras del epitafio de Deane. Un momento vaciló si pondría el nombre de Scottie o el de David. Se decidió por David.

Viajaba sin darse prisa, porque para él la primavera era la estación más bella de aquellas soledades. Las nieves fundidas cantaban por las laderas y se precipitaban a los valles. Las copas de los álamos se hinchaban dispuestas a estallar y las parras

estaban rojas como sangre en la gloria de su nueva vida.

Diecisiete días después de haber salido de Churchill, llegó al borde de la inmensa estepa. Durante dos días se inclinó hacia Oeste, y a la mañana del tercero, muy tempranito, recorrió con la mirada la extensión gris, moteada de *caribús*, corriendo la extensión que Pelletier, Isabelita y él habían recorrido cuando iban huyendo de los esquimales. Primero fue a la cabaña y entró. Era evidente que no había estado nadie desde que él la dejó. En la cama en que Dañe había muerto encontró un mitón de Isabelita. Se había preguntado ya dónde lo habría perdido y le había hecho otros de piel de lince cuando iban a la cabaña de Croisset.

La camita que él había dispuesto en el suelo para la niña estaba aún como ella la había dejado, y en el extremo de la manta que había servido de almohada, se veía aún la huella de su cabecita. En la pared colgaban unos pantalones que Deane había llevado. Billy consideró aquellos objetos, inmóvil y silencioso, con la mochila a sus pies. Había en la cabaña algo sofocante y angustioso, y luchaba por vencerlo, silbando. Sus labios parecían inertes. Por fin salió y se dirigió hacia la tumba.

Los *raposos* habían pasado por allí y habían cavado un poco alrededor de la cruz. Fuera de eso, nada había cambiado. Durante la mañana echó Billy a tierra un árbol más grueso, hundió un extremo a tres pies de profundidad en el suelo medio helado, junto a la cabeza de la sepultura. Después, con largas puntas que había llevado, clavó la tabla. Pensaba que nadie sabría jamás lo que significaban las palabras del epitafio; nadie sino él y el espíritu de Scottie Deane. Con la punta de la barrita enrojecida al fuego, había grabado en la madera.

DAVID DEANE

Murió el 27 de febrero de 1908.

*Amado por Isabel y por el
que quisiera tomar su lugar
y devolverle a ELLA*

W. M. 15 de abril de 1908.

No se detuvo cuando llegó la hora de comer; sino que de una cresta situada a unos cientos de yardas de allí, trajo piedras y construyó un montículo de cuatro pies de alto, alrededor del nuevo tronco, a fin de que ni hura canes ni animales salvajes pudiesen tirarlo. Después se puso a buscar en los sitios más abrigados y mejor soleados del bosque en donde las sumidades verdosas de la vida vegetal empezaban a levantarse. Encontró flor de nieve, *cariofíleas* rojas, parra púrpura, desenterró raíz por raíz y, por fin, mirando entre dos rocas, descubrió el tallo esbelto de una flor azul. Plantó la parra trepadora alrededor del túmulo y la flor azul en la cabecera de la tumba.

Muy adelantada estaba ya la tarde cuando regresó a la cabaña y otra vez se sintió

abrumado por la horrorosa soledad que en ella se advertía. No había pensado que tal cosa pudiera ocurrirle. El espíritu de Deane y su oculta presencia le habían parecido más cerca de él al lado de las hogueras de campamento y en los bosques. Billy asó carne en el horno, pero la fogata le parecía rara y anormal en aquel aposento desierto.

Aun el aire que respiraba era pesado y lleno de mortal opresión y de esperanzas perdidas. Apenas podía tragar el alimento que acababa de preparar, aunque no había comido desde la mañana. Cuando acabó, sacó el reloj. Señalaba las cuatro. El sol septentrional se había desvanecido detrás de bosques lejanos, seguido por la luz desfalleciente del rápido crepúsculo. Billy estuvo un rato sin moverse fuera de la cabaña. Detrás de él, un búho lanzó su solitario y lúgubre grito. Por en cima de su cabeza gorjeó un pajarillo. Era la hora del fin del día y del principio de la noche, hora en que el desierto detiene su aliento y se extiende la calma.

Billy cruzó los brazos y esperó. Desde el silencio y las tinieblas, que aumentaban, algo le llamaba lejos de la cabaña, lejos de la tumba y de la gris inmensidad de la estepa. Volvió a entrar y empaquetó sus cosas. Cogió el mitón para conservarlo con los otros te soros, salió después y cerró la puerta. Pasó cerca de la sepultura y, por última vez miró al lugar en que Deane yacía muerto.

—¡Adiós, amigo! —murmuró—. Hasta la vista.

El búho gritó más fuerte mientras Billy se volvía hacia Oeste. Aquel grito le hizo temblar y apresuró el paso por el desierto sin límites que extendía centenares de millas entre el puerto de Fond du Lac y él.

Capítulo XX

La carta

Días, semanas y meses de un aislamiento que Billy nunca había conocido, siguieron a aquella peregrinación a la tumba de Deane. Era más que aislamiento. Había conocido el aislamiento, la tristeza y la necesidad de estar solo en medio del caos negro y silencioso de la noche polar; casi se había vuelto loco y había visto a Pelletier morir por un rayo de sol y el sonido de una voz.

Pero esta vez era diferente. Era algo que mordía a mayor profundidad de día en día y de noche en noche, en su alma. Había creído que el pensamiento de Isabel y su recuerdo lo hubieran hecho más feliz, aunque no volviera a verla. Pero se había equivocado. La soledad no conduce al olvido y la voz de la joven le parecía cada día más cercana y más real y formaba, con más insistencia, parte de sus pensamientos. No pasaba una hora del día sin que se preguntara dónde estaría Isabel.

Suponía que ella y la niña habían vuelto a la antigua casa de Montreal, donde seguramente encontrarían amigos que velaran por ellas. No obstante, temía que hubiese permanecido en la soledad, que su amor a Deane la hubiera retenido y que habría encontrado algún empleo de mujer en un puesto entre las regiones altas y la estepa.

A veces se apoderaba de él un deseo irresistible de volver a la cabaña de MacTabb y saber hacia dónde había ido ella. Pero luchaba contra tal deseo como hombre que lucha contra la muerte. Sabía que cediendo a la tentación de acercarse a ella, perdería todo lo que había ganado en su lucha interior durante los días de epidemia en la cabaña de Croisset.

Por eso sus pies lo llevaban sin descanso hacia Oeste, cuando invisibles manos lo retenían por detrás. No fue directamente a Fond du Lac; sino que pasó casi tres semanas con un trampero, al que había encontrado cerca del río Pipestone. Era junio cuando llegó a Fond du Lac, y allí estuvo dos meses. Había pensado, pero a medias, pasar allí el invierno; pero el factor del puesto se mostró poco complaciente. Además, a Billy no le gustaba el país. Así, pues, a primeros de julio se hundió más hacia el Oeste, en la región de Athabasca; siguió la orilla norte del lago grande, y dos meses después llegó a Fort Chipewyan, cerca de la desembocadura del río Slave.

Llegó a Chipewyan en momento propicio. Un geólogo del gobierno y una misión de geógrafos se disponían en aquel instante a marchar a la tierra incógnita, situada entre el Great Slave y el Great Bear, y los tres hombres que habían llegado de Ottawa invitaron con insistencia a Billy que los acompañara. Aprovechó la ocasión y permaneció con ellos hasta que la misión regresó al río MacKenzie por el camino de Fort Providence, cinco meses después. Estuvo en este último punto casi hasta fines de la primavera y después bajó de Fort Wrigley, donde tenía varios amigos en el servicio.

Quince meses de correrías habían producido efecto en él. Ya no podía resistir el atractivo del *Wanderlust*^[5] que lo llevaba de un punto a otro, y por momentos crecía el deseo de volver a la antigua comarca en las orillas de la bahía grande, hacia el Este.

Había pensado unirse a los constructores de vías férreas del nuevo transcontinental en las montañas de Colombia Británica, pero en agosto, en lugar de encontrarse en Edmonto o en Tete Jaune Cache, estaba en Príncipe Alberto, a trescientas cincuenta millas al Este.

De aquel sitio se dirigió hacia el Norte, en compañía de una caravana que iba a la comarca del lago La Rouge; en octubre, se inclinó hacia Oeste, solo, por los canales de Sissipuk y Burntword, hasta Nelson House. Después de una semana de descanso continuó hacia el Norte, y el 18 de diciembre, la primera de las grandes borrascas del invierno de 1909 a 1910, uno de los más trágicos en la historia de los pueblos septentrionales, le sorprendió a treinta millas de la Factoría de York. Cinco días le costó llegar al puesto, donde estuvo retenido varias semanas.

Fueron las primeras de aquellas terribles semanas de hambre y frío intenso, durante las cuales perecieron más de mil quinientas personas en la región del Norte. Desde las tierras desiertas hasta el pie de las vertientes del Sur, el suelo estaba cubierto de cuatro o cinco pies de nieve y, desde mediados de diciembre a fines de enero, la temperatura no bajó de veinte grados bajo cero y la mayor parte del tiempo permaneció entre veinticinco y treinta.

De todos los puntos de la soledad, llegaban noticias de hambre y muerte al puesto de la Compañía. No se podían relevar las líneas de trampas a causa del frío. Antas, *caribús* y aun los animales de pieles, yacían enterrados bajo la nieve. Indios y mestizos se acercaban a los puestos. Billy, en la factoría de York, vio, por dos veces, madres llevando en brazos a sus hijos muertos. Un día llegó un trampero blanco, con los perros y el trineo, y, en éste, envuelta en una piel de oso, iba su mujer, que había muerto a la distancia de cincuenta millas, en los bosques.

Durante aquellas terribles semanas le fue imposible a Billy dejar de pensar en Isabel y en la nena. Y le horrorizaba la idea de que pudieran estar en la soledad, padeciendo como padecían todos. Tan obsesionado estaba con tal pensamiento, que una noche tuvo un ensueño horrible: la cara de Isabelita se le apareció con una máscara semejante a la de la muerte, pálida y fría y adelgazada por las privaciones.

Aquella visión le decidió. Iría a Fort Churchill y, si no estaba allí MacTabb,

volvería a la cabaña próxima al Little Beaver y sabría lo que hubiese ocurrido a Isabel y a la niña. Unos días después, hacia el 27 de enero, se elevó bruscamente la temperatura, y Billy se dispuso a aprovechar aquel cambio. Un mes tizo le acompañó en su viaje a Churchill y partieron a la mañana siguiente. El 20 de febrero llegaron al Fort.

Billy fue inmediatamente al cuarto del destacamento. En dos años había habido varios cambios y no quedaba más que uno del antiguo cuerpo, que le diera un apretón de manos. Su primera pregunta fue referente a Mac Tabb e Isabel Deane. Ni el uno ni la otra se encontraban en Churchill ni habían estado allí desde la llegada del nuevo oficial de servicio.

Pero había correspondencia para Billy... tres cartas. Había habido media docena más, pero las habían hecho seguir a antiguas direcciones en ciertos sitios del desierto. Las tres de ahora habían sido devueltas última mente de Fond du Lac. Una era de Pelletier, la cuarta que le escribía, decía, sin tener con testación. El rorro había llegado: una niña. Le preguntaba si Billy había muerto. La otra carta era de su socio de Cobalt.

La tercera la volvió y revolvió varias veces antes de abrirla. Casi no parecía una carta. Estaba destrozada, rota en los ángulos y tan sucia y manchada de agua que apenas se podía leer la dirección. Había ido a Fond du Lac y de allí, a Fort Chipewyan. La abrió y vio que lo de dentro era tan difícil de leer como lo del sobre. Las últimas palabras estaban muy claras y dio un grito ahogado al conocer que la carta era de Rookie MacTabb.

Billy se acercó a una ventana y se esforzó por descifrar lo que MacTabb le había escrito. En los sitios en que el agua no había borrado las letras, podía leer alguna línea o algunas palabras. Casi todo había desaparecido, menos el último párrafo, y cuando Billy llegó a él y leyó las primeras palabras, creyó que se moría y ya no podía ver. Palabra por palabra fue descifrando lo que quedaba y, cuando acabó, volvió la cara petrificada hacia el blanco torbellino del huracán que rugía furioso al otro lado de la ventana. Tenía los labios secos, como si hubiese pasado una fiebre.

Una parte de este último párrafo era ilegible. Pero aún quedaba bastante para hacerle saber lo que había sucedido en la cabaña cerca del Little Beaver.

MacTabb había escrito:

Pensábamos que ella había curado... Tuvo una recaída... Se hizo cuanto se pudo; pero no mejoró... murió justamente cinco semanas, día, por día, después de tu marcha. La enterramos detrás de la cabaña... Dios... la pequeña. No puedes imaginarte lo que llegué a quererla, Billy... olvídala...

Había otra docena de líneas, pero todas borradas por el agua e ilegibles.

Billy arrugó la carta entre las manos, y el nuevo inspector se preguntó qué malas noticias había recibido aquel hombre mientras salía al caos de la tempestad, que

cegaba la vista.

Capítulo XXI

La chispa de la vida

Durante diez minutos se hundió Billy ciegamente en la borrasca. Apenas sabía la dirección que seguía; pero, al fin, se encontró bajo la protección del bosque repitiendo sin cesar el nombre de Isabel.

—¡Muerta!... ¡muerta!... —gemía—. ¡Isabel ha muerto!...

Y al instante cayó sobre él, rechazando su primera tristeza, el pensamiento de Isabelita. Aún estaba con MacTabb, en el Little Beaver. En medio de la niebla helada de la tempestad, volvió a leer lo que podía descifrar de la carta de Rookie. Unas palabras del último párrafo le llenaron de mortal espanto.

Dios... la pequeña. No puedes imaginarte lo que llegué a quererla, Billy... olvídala...

¿Qué significa esto? ¿Qué le decía MacTabb en esta parte de la carta que estaba borrada?

La reacción se produjo mientras volvía la carta al bolsillo. Volvió rápidamente atrás hasta el despacho del inspector.

—Voy a bajar al Little Beaver, y me voy a poner en camino hoy mismo —le dijo—. ¿Hay en Churchill alguno que pueda acompañarme?

Dos horas después se puso Billy en marcha, acompañado de un indio. No fue posible obtener perros ni con promesas ni por dinero, y se fueron con raquetas de nieve y provisiones de boca para dos semanas, dirigiéndose a Sudoeste. Cada hora que transcurría aumentaba la loca impaciencia de Billy por llegar a la cabaña de MacTabb.

La mañana del segundo día empezó una terrible borrasca como las que barrieron toda la región septentrional durante el invierno de hambre y de muerte. Billy, a pesar de los consejos del indio diciendo que estableciera un campamento fijo para esperar a que se elevara la temperatura, insistió en continuar la marcha. La quinta noche, en la región salvaje e inculta al Oeste de Etawney, el indio dejó de alimentar el fuego, y cuando Billy observó a su compañero, vio que estaba medio muerto de extraña

enfermedad.

Dispuso el abrigo de bálsamo del indio de manera que pudiese resistir la prueba de la nieve y del viento, cortó leña y esperó. La temperatura seguía bajando y el frío se hizo intensísimo. Las provisiones disminuían de día en día y, al fin, llegó la hora en que Billy vio que iba a encontrarse cara a cara con el gran peligro. Cada vez se alejaba más y más del campamento en busca de caza, pero los pájaros de las matas y los pinzones de las nieves habían desaparecido.

Una vez se le ocurrió que podría llevarse el resto de las provisiones, y aprovechar la ínfima probabilidad que aún tenía de salvarse. Pero no puso en ejecución esta idea. El duodécimo día murió el indio. ¡Día terrible! Aún había comida para otras veinticuatro horas.

Billy la empaquetó junto con sus mantas y algunos objetos de hojalata. Pensó si el indio habría muerto de enfermedad contagiosa. Sea como fuese, quiso advertir a los caminantes que pasaran por allí, y encima del abrigo de bálsamo de su compañero plantó un arbustillo, en cuya copa ató una cinta roja de algodón, señal de la peste en el Norte.

Hecho esto se fue por entre la nieve espesa y las ráfagas silbantes, sabiendo que no tenía delante más que una probabilidad por mil: volver la espalda al viento.

Por la noche de aquel primer día de lucha dispuso Billy su campamento en un rincón de un bosque compuesto de árboles que no eran mucho más que arbustos. Había notado que árboles, arbustos, matorrales y zarzas que había visto desde las doce del día, estaban desnudos y muertos por el lado que mira al Norte. A la mañana siguiente hizo cocer sus últimas provisiones y continuó la marcha. El bosque bajo se cambió en maleza y la maleza misma en vastas extensiones de nieve barridas sin descanso por la tempestad.

Todo el día estuvo en acecho de caza, de un batir de alas que denunciara la vida de aves; mascó corteza de árbol y, a mediodía, un bocado de cebo de *raposo* que le hinchó la garganta hasta el punto de que apenas podía respirar. Por la noche hizo té, pero no tenía nada que llevarse a la boca. Su hambre era aguda y dolorosa. Al día siguiente... el ter cero... fue verdadera tortura, porque el progreso del hambre es rápido en los países donde aun las personas de buena salud necesitan cuatro o cinco comidas al día.

Acampó; hizo una hoguera pequeña de maleza y se durmió. A la mañana siguiente casi no podía despertarse, y cuando, vacilante, se puso en pie, aún sintió el punzante aguijón del vendaval en la cara y oyó la silbante lamentación de las ráfagas por encima de la estepa y comprendió que, al fin, le había llegado la hora de comparecer ante el Todo poderoso.

Por extraña razón, no le asustaba su situación. Vio que aun en los sitios lisos apenas podía mover las raquetas; pero esto había dejado de alarmarle como lo había alarmado al principio. Siguió avanzando hora tras hora, cada instante más débil. Dentro de sí había aún vida, la cual razonaba que si la muerte había de venir, no

podía venir por mejor ca mino. Por lo menos prometía ser sin padecimiento... casi agradable. El dolor agudo y lancinante del hambre, semejante a cuchillas eléctricas que le traspasaban, se había acabado y tampoco experimentaba ya la sensación de frío extremo. Tenía la impresión de que podría tumbarse en la nieve amontonada y dormirse apaciblemente.

Sabía lo que aquello sería... un sueño sin fin... con los *raposos* polares para roerle después los huesos; por eso resistía a la tentación y se obligaba a seguir caminando. La tempestad seguía precipitándose desde la bahía de Hudson hacia Oeste, lanzando sus eternas descargas de nieve, redonda y dura como perdigones, nieve que al principio parecía penetrar en su carne y que rechinaba bajo sus pies, como si tratara de hacerle caer, y se acumulaba en montones y aun montañas en su camino. ¡Si pudiera encontrar siquiera un bosque... un abrigo! Hacia esto dirigía ahora sus energías.

Cuando miró el reloj la última vez, eran las nueve de la mañana. Ahora estaba ya la tarde muy avanzada. Muy bien podía ser de noche. Hacía tiempo que el vendaval lo había cegado. No veía a más de doce pasos delante de sí. Pero la chispa de vida que le quedaba seguía resistiendo valerosamente. Era una chispa de vida heroica, una chispa que luchaba y dura para apagarse. Ella le decía que cuando llegara a un abrigo podría por lo menos sentirlo y que había que luchar hasta el fin. La mochila al hombro no tenía significación ni peso para él. Podía haber recorrido una milla o diez por hora. Nada importaba la cuestión de velocidad, puesto que no habría cambiado su presente condición.

Muchos se habrían tendido en la nieve y habrían muerto en paz, mecidos por los agradables ensueños que, como una especie de recompensa, acuden a los infortunados que mueren de hambre y de frío. Pero la chispa que luchaba ordenó a Billy que muriese de pie, si había de morir. Aquella chispa fue la que, al fin, lo condujo a un simulacro de bosque bastante espeso para ofrecerle un refugio contra la nieve y el viento, y la chispa ardió entonces con más fuerza. Su llama subió más alta y le dio al hombre nueva vida.

Entonces empezó a comprender que debía ser de noche, porque un resplandor brillaba delante de sí y todo lo demás estaba obscuro. Su primera idea fue que aquello sería una hoguera de un campamento a millas y millas de distancia. Después se acercó tanto aquel resplandor, que supo que era una luz en la ventana de una cabaña. Arrastróse hacia aquel lado y cuando llegó a la puerta, quiso llamar; pero ningún sonido salió de sus labios entumecidos. Pasó casi una hora antes de poder desprender los pies de las raquetas. Después tanteó en busca del pestillo, empujó la puerta y entró en la cabaña.

Lo que vio era como un cuadro revelado bruscamente a la luz de un relámpago. En la cabaña había cuatro hombres. Dos sentados ante una mesa directamente enfrente de él. Uno de ellos tenía un cubilete levantado y había vuelto hacia él una cara ruda y bar buda. El otro era un jovencito y, en aquel momento, se asombró Billy

del raro caso de que el joven tenía en la mano una lata de conservas. Otro hombre le miraba atentamente desde el sitio en que contemplaba el juego de los otros dos.

Cuando Billy entró, el hombre retiraba de sus labios una botella medio llena. El cuarto hombre estaba sentado en el borde de una cama de campamento, con una cara tan pálida y adelgazada, que a no ser por la mirada sombría de sus propios ojos hundidos, se hubiera creído que era un cadáver. Billy aspiró el olor de *whisky* olfateó comida. No vio signo alguno de bienvenida en aquellas caras vueltas hacia él. No obstante, adelantó, murmurando palabras incoherentes. Y entonces la chispa... aquella chispa luchadora de vitalidad que aún permanecía en él... se apagó, y el hombre cayó al suelo. Oyó una voz que, al parecer, llegaba a él de gran distancia, y que decía:

—¿Qué diablos es esto?

Y al cabo de un rato, que a él le pareció muy largo, oyó que la misma voz decía:

—¡Tiradlo a la nieve!

Después perdió el conocimiento. Pero en aquel último instante, entre luz y tinieblas, experimentó extraño temblor que le infundió el deseo de ponerse en pie, porque le parecía haber reconocido la voz brutal que había dicho: «¡Tiradlo a la nieve!».

Capítulo XXII

Hambre

Mucho tiempo antes de recuperar los sentidos, ya supo Billy que no estaba tendido en la nieve y que una bebida caliente penetraba en su garganta. Cuando abrió los ojos ya no había luz en la cabaña. Era de día. Se sentía bien, pero había algo en la choza que lo sacó de su reposo: el olor de tocino frito. Aquello le despertó el hambre. Cuando se levantó brillaba en su cara la alegría de vivir y de pensar. Otra cara, una cara barbuda y de ojos ensangrentados, una cara casi brutal en su salvaje interrogación, se inclinó hacia él.

—¿Y los comestibles, amigo?

La pregunta hizo en Billy el efecto de una puñalada y ni siquiera oyó el sonido de su propia voz, cuando contestó:

—No tengo.

La voz del barbudo fue como un rugido, cuando gritó a los otros:

—¡No trae provisiones de boca!

En aquel momento reprimió Billy un grito que asomó a sus labios. Había reconocido la voz y al hombre también. ¡Era Bucky Smith! Billy se levantó a medias y volvió a caer de espalda. Bucky no lo había reconocido. Su propia barba, sus cabellos hirsutos y su cara demacrada le habían impedido reconocerlo.

—Ya partiremos, Bucky —murmuró una voz débil, la del hombre de rostro pálido y flaco que la noche pasada estaba sentado en el borde de la cama.

—¡Al diablo con las particiones! —gruñó el otro—. Tú tienes la culpa y Sweedy también. ¡Sí, vosotros tenéis la culpa!

Estas palabras llenaron de horror los oídos de Billy. El hambre dominaba en la cabaña. ¡Había caído entre bestias, no entre hombres! Vio que el sujeto de cara pálida volvía a sentarse en el borde del camastro. Sin decir una palabra, miró a los otros para ver cuál era Sweedy. Era el joven que tenía la lata de judías. Era el que estaba friendo tocino en el horno.

—Pues partiremos Enrique y yo —dijo—, ya se lo dije la noche pasada. —Y miró a Billy.

—Me alegro de que esté usted mejor —le felicitó—. Ya ve usted, ha caído en

mala hora entre nosotros. Estamos acosados por el hambre. Teníamos dos indios que salieron de caza hace una semana y no han vuelto. Han muer to o se han escapado y nosotros no valemos más que moribundos... si el huracán no se apacigua pronto... Comerá usted algo de lo que comamos Enrique y yo.

Era una invitación fría, sin entusiasmo ni simpatía, y Billy comprendía que aquel hombre deseaba que hubiese muerto antes de llegar a la cabaña. Pero era humano; por lo menos no había unido su voz a la del otro que había querido tirarlo al campo, y se esforzó por demostrarle su agradecimiento y, sobre todo, por ocultarle el hambre que tenía.

Vio que había tres delgadas lonjas de tocino friéndose en la sartén y comprendió que ante semejante miseria sería inoportuno dar muestras de la gazuza que estaba consumiéndolo. Bucky lo miraba bien de frente cuando él se puso en pie, y entonces acabó de convencerse de que el hombre a quien había hecho expulsar del servicio, no lo había conocido. Se acercó a Sweedy.

—Me ha salvado usted la vida —le dijo, tendiéndole la mano—. ¿Quiere usted darme un apretón?

Sweedy se lo dio, pero muy flojo.

—Es cosa del infierno —dijo éste en voz baja—. Tendríamos judías hasta mañana, si anoche no hubiera jugado a los dados con él. —Y haciendo un movimiento con la cabeza designó a Bucky, que se disponía a abrir la lata de judías—. Pero jugué y me las ganó.

—¡Dios mío!... —empezó a decir Billy.

Pero no acabó. Sweedy dio vuelta al tocino en la sartén, y añadió:

—Ayer me ganó un pedazo de carne... un cuarterón de tocino... Anteayer había ganado a Enrique su última lata de judías. Tiene su parte debajo de las mantas de la cama y jura que ha de matar al primero que vaya a hacer el mono cerca del camastro. De manera que procure usted no acercarse. Thompson... que no se ha levantado todavía... se ha guardado el *whisky*. Tampoco debe usted fiarse de él. Enrique y yo partiremos con usted.

—¡Gracias! —dijo Billy, y aun esta palabra le hacía daño.

Enrique se levantó del camastro, encorvado y vacilante. Parecía un moribundo, y Billy advirtió por primera vez que tenía los cabellos grises. Era pequeño. Sus manos descarnadas le temblaban cuando las alargó por encima del horno, haciendo un signo con la cabeza a MacVeigh. Bucky había arrancado la tapa de la lata y se acercó a la estufa con una cacerola llena de agua, colocándose al lado de Billy sin notarlo. Detrás de sí dejó un olor fétido, olor de humo, de tabaco y de *whisky*.

Cuando puso la cacerola en la lumbre, se volvió hacia una cama de las que allí había y media docena de groseros epítetos despertaron a Thompson, que se levantó estúpidamente, medio borracho todavía.

Enrique se había sentado junto a la mesita y Sweedy le siguió con el tocino. Billy no se movió. Se olvidó hasta del hambre que tenía. El pulso le latía rápidamente.

Invadiéronle sentimientos que nunca había conocido, ni si quiera imaginado. ¿Era posible que aquéllos fuesen de su especie? ¿Qué clase de locura les había quitado todo instinto de humanidad?

Vio los sanguinolentos ojos de Thompson fijos en él y se volvió para eludir su mirada interrogadora y estúpida.

Bucky vertió en la cacerola la lata de judías. Detrás de él rechinó la puerta y Billy oyó los lamentos del huracán, y le parecieron como ruidos amigos.

—No se distraiga, amigo... ¡A comer!, ¡a comer! —le dijo Sweedy—. Aquí tiene usted su parte.

Una de las tres lonjas de tocino y una galleta le esperaban en un platito. Comió tan ásperamente como Sweedy y Enrique y bebió una taza de té caliente. En dos minutos dieron fin a la comida, que fue terriblemente insuficiente. Aquellos pocos bocados le excitaron aún más la gazuza y no podía quitar los ojos de Bucky Smith y de las judías. Bucky era, al parecer, el único bien alimentado, y la repugnancia de MacVeigh aumentó cuando Sweedy se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Me ganó las judías haciendo trampas. Yo tenía tres ases y el dos doble y él recogió con tres cincos y dos seises. Cuando protesté, me llamó embustero y me pegó. Esas judías son las mías y las de Enrique.

Y mientras hablaba, los ojos, rojos de sangre, del hombrecito parecían los de un asesino.

Billy guardó silencio. No tenía interés en hablar con ellos ni hacer preguntas. Nadie le preguntaba quién era y de dónde venía, y, por su parte, no se sentía inclinado a saber más de aquellos hombres que había encontrado. Bucky había terminado; se limpió la boca con el revés de la mano y, mirando a Billy, preguntó:

—¿Hay alguien que quiera venir conmigo a buscar leña?

—Aquí hay uno —contestó Billy.

Y se probó las fuerzas por primera vez. Cojeaba un poco y estaba muy débil, pero, al parecer, sano de todos sus miembros. El excesivo frío no le había helado las orejas ni los pies. Se calzó los pesados mocasines, se puso su recio capote, se encasquetó la gorra de pelo y siguió a Bucky hacia la puerta.

Extraño malestar le dominaba. Estaba persuadido de que su antiguo enemigo no lo había conocido; pero comprendía que podía reconocerlo de un momento a otro. Si Bucky lo conocía cuando estuvieran en el campo, solos...

No tenía miedo, pero tembló. Estaba demasiado débil para una lucha seria. No sorprendió la mala mirada que Bucky echó a Thompson. Enrique sí la notó, y sus ojos pequeñitos se hicieron más pequeños y más sombríos.

Puestas las raquetas de nieve, los dos hombres salieron en medio del vendaval. Bucky llevaba un hacha. Atravesó la orilla de un bosquecillo y un amplio claro barrido con tanta furia por el huracán que las huellas de los pies de los dos hombres iban desapareciendo conforme ellos avanzaban.

Billy calculó que había recorrido un cuarto de milla, cuando llegaron al borde de

un barranco tan escarpado que formaba un precipicio. Bucky tocó a su acompañante por primera vez. Lo cogió por un brazo y en su voz había un acento de triunfo, inhumano y burlón.

—Creías que no te conocía, ¿eh, Billy? —le preguntó—. Pues sí, pero he esperado a tenerte fuera, solito. ¿Te acuerdas, Billy, de mi promesa? De entonces acá he cambiado de idea. No quiero matarte, porque es muy peligroso. Es más prudente dejarte morir solo, como vas a morir esta tarde o a la noche. Pero no vuelvas a la cabaña, porque si vas, te pego un tiro.

Y con un movimiento tan rápido, que Billy no tuvo tiempo de pararlo, Bucky lo echó a rodar de cabeza al fondo del barranco. La nieve espesa lo preservó de su caída interminable.

Billy quedó tendido durante unos instantes, y aturdido. Después se levantó vacilante y alzó los ojos. Bucky se había ido.

El primer pensamiento de MacVeigh fue volver a la cabaña. Podía encontrarla fácil mente y allí desafiar a Bucky delante de los otros. Pero no se movió.

Por momentos se encontraba menos inclinado a volver y, por fin, después de vacilar un poco, decidió continuar solo la lucha por la vida. De todos modos, su situación no sería tan desesperada como la de los hombres que había dejado detrás de sí en la cabaña.

Se abotonó el capote, se aseguró de que las raquetas estaban bien atadas y empezó a trepar por la pendiente opuesta del barranco.

El monte bajo se reducía otra vez a nada, y Billy penetró valerosamente por entre la maleza. Conforme caminaba iba preguntándose qué sucedería en la cabaña. Pensaba que de los cuatro, Enrique no sobreviviría y que Bucky se libraría fácilmente de todos. Pero hasta el verano siguiente no tuvo noticia de los actos de locura de Enrique y de la terrible manera con que se vengó de Bucky clavándole un cuchillo por entre las costillas.

Billy no se encontraba ya en estado de poder calcular la suma de energía contenida en una lonja de tocino y una galleta helada. No era gran cosa. Mucho antes de mediodía empezó a sentir la debilidad primera, y mayor dificultad para arrastrar los pies en la nieve; parecía que le había abandonado todo deseo y que aun la chispa de resistencia se había apagado. Pero resolvió seguir adelante hasta que llegara la noche. Entonces se de tendría, encendería lumbre y se dormiría al calor de ella.

Durante la tarde salió de las malezas para entrar en una región más salvaje. Andaba con más lentitud, pero de manera más agrada dable, porque a veces se sentía abrigado contra el viento. Una obscuridad más densa y sombría que la del huracán le envolvió cuando llegó a un sitio que le pareció el límite de la región desolada. El suelo cedía bajo sus pasos, y más abajo, en un barranco protegido del viento y de la nieve, vio las negras copas de frondosos abetos. Empezó a bajar sirviéndose de los pies y de las manos. Sus ojos eran incapaces de juzgar la distancia ni las quebraduras del terreno, y resbaló. Resbaló unas doce veces durante los cinco primeros minutos;

pero llegó una en que no pudo agarrarse y cayó rodando como pesada masa al fondo de la pendiente de nieve.

Un espantoso choque lo detuvo, y por primera vez en su caída hubiera dado gritos de dolor. Pero la voz que oyó no había salido de sus labios. Era la de otra persona y después le pareció oír dos, tres y más voces. Sus ojos ofuscados distinguieron objetos sombríos que se agitaban en la nieve espesa al rededor de él, y más allá de aquellos objetos, cuatro o cinco altos túmulos de nieve semejantes a tiendas dispuestas en círculo.

Sabía lo que era aquello. Había caído en medio de un campamento de indios. En su alegría quiso gritar palabras de simpatía; pero estaba sin voz. Entonces, las formas que se agitaban lo cogieron y lo transportaron al circo de los montículos de nieve. La última cosa de la que tuvo noción, fue de que el calor penetraba en sus pulmones.

Después de esto vio una cara, que le pareció que iba hacia él, muy despacio, desde el fondo de la noche, y acercarse más y más, hasta que reconoció el perfil de una joven de grandes ojos negros extraordinariamente brillantes. En aquellos primeros instantes de conciencia recobrada, se le ocurrió a MacVeigh la peregrina idea de que estaba muriéndose y que la cara entrevista formaba parte de un ensueño agradable.

Si no era así, por lo menos significaba que había caído entre buenas personas. Abrió los ojos cuanto pudo, movióse y la cara retrocedió. Su movimiento suscitó el regreso a la vida y volvió a grandes saltos a la realidad.

Vio en la imaginación cuanto le había sucedido hasta el momento en que cayó al pie de la montaña en el campamento indio. Cabalmente encima de él vio la cúspide en forma de embudo de un gran *wigwam*^[6] de abedul y, a sus pies, en la pared de corteza de árbol vio una abertura por la cual se escapaba una cinta azul de humo. Estaba en un *wigwam*. Allí hacía calor y se encontraba muy bien. Preguntábase si estaría herido. El movimiento le hizo lanzar una exclamación aguda de dolor.

Era la primera manifestación de vida verdadera que dio y aquella cara volvió a inclinarse sobre él. Esta vez la distinguió de lleno, y vio aquellos grandes ojos sombríos y aquellas mejillas ovaladas, a las que servían de marco largas trenzas de cabellos negros. Una mano fresca y suave le tocó la frente, y media docena de palabras armoniosas pronunciadas en voz baja, procuraron calmarlo. La joven era de raza *cree (cri)*^[7]. Al oír su voz acudió una india al lado de la muchacha, contempló a MacVeigh un momento, y después se alejó hasta la puerta del *wigwam* y habló en voz baja con uno que estaba fuera.

Cuando volvió, la siguió un hombre, viejo y encorvado, de cara adelgazada. Tan tenso tenía el cutis, que le sobresalían los huesos de los pómulos. Detrás de él llegó otro más joven, tieso como un árbol, robusto, ancho de espaldas, cabeza formada como un bronce esculpido. Aquel hombre llevaba un pez he lado y lo dio a la mujer. Al dárselo, le dijo palabras en *cree* y Billy las comprendió:

—El último pescado.

Algo así como una formidable mano agarró por un momento el corazón de Billy y casi le paró los latidos. Vio que la mujer cogía el pescado y que cortándolo con un cuchillo en dos partes iguales, echó una en una olla con agua hirviendo suspendida sobre el hogar de piedras construido debajo de la abertura de la pared.

Aquellas gentes partían con él su último pescado. Hizo un esfuerzo para levantarse. El más joven de los dos, se acercó a él y le echó una piel de oso a los hombros. Éste había aprendido algunas palabras de *patois* de mestizos franceses e ingleses.

—Usted buscar... —le dijo—. Usted herido... usted hambre. Usted comer pronto.

Y apuntó con el índice a la olla hirviendo. No se movió ni un músculo de su admirable cara. Había algo divino en su impassibilidad, algo majestuoso en la manera de moverse y de respirar. Se sentó en silencio mientras la joven traía la mitad del último pez y no dijo ni una palabra hasta que acabó de comer, emocionado al ver que tomaba un poco de la vida de aquellas buenas personas. Y cuando habló fue para animar a su huésped a que acabara el pescado.

Cuando Billy dijo al indio algunas palabras en *cree*, éste le tendió la mano y su cara radió mientras aquél se la apretaba. Se llamaba Mukoki, según dijo, y refirió entonces lo que había sucedido. Habían formado un campamento de veintidós personas, y eran solamente quince. Habían muerto siete... cuatro hombres, dos mujeres y un niño. Durante la formidable tempestad, cada día salían aquellos hombres en busca de caza y últimamente cada día dejaba uno de volver. Así murieron cuatro. Se habían comido los perros. Ya no tenían trigo ni pescado. Solamente quedaba un poco de harina y era para las mujeres y los niños. Cinco días hacía que los hombres no comían más que cortezas y raíces y parecía que ya no había esperanza. Alejarse un poco del campamento era ir a la muerte. Aquella mañana habían salido dos hombres para el puesto más cercano; pero Mukoki confesó tranquilamente que no volverían.

Aquella noche y el día siguiente y la noche terrible y el terrible día siguiente pasaron horas que Billy nunca olvidará. Se había dislocado un hueso en la caída y no podía levantarse de la cama. Mukoki estaba continuamente a su lado, con la cara más estirada y los ojos menos brillantes. El segundo día, a la caída de la tarde, les llegó una queja sorda y lamentable, desde uno de los *teepees*^[8]; un gemido de dolor al unísono con la tempestad de la que parecía formar parte. Había muerto un niño, y la madre lloraba.

Aquella noche, otro cazador del campamento no logró volver a la hora del crepúsculo. Pero al día siguiente llegaron al mismo tiempo el fin de la tempestad y el del hambre. Detrás de la aurora brilló el sol. Y aquella mañana, muy temprano, un cazador llegó del bosque, lleno de alegría. Se había aventurado más lejos que los otros y había encontrado una manada de antas. Había matado dos y traía carne para el primer festín.

Aquella última y formidable tormenta del invierno de 1910, acabó al empezar la fusión de las nieves, y en cuanto empezó a subir la temperatura, el cambio fue rápido. En menos de una semana se ablandó la nieve bajo los pies. Dos días después se levantó Billy por primera vez, cojeando. Después, en el intervalo de un solo día y una sola noche, la gloria de la primavera septentrional sobrevino en la soledad. El sol apareció, cálido y dorado. De las laderas de los montes y en los valles, se precipitaban las aguas en torrentes ondulan tes y cantando.

Los pámpanos rojos vestían de púrpura las rocas desnudas. El aguzanieve, el gajo y la tórtola torcaz revoloteaban alrededor del cam pamento, y el aire se llenaba de perfumes de la vida nueva que brotaba de la tierra, de los árboles y de la maleza.

Y Billy, con la salud y la fuerza que iba recuperando, sentía aumentar de hora en hora su impaciencia por llegar a la cabaña de MacTabb. Se habría ido antes que su cadera herida le hubiese puesto en condiciones de viajar, si Mukoki no lo hubiera retenido.

Pero, al fin, llegó el día en que se despidió de sus amigos y se encaminó hacia el Sur.

Capítulo XXIII

Isabel

Los largos días y las largas noches de inacción que Billy había pasado en el campamento indio, le ofrecieron ocasión de reflexionar con más tranquilidad respecto al drama que se había desarrollado en su vida y, recuperadas sus fuerzas, había emergido en parte del abismo de desesperación en que se había hundido.

Deane e Isabel habían muerto. Pero vivía Isabelita y, esperando encontrarla y reclamar la como suya, Billy se forjaba otras ilusiones de entre las cenizas de la dicha que se le había escapado.

Pensaba que encontraría a MacTabb en la cabaña y a la niña con él. Había creído de tal manera que Isabel sobreviviría, que no había hablado a MacTabb del tío que la expulsó de la antigua casa de Montreal. Estaba contento de haber guardado aquel secreto, porque no había probabilidad de que Rookie hubiese encontrado parientes de la niña, y MacVeigh resolvió no abandonar a Isabelita. La guardaría para él.

Volvería a las regiones civilizadas, porque tendría que vivir allí por la niña. Fundaría para ella un hogar con jardín, perros, pájaros y flores. Gracias al producto de su mina de plata, dispondría de quince mil dólares, y la niña no conocería nunca la pobreza. La educaría bien, le compraría un piano y no le faltarían vestidos bonitos ni cosas que la convertirían en una *lady*. Estarían juntos y no se separarían nunca. Y desde el fondo de su alma rogaba Billy que cuando, Isabelita fuese mayor se pareciera a la otra Isabel... la madre de ella.

Su pena era inmensa. Sabía que jamás lograría olvidar y que se le impondrían durante años y más años con su eterna tristeza, los antiguos recuerdos de la soledad y de la mujer que había amado. Pero aquellos pensamientos nuevos y aquellos planes relativos al porvenir de la niña hacían menos punzante su dolor.

La tarde de un día de sol y lleno de suave calor primaveral, llegó a Little Beaver, poco distante de la cabaña de MacTabb. De allí fue corriendo al claro del bosque en el momento en que el sol se ponía por detrás de la espesura. Detúvose en el borde de la hondonada y vio la cabaña. En aquel sitio fue donde vio a Isabelita por última vez. La mata, detrás de la cual se había escondido, estaba a menos de doce pasos de allí. La vio y notó cosas que hicieron pasar a su corazón un escalofrío glacial.

Un sendero conducía, por el bosque, al sitio donde él se encontraba. Aquel sendero estaba casi cubierto por una confusión de altas hierbas y de plantas del año anterior. Al verlo pensó MacVeigh que Rookie habría hecho quizá otro sendero.

Después, lleno de temor, recorrió con la vista el claro del bosque y, al fin, descubrió la cabaña. Por doquiera se manifestaba triste desolación. La chimenea no despedía humo. La puerta estaba cerrada. Nada revelaba vida en los alrededores. Ni aullido de perros, ni ruido de risas, ni sonido de voces rompían el mortal silencio.

Billy, casi sin respirar, siguió adelante con el corazón más y más angustiado por el temor que le dominaba. La puerta de la cabaña no estaba atrancada. La abrió. Nada había dentro. Las camas, sin ropas, no habían servido desde varios meses, dos años quizá. Cuando Billy dio unos pasos dentro de la cabaña, un armiño huyó delante de él. Un momento después oyó un grito agudo, semejante al chillido de ratones en el nido, debajo de la tarima de abeto. Volvió a la puerta y permaneció de pie en el umbral.

—¡Dios mío! —gimió.

Miró hacia el lado de la choza de Croisset, donde Isabel había muerto. ¿Encontraría algo por allí?, se preguntó. Poca esperanza le que daba; no obstante, allá fue apresuradamente, siguiendo el sendero viejo. Las sombras de la noche iban cayendo de prisa a su alrededor. Dominaba intensa obscuridad cuando llegó el otro espacio claro. Y dio un grito de angustia. Allí, ni cabaña había; MacTabb la incendió después de la epidemia.

En el sitio en que se había alzado, se levantaba ahora un montón de escombros negros y calcinados, ya cubiertos en parte por las hierbas de la soledad. Billy cerró los puños con ademán feroz y miró alrededor con mirada interrogadora. Unos pasos más allá encontró lo que MacTabb le decía que encontraría: una eminencia y una cruz de madera en ella. Y en aquel momento, a pesar de la fuerza voluntad que llevaba en sí, cayó de hinojos sobre la tumba de Isabel y la emoción le hizo gemir.

Cuando levantó la cabeza, largo rato después, las estrellas brillaban en el cielo. La noche estaba maravillosamente serena, y lo único que Billy podía oír era el murmullo y la canción de las aguas del Little Beaver. Se levantó silencioso y permaneció un momento en pie sobre la tumba, tan inmóvil como una estatua. Después volvió atrás por el viejo sendero que antes había seguido. En el extremo del espacio claro, se volvió y murmuró para sí y para ella: «Volveré, Isabel, volveré».

Había dejado la mochila en la cabaña de MacTabb. Se la echó a la espalda, la sujetó con correas y emprendió la marcha hacia el Sur. No le quedaba más que un resorte que tocar: en el fuerte La Paz conocían a Mac Tabb, porque allí se surtía de provisiones y vendía las pieles de caza. Era fácil que alguno supiera adonde había ido con la niña Isabel.

Después de haberse alejado varias millas del teatro de muerte y de sus esperanzas anonadadas, extendió las mantas y se acostó para pasar la noche. A la hora del alba, ya estaba en pie y había tomado el desayuno.

El cuarto día de marcha llegó al puesto extremo de la soledad... término de la vía férrea... la estación de Caskatchewan. En medio de una hora supo que hacía más de dos años que Rookie MacTabb había estado en el puesto de La Paz, y que nadie lo había visto acompañado de una niña.

Aquella misma noche salía un tren de construcción para Etomami, estación de la línea principal, y Billy no perdió tiempo en pensar lo que debía hacer. Iría a Montreal. Si Isabelita no estaba allí, estaría sin duda en algún sitio de la región salvaje con MacTabb. Si así fuese, Billy volvería y daría con ella aunque tuviera que dedicar a ello toda su vida.

Siguieron días y noches de viaje y, durante aquellos días y aquellas noches, Billy deseó no encontrar a la niña en Montreal. Porque si MacTabb había encontrado, por casualidad, la familia de Isabelita, o si la madre le había revelado su secreto momentos antes de morir, se desvanecería su última esperanza en este mundo. No se entretuvo en buscar nuevos vestidos, porque eso hubiera significado perder el tren.

Aún llevaba su equipo de cazador de pieles, incluyendo la gorra de pelo. Conforme iba avanzando hacia el Este, empezaban a mirarle con curiosidad. Se hizo afeitarse la barba por el conductor del tren; pero llevaba el cabello largo, los mocasines y calcetines alemanes eran guñapos muy usados y tenía rasgones en la casaca de *caribú* y la camisa que llevaba era de tosca franela de la bahía de Hudson. Las fatigas pasadas habían aumentado las arrugas de la cara. En todo su continente, además de su extraña indumentaria, había algo que hacía que los hombres le mirasen más de una vez. Las mujeres, observadoras más finas que los hombres, adivinaban la inmensa tristeza recogida en el fondo de sus ojos. Según se acercaba a Montreal, iba aislándose más y más de los otros viajeros. Cuando el tren se paró, al fin, en la grandiosa estación, en el corazón de la ciudad, nuestro hombre traspasó la verja y subió rápidamente por la pendiente hacia el Monte Real.

Era la una de la tarde y no había comido nada desde la mañana. Pero no pensaba en comer. Veinte minutos después estaba en la parte baja de la calle en que Isabel había vivido. Pasó por delante de las antiguas casas de ladrillo y de piedra, escondidas detrás de sus sólidas tapias, dejando a la espalda una tras otra. Nada había cambiado desde los años que él había estado allí. A la mitad del camino, entre la cumbre y el pie de la montaña, vio un jardinero viejo limpiando yedra al lado de un antiguo cañón, junto al arroyo de la calle.

Detúvose y le preguntó:

—¿Puede usted decirme dónde vive Enrique Lecours?

El jardinero le miró curiosamente durante un ratito y contestó:

—¿Lecours? ¿Enrique Lecours? Allá arriba está su casa, detrás de aquella tapia de gres rojo...

—A los dos —contestó Billy.

—Enrique Lecours murió hace tres años —repuso el jardinero—. ¿Es usted pariente de él?

—No, señor —contestó Billy, esforzándose por conservar la firmeza de su voz mientras volvía a preguntar:

—¿Hay otras personas en la casa? ¿Quiénes son?

El viejo movió la cabeza.

—No estoy muy enterado... Una niña de cuatro o cinco años... de cabellos rubios... Hace un momento he pasado por allí y la he visto jugando en el jardín... con el perro.

Billy no esperó saber más. Dio las gracias a su amable informador y subió rápidamente la cuesta hasta que llegó a la tapia de gres rojo.

Antes de llegar a la verja de hierro mohoso, también él oyó una risa infantil y el corazón empezó a latirle violentamente. Procedía la risa del otro lado de la pared. Precipitadamente, puso el borde del pie, calzado de mocasín, entre dos piedras desunidas y subió hasta la cima de la tapia. Hundió la mirada en un extenso jardín y, a unos doce pasos, muy cerca de un cuadro de espesos arbustos, vio a la niña jugando con un perrito. El sol hacía brillar los cabellos de oro de la mocita. Billy oyó una carcajada y después, durante un momento, la linda carita se volvió hacia él.

En aquel instante, el hombre olvidó todo y, dando un grito de alegría, tomó aliento y saltó al otro lado de la tapia.

—¡Isabel! ¡Isabel!... ¡Isabelita!...

Estaba ya a su lado de rodillas; y la cogió, como un hambriento, en sus brazos, en el espacio de un segundo. La niña se espantó tanto que se le paró la respiración, mirándolo sin decir una palabra.

—¿No me conoces? —sollozó Billy—. ¡Niña Misterio!... ¡Isabel!

Oyó un ruido, un grito extraño, ahogado, y levantó los ojos. Detrás del cuadro de arbustos había una joven mirando a Billy MacVeigh, con una cara tan pálida como la de la muerte. El hombre se levantó vacilante y creyó que se había vuelto loco. Porque la mujer que veía era Isabel Deane, cuyos ojos azules le miraban como le miraron un instante aquella noche, ya tan remota, en el borde de la estepa.

El pobre hombre no pudo articular una palabra. Y retrocediendo un paso hacia la pared, tendió los brazos de los que colgaban jirones, sin saber lo que hacía y murmuró el nombre de ella como lo había murmurado centenares de veces por la noche al lado del fuego de su campamento solitario. El hambre, la miseria, las semanas de enfermedad y la lucha casi sobrehumana por llegar a la cabaña de MacTabb y después su regreso a la vida civilizada habían agotado sus últimas energías. Durante varios días había vivido de las reservas de fuerza de sus nervios, que ahora le abandonaban dejándole alelado y vacilante. Intentó vencer la debilidad que, al parecer, había consumido la suprema partícula de vida de su cuerpo extenuado; pero a pesar de sus más rudos esfuerzos, el jardín, lleno de sol, se obscureció a sus ojos.

En aquél momento la visión se convirtió en realidad, y cuando Billy se volvió hacia la pared. Isabel Deane lo llamó por su nombre y un instante después, la joven

estaba al lado de él cogiéndole casi ferozmente del brazo y sin cesar de llamarlo por su nombre. Debilidad y aturdimiento lo abandonaron en el acto, entonces se dio cuenta de que debía marcharse, saltar por encima de la tapia.

—No me hubiera atrevido a venir... pero... yo creía... que estaba usted muerta —dijo—. Me dijeron que había usted muerto... Estoy contento, muy contento... pero no hubiera ve nido...

Y durante unos minutos sintió ella pesar todo el peso de su cuerpo en sus brazos. Isabel veía lo que revelaba aquella cara: miseria y tristeza, el estigma del estrago dejado por la fiebre.

Y Billy en aquellos instantes, no veía ya la admirable mirada que se revelaba en los ojos azules de Isabel; no veía ya el maravilloso brillo de ellos.

—La que murió fue la madre de Joé el indio —oyó Billy decir—. Y desde entonces estamos esperando, esperando... Isabelita y yo. Estuve en la sepultura de David y vi lo que usted había hecho, lo que usted había escrito con un hierro candente en la madera de la cruz. Yo sabía que habría de llegar un día en que usted vendría a mí... Y le esperábamos...

La voz de la joven era apenas un murmullo; pero Billy la oyó y su desvanecimiento cesó al punto y vio brillar el sol sobre los cabellos de oro de Isabel y el dulce mirar de sus ojos azules.

—Estoy consternada y arrepentida de haber hablado lo que hablé... de haber dicho que usted lo había matado —continuó Isabel—. ¿Recuerda usted que dije que si yo curaba?...

—Sí —interrumpió Billy.

—Y usted creyó que yo quería decir que si curaba, usted debía marcharse y lo prometió... y ha cumplido usted la promesa. Pero yo no podía acabar. Entonces no me parecía bien. Quería decirle que estaba desolada y que... si curaba, podía usted volver... un día... a alguna parte... y después...

—¡Isabel!

—Y ahora puede usted decirme lo que me dijo allá, al salir de la estepa, hace tanto tiempo...

—¡Isabel! ¡Isabel!

—Ya comprenderá usted, sí, ya comprenderá —advirtió la joven dulcemente— que no puede ser inmediatamente... y quizá tampoco el año próximo... Pero ahora...

Ella se acercó más.

—Puede usted darme un beso y otro a Isabelita. Y no se vaya usted ya lejos... Es tan triste estar sola, tan terriblemente sola con sus propios pensamientos en una ciudad. Y estamos muy contentas de que haya usted venido, muy contentas.

El murmullo de su voz se rompió en sollozo. Y mientras Billy abría sus brazos la apretaba contra su corazón, seguía oyéndola suspirar una y otra vez:

—Contentas, muy contentas de que haya usted venido a nuestro lado.

—¿De modo que puedo quedarme? —Isabel levantó hacia él una mirada

luminosa para acogerlo—. Si usted me quiere aún, puede quedarse.

Billy no dudó ya. Pero no pudo pronunciar una palabra. Incluyó la cara junto a la Isabel y permanecieron así un momento. En tanto, del fondo del jardín llegaba el alegre sonido de una risa infantil.

FIN



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan El valor del Capitán Plum (1908), Los buscadores de oro (1909), El valle de los hombres silenciosos (1911), Kazán, perro lobo (1914), El Valle de los hombres silenciosos (1920), El bosque en llamas (1921),

El cazador negro (1926) y Las llanuras de Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas El Oso (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] *toboggan*: trineo. (N. del T) <<

[2] *pámpano*: tallo o rama de la cepa de vid. (*N. del Ed.*) <<

[3] *caribú*: miembros de la familia de los ciervos. Los caribúes en Canadá generalmente se clasifican en tres tipos: pelar, estéril y arbolado. En conjunto, el caribú se encuentra en la mayoría de las provincias y territorios canadienses, a excepción de las provincias de Marítimos y Nunavut. (N. del Ed.) <<

[4] *raposo*: zorro. (N. del Ed.) <<

[5] *Wanderlust: placer de caminar. (N. del Ed.)* <<

[6] *wigwam*: vivienda cupulada de una sola estancia usada por ciertas culturas nativas norteamericanas. (N. del Ed.) <<

[7] *cree*: grupo nativo norteamericano del Canadá. Viven en Quebec, Ontario, Manitoba, Saskatchewan y Alberta. La mayoría de los *cree* eran indígenas de los bosques orientales, mientras que los que viven en Saskatchewan y el sur de Alberta eran indígenas de las praderas. (N. del Ed.) <<

[8] *teepees*: tienda cónica, originalmente hecha de pieles de animales como el bisonte, y palos de madera. El *tipi* era utilizado los pueblos indígenas nómadas de Estados Unidos de las Grandes Llanuras pero también han sido construidos y habitados en otras partes geográficas, como es el caso de la gente Timucua en la Florida. El *tipi* es durable, y durante el invierno brinda abrigo y confort, es fresco durante el verano, y su interior permanece seco en caso de lluvias. Las mujeres, eran quienes armaban y trasladaban las viviendas, elegían la localización y organizaban la disposición del poblado. Ellas eran las propietarias de las tiendas que estaban diseñadas cuidadosamente para poder ser trasladadas. Todo el poblado podía armarse en una hora. Esta transportabilidad era importante en las Grandes Planicies a causa de su estilo nómada de vida. (N. del Ed.) <<